

Asklepios
El último griego
Miguel Espinosa



se

Lectulandia

En nuestra tierra y en nuestro tiempo resulta *Asklepios* una obra fuera de común, inclasificable felizmente, en la estela de libros inolvidables: *El Criticón*, *Hiperión*, *Así hablaba Zaratustra*. Remite a Gracián el asunto de *Asklepios*: las edades del hombre; a Hölderlin, el sino y la actitud del narrador-protagonista: la helenidad a destiempo; a Nietzsche, el impulso crítico y evangélico del canto. Una razón vidente genera y eleva los cuatro textos.

Antes de abandonar un mundo en el que no buscó porvenir, sino destino (verdad, no provecho), Miguel Espinosa levantó, en efecto, este edificio de severa ideación y de emocionada elegía en memoria de las edades idas (niñez, adolescencia, juventud) y en honor de una edad histórica (la Grecia antigua) a la que el doble mítico del autor, Asklepios, se reconoce perteneciente, dos mil quinientos años después, por vocación fatídica. La edad griega y las edades del hombre hasta la salida de la juventud, son la informada materia que abarca el libro, hondo sin enredo y claro por encima de toda simplicidad. Sus veinticinco capítulos (más lemas, prólogo, introducción y epílogo, breves también) alían con medida indefectible la contemplación teórica, el homenaje conmovido y el ejemplario, denso pero ingrávido, de hechos y dichos de los griegos, el cual ilustra la teoría y sirve de acompañamiento al canto nostálgico.

GONZALO SOBEJANO

Lectulandia

Miguel Espinosa

Asklepios

El último griego

ePub r1.0

Titivillus 24.03.2019

Miguel Espinosa, 1985
Diseño de cubierta: Víctor Viano
Nota de presentación: Gonzalo Sobejano

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Así pues, el temperamento, el carácter, los deseos, los razonamientos y opiniones verdaderas, los proyectos de acción y los recuerdos han existido antes que la longitud, la anchura, la profundidad y la fuerza de los cuerpos...

PLATÓN, *Leyes*

Dijo:

*Resucitaré de entre los muertos,
de entre los que no son y callan,
no ven el Sol ni sienten el roce,
son innúmeros y carecen de nombres,
sólo un indicio dejaron de que fueron:
centella que se apaga y se apaga.*

*Resucitaré, dijo, y tornaré a la vida;
en la Vía Láctea estaré, como ahora,
con la misma figura y el mismo carácter;
y tú y tú estaréis conmigo,
así como sois en identidad.*

*Resucitaré, dijo, y de entre ellos vendré,
para que la ingenuidad prosiga.*

ASKLEPIOS, *Escritos*

PRÓLOGO

Me llamo Asklepios, y de tarde en tarde tomo la pluma para confesarme, lo cual hago por cumplir la necesidad de experimentarme verdadero, como ordenó Demócrito.

Amo la comparecencia de todas las cosas, grandes y pequeñas, en la Tierra, entre la Tierra y el Sol, y más allá del Sol, existentes. Busco lo originario, y detesto indagar el fin de cuanto está ahí y permanece, bastando a mi razón el postulado que muestra el hecho.

Me enternecen los niños y las mujeres, cuya dócil presencia se revela compañía. El Poder no tienta mi voluntad, pero siento inclinación a teorizar sobre este suceso. Denomino teorizar a enjuiciar desde principios y concluir implacablemente.

Repudio las ficciones y sus consecuencias, siéndome ajena, por consiguiente, la conciencia de casta o superioridad. No puedo admitir que se disfrace cuanto el juicio correcto ofrece como verdadero. Odio los reverenciosos, me repugnan los mágicos y aborrezco toda doctrina irracional. Me avergüenzan las retahílas de vocablos carentes de significado; no puedo soportar, por ejemplo, que alguien diga: «mi hermano espiritual», «nuestro destino manifiesto».

Me burlo de toda grandeza, porque pienso que cualquier grandeza es falsa. Entre vanidosos, soy el demiurgo que los hincha; entre hipócritas, el demiurgo que los escandaliza; y entre neutrales, el demiurgo que los implica. Como todo proscrito, padezco nostalgias, y éstas son las nostalgias que yo, un griego, vivo: nostalgia de la Verdad, de la Belleza y de la Bondad.

Rehúso la tristeza, pero valoro la melancolía. De vez en vez, mi naturaleza se torna melancólica, y halla su gozo en los dulces brazos del desencanto.

También la acedía es pasión digna de un griego, aunque combatida por Epicuro.

No sigo camino ni ando por senda de maestro conocido; me río de todos los maestros, como adicto que soy a la capacidad de enjuiciar desde postulados y concluir implacablemente, también llamada libertad de reflexión o de ciencia, que hace posible la vida racional entre griegos y no griegos.

De los escritores, admiro la voluntad de concepto, la voluntad de estilo y la voluntad de síntesis o facultad de acuñar expresiones. Por eso releo a Platón.

Amo a los débiles; pienso que la heroicidad aparece forzosamente en ciertos individuos, *verbi gratia*, en quienes trabajan y no ganan para el desayuno. Entre tales, me siento como entre los míos, y también entre quienes muerden su hogaza de salazón y contemplan sencillamente el espectáculo del sábado. Por las buenas familias, los poderosos, los exquisitos, los calologistas y los adoctrinados no siento simpatía.

Defino el Arte como la objetivización del sentir estético a través de la materia; la libertad, como posibilidad de realizar lo indeterminado; y la justicia, como un punto de vista sobre el Mundo. Amo el Arte, la libertad, la justicia y el ser-bueno. Sin embargo, nada espero de los dioses ni de los hombres. Por eso soy hombre.

Considero el Estado como organización metódica de Poder, y el Derecho, como método del Estado. Los principios del llamado Derecho Romano me parecen una antigualla, construida para asegurar a ciertos palurdos la explotación del mundo entonces conocido. Valoro lamentable que tal Derecho haya servido de ciencia asnal a centenares de generaciones aficionadas a la sopa estatal y boba.

Gusto de sacar la lengua a los fariseos, filisteos y demás etcéteras, haciéndoles comprender que nada saben, y esto juicio a juicio, sistemáticamente, sin claudicaciones. Al enfrentarme con ellos, confieso: «Nada concederé si no lo prueban signo a signo». Y jamás me he hallado en la necesidad de admitirles una verdad evidenciada según la razón por la que somos hombres.

Me llamo Asklepios, y desde Megara, cuando niño, mis padres a esta Ciudad me trajeron de la mano.

INTRODUCCIÓN

EL DESTERRADO

Algunos dioses sufrieron en sus primeros años destinos lamentables, como ocurrió a Apolo, a Poseidón, a Hefestos y al mismo Zeus, que hubieron de conocer el destierro. El oscuro existir de un dios desterrado resulta Historia si alguien lo testimonia, como los poetas testificaron la vida errante de Hermes, pero hecho sórdido si pasa inadvertido. La extrañación de un dios es proemio de su biografía; los dioses proscritos superaron su primera suerte y encontraron, al fin, su pueblo y sus devotos. Fue extraordinaria coincidencia que los dioses vivieran al tiempo que los fieles.

Suceso más terrible que el de un dios expatriado en el espacio, sería el de un dios expatriado en el tiempo. En primer lugar, este dios no hallaría testigos de su destino, confesores, historiadores ni teólogos. En segundo lugar, jamás podría superar su desgracia ni recobrar su reino, porque entre sus adoradores y él se extendería el vacío del tiempo; resultaría, necesariamente, un dios sin fieles, lo cual contradice la definición de divinidad.

Un hombre desterrado en el tiempo, extrañado de su época y separado de su patria por el hueco de los siglos, es acontecimiento igualmente terrible. Tal es la historia que pretendo relatar.

Me llamo Asklepios, y, por así expresarlo, he tenido dos nacimientos: uno en Megara, Grecia, tan atrás como puede contarse hasta más allá de la fundación de Atenas por Cecrops; y otro, hace apenas treinta y cuatro años, entre los modernos. Si se quiere así entender, mi primera configuración no fue terrenal; nací en el mundo que Platón llama de las nociones o formas, anterior a éste; fui una categoría o esencia de lo que debía ser, y, por misterio indescifrable, me encarné terreno cuando mi estirpe ya no existía. En otras palabras: soy una forma antigua venida a la modernidad de nuestros tiempos.

Es condición del desterrado en el tiempo no poder comparecer ante la Historia como tal ni como contemporáneo de sus aparentes contemporáneos; por definición misma es una irrealidad. ¿Quién pretendería componer la relación de los filósofos que nunca escribieron ni fueron oídos por nadie? El índice de los filósofos que no filosofaron para los hombres, es imposible. Igual cabe afirmar de la historia de los griegos que no fueron griegos.

La tragedia resulta de la contradicción entre la necesidad y la casualidad: la colisión de ambas, la contradicción misma, se llama Hado o Fatalidad. Por necesidad tenía Edipo que reverenciar a su padre, y por casualidad hubo de matarlo. Por necesidad soy griego, y por casualidad no lo soy. He aquí la tragedia.

Mi destino sobra en el mundo moderno, y cuanto sobra en una estructura, nada significa. Alguien ha dicho: «Quien cree soportar un destino, ofrece razones para internarle». El suceso trágico dio significancia a los antiguos, mientras que a mí, insignificancia; ellos devinieron modelos, y yo, caricatura. La más real y profunda tragedia estriba en que el hecho terrible aparezca como farsa, o no aparezca siquiera. Allí no hay héroes, sino sordidez y anonimato.

Ya entre los griegos, un tal Boristenes, aduciendo contra los muchos ateos producidos por la guerra de Jerjes, escribía: «Cuando sufrimos un Hado intolerable, solemos culpar a los dioses de arbitrarios, crueles o incompetentes; incluso, les negamos la existencia, lo cual se alcanza con el solo acto de trabar un juicio». Los ateos son tan dados a considerarse perseguidos como los confesores de una fe, y aun los eclesiásticos; en cuanto se les contraría, se sienten oprimidos y llamados al martirio. Se trata, sin duda, de gente apasionada. Por pasión entiendo la exageración de un interés.

No obstante mi suerte, jamás criminé a la Divinidad ni se me ocurrió negar su existencia. La irreverencia, la impiedad y el ateísmo son impropios de un hombre sensato, mientras el mundo sea misterio. De la soledad de mi destierro nunca brotó palabra contra el Hado, la Naturaleza o cualquier deidad. Vale más sufrir con inmanencia que con vana trascendencia.

LA INFANCIA

Llamo disposición a la actitud que quiere lo posible. La vida es una disposición; el ser vivo, una estructura que acumula disposición según un sistema denominado organismo. Por estructura entiendo una serie de elementos, siquiera ideales, relacionados entre sí y con respecto a un denominador común. Las relaciones entre elementos se llaman leyes. El círculo es una estructura.

No debemos concebir al hombre como una totalidad, sino como un conjunto de disposiciones en sucesión. Llamo individualidad a la historia de esas disposiciones. Mi yo es una historia, nunca un hecho; no puedo conocerme sino investigando las disposiciones que fui y soy; tampoco puedo hablar de mí mismo sin relatar los resultados de tal investigación.

Cada una de las edades del hombre encarna una disposición, y, por así expresarlo, un ser propio y suficiente, un suceso distinto. No es lícito considerar al niño como larva de muchacho, ni a éste como proyecto de adulto. El que muere de niño, no muere de esbozo, sino de obra. El niño vale como el adolescente, y éste como el mozo.

Bien pudiéramos considerar al hombre como animal de edades. Niño es una calidad; joven, otra; adulto, otra. Es imposible recobrar las calidades perdidas, porque lo pasado no retorna, y ningún instante se repite, no obstante la opinión de muchos antiguos y modernos. El recuerdo es nuestro espíritu.

Aunque nos pensamos idénticos, somos distintos en cada tiempo; la conciencia de identidad es resultado de la memoria, que nos ofrece nuestra historia como una totalidad queda. Así, al investigar la propia interioridad, por mediación del recuerdo, imaginamos que nos investigamos a nosotros

mismos, cuando, en realidad, estamos indagando otro ser, muchos seres, a veces.

Para averiguar quiénes somos, tenemos que indagar cada una de las edades que hemos sido, tratando de conocer los seres que fuimos. Esta empresa requiere las siguientes operaciones: remover la conciencia, para encontrar las sensaciones allí depositadas; sacar tales sensaciones a la luz; interpretarlas, y concluir. Este empeño precisa de un gran esfuerzo de imaginación, siempre doloroso. Entiendo por imaginación la capacidad de operar con sensaciones, a la manera que el intelecto opera con conceptos, y sacar, como conclusiones, otras sensaciones.

Las edades o disposiciones del individuo son algo tan elemental que muchos renunciaron a definir las, por considerar que sólo puede ser definido lo que se ofrece como resultado, nunca lo originario. El médico Menón escribía: «No es lo mismo definir que describir. Para definir, usamos unas palabras como referencia de otras, de forma que por las primeras llegamos a nombrar las segundas. ¿Qué es el hombre? —preguntamos. Y respondemos: Una síntesis de Naturaleza y razón. Y así, por los signos Naturaleza y razón nominamos al hombre, construyendo una tautología. Mas, ¿a qué podemos referir el símbolo infancia o el símbolo juventud? Se trata de algo tan elemental que carece de referencia. Ellos mismos sirven para definir y valorar otros fenómenos. Así hablamos, por analogía, de la infancia de la Tierra, de la juventud de los dioses, o de la senectud de la filosofía».

No definiré, pero sí trataré de describir la infancia. Durante ella somos una rama del gran árbol de las cosas, en cierto modo, todavía nuestras hermanas y semejantes. Nacemos como comparencias vegetales que, poco a poco, se apartan y diferencian del todo; y así como el dedo pulgar se opone a los otros, así, conforme crecemos, vamos oponiéndonos a las cosas y revelándonos distintos del mundo, lo cual han valorado algunos por desgracia. ¡Qué dulce es la memoria de los años en que fuimos Naturaleza! Entre los griegos, muchos experimentaron nostalgias de su infancia, y aun del propio claustro materno. Esto se llama reclamo de aquel origen donde el individuo se confunde con la totalidad de lo existente.

Cabe nombrar la infancia como momento en que la Naturaleza inicia un movimiento hacia la configuración del Espíritu en la Tierra, lo cual no ha ocurrido de una vez para siempre, sino que está ocurriendo constantemente. La propia Naturaleza se encuentra absorta, maravillada, pacíficamente asombrada en el niño; y el Espíritu, también admirado y un poco desconcertado de hallarse en el mundo.

La condición de la infancia es la inocencia, o disposición que el Espíritu, todavía no acomodado a lo mundano, trae del origen. El desacuerdo entre lo elaborado por el hombre y la inocencia del Espíritu se manifiesta a través de lo que denominamos candor, tan característico en los niños y en los dioses. En su origen, el Espíritu es bueno, y conforme se prolonga originario, se conserva candoroso; las almas espontáneas, los sabios y los griegos, se revelaron como perpetuos niños.

Cuando Herakles visitó Toledo, en el siglo XVI, a fin de realizar el decimotercero y más difícil e imposible de sus trabajos, que consistía en entender lo que viera, el Inquisidor General, Don Fernando Valdés, le confesó que, a su juicio, los griegos fueron perennes niños, aunque peinaran canas y pensaran tan severamente como Aristóteles, de quien él poseía los libros de Física, comentados por un deán ante cuya puerta formaban los palurdos para entregar las primicias de la cosecha. El Inquisidor habló con razón. La cultura griega, desde Hesíodo a Plotino, fue obra del candor inteligente. Por otra parte, no creo que podamos ser originarios sin operar desde el candor.

Es lamentable que las Musas no hayan dictado al oído de los niños. Debido a este olvido, no somos capaces de conocer el candor sino por investigación del ser propio. El desacuerdo entre la inocencia y la realidad terrena no ha podido ser objetivizado de modo directo en obra de reflexión o Arte. Homero habla de «la risa sin fin de los dioses benditos». ¡Cuánto más hubieran reído aquéllos de escribir el poeta en la infancia!

Un mes de Mayo habité el Valle de Tabladillo, cerca de Segovia, lugar que no me es ajeno. Estando una mañana en el bosque, aparecieron tres niños. En los primeros instantes no alcancé a recordar que los pequeños son hombres; me parecieron figuras de la enramada, formas de la Naturaleza, animales o vegetales, y sentí una indecible emoción. Pienso que la Divinidad contempla así el mundo.

Las palabras no reflejan al niño, cuya interioridad no puede ser expresada ni transmitida. Según crecemos e investigamos nuestra infancia, nos asombramos de descubrir un desconocido. «Los griegos solemos considerar a los egipcios, a los medos, y aun a los frigios y lidios, como seres diferentes de nosotros; sin embargo, no sabemos que la verdadera diferencia reside en nuestros niños, tan lejos de nosotros como los dioses» —decía Apolonio de Tiana. En la Isla Myconos oí cantar a un ciego: «Nunca el hombre ha visto a otro hombre, y menos a un niño». ¿No habéis advertido que los adultos hablan al pequeño como si éste se hallara lejos o ausente del entorno? Para

dialogar con la Divinidad, o con los niños, el hombre sale de sí, se extraña y eleva la voz, porque presiente que se dirige a desconocidos.

LA INFANCIA DEL EXILADO

¿Cómo podría ser la infancia de un hombre separado de su realidad por el vacío del tiempo? Naturalmente, absorta y ensimismada, inmersa en evocaciones de la imposible patria; a veces, repleta de llamadas o voces interiores, siempre dudosas; a veces, entregada a indefinidas sensaciones de vivencias anteriores; y a veces sumida en el fluido emanado por su propia sustancia.

En ciertas ocasiones, mientras dormía, veía una clara luz, y, entre difusas impresiones, las formas de un mundo que parecía conocer. Despertaba llorando, y, al serenarme, descubría tras las ventanas los familiares muros de una iglesia. Tratando de explicar lo soñado, me adentraba en confusiones.

Como yo era niño y falto de referencias, no sabía que mi soñar contemplaba la luz y los espacios de mi patria. Hoy explico tales misterios imaginando que, al recluirse mi espíritu y separarse de la actualidad por mediación del sueño, mi ser reclamaba su objeto. El conocimiento es emanación; advertimos el mundo porque está dentro de nosotros; el cosmos y la inteligencia son sistemas idénticos. Mi calidad exhalaba la Grecia, acaecimiento que yo iba configurando desde la interioridad. «Lo semejante conoce a lo semejante» —decía Empédocles de Agrigento. Otro hombre no hubiera podido soñar la Grecia en la infancia ni descubrirla después en los libros. Quienes han amado la Hélade de alguna manera, han poseído sustancia helena, ya por naturaleza o ya por contagio.

El destierro en el tiempo es la más grande soledad que puede venirnos; entre el proscrito y sus aparentes contemporáneos se interpone la laguna de los siglos. Mas cuando aquél es niño, no alcanza a experimentar conciencia de apartamiento, ya que toda infancia resulta, en sí misma, una especie de

extrañación. El niño no precisa del hombre; su mundo se revela cerrado, completo y suficiente. Así, pues, no me sabía separado, porque las costumbres, las doctrinas y el pensamiento no existían fuera de mí. Mi ser representaba un acontecimiento puro, como no encarnado en la sociedad. Cuanto es originario, me era propio; y cuanto resultado, ajeno.

Tampoco los adultos me valoraban insólito ni extravagante, porque, como niño, me desconocían; cuanto ocurría en mi reducto les estaba vedado. Que el niño se desarrolle en el vientre materno o en el forzoso claustro de la Tierra, resulta poco diferente.

Durante mi infancia, pues, no hubo males. La Grecia y su luz fueron emanadas pacíficamente por mi disposición, y allí quedaron y permanecieron como interioridad incomunicable. Fui uno más entre los niños; jugué sus juegos, conocí los primeros amigos y sentí nacer los iniciales afectos. De la mano de mis padres descubrí los hombres, seres hieráticos y lejanísimos, a la manera de antiguas obras de arte. Las mujeres se me revelaron como presencias más asequibles, siempre blancas y quejosas, repletas de gestos y suspiros, matrices de la existencia y su modelo, refugio del pequeño; y las viejas, como tranquilos misterios.

No obstante mi simpatía hacia los adultos, y mi tendencia a admitirles en el mundo, nunca dejé de considerarles extraños, pues ya sabemos que, para el niño, el hombre es un desconocido, y viceversa. Más cerca que el hombre se hallaban las cosas, tan quedas y mansas, tan comunicativas en su apacible comparecencia, a manera de entidades propias del mundo infantil. Su contemplación me producía múltiples emociones; sus diversas apariencias penetraban mi alma, como la lluvia la Tierra, y le daban su color, de forma que mi espíritu quedaba vestido de su brillo; sus figuras, en fin, determinaban mi disposición. Las casas, sus habitaciones, los crujientes cofres, las escondidas escaleras, los desvanes y sus trojes, las oscuras piedras, los vetustos objetos, los oxidados goznes, las cajitas. ¡Con todo esto formaba mi alma una continuidad afectiva y real!

Transcurrida la infancia, nunca repitióse semejante concordancia del ser consigo mismo y con su entorno. Al abandonar, más tarde, el apartamiento de la Naturaleza, y su sereno reino, mi sustancia se descubrió proscrita, suceso que no pude advertir antes, porque la Naturaleza es idéntica y carece de Historia: no ha sido inventada ni cambiada.

OLORES Y TACTOS

Porque ya no soy niño, la infancia pertenece al pasado; es una disposición perdida, un ser transcurrido, un suceso ajeno. Al intentar reconstruirlo mediante la inspección de los datos anidados en la conciencia, como ya dije, observo que según se remueven y despiertan las dormidas sensaciones, mi ser experimenta otras nuevas, de forma que, sin pretenderlo, mezclo el ayer con el presente y hago vivir al niño en el hombre. Con esto alcanzo un estado vigilante y doloroso. El que investiga su interioridad, sufre.

Para indagar cuanto fuimos, se precisa recordar, como también anuncié, procurando que nuestra actualidad, en absoluta libertad y pureza, se dirija hacia lo que llamamos pretérito, depositado en la mesmedad. Debido a esta facultad de recordar y traer las vivencias de antaño, nuestra existencia aparece engañosamente como una totalidad continua. Este mundo es discreto y discontinuo; sólo el Espíritu, por convención considerado suceso de otro lugar, es continuo; y en cuanto la memoria trae la continuidad a la Tierra, se revela como un atributo del Espíritu. Si no fuera por ella, el intelecto no podría hallar significación en las cosas, ya que entre las mismas no hay conexión objetiva, o, por lo menos, su imaginada trabazón no puede ser demostrada. Pensar es relacionar dentro de un todo aparente, supuesto por convención. La memoria, que ve sucesos en la serie gradual llamada tiempo, es lógicamente anterior al intelecto o sentir eidético, que advierte elementos aislados o en conjunto ideal. El que no recuerda, no es.

Al pretender recordar, removiendo en la conciencia como en un estanque quedo, las aguas del pasado nos devuelven primeramente los hechos en bruto; después, las sensaciones dormidas; y luego, las emociones. Con todo ello rehacemos el ser desde sus componentes, a la manera de arqueólogos. El

hecho en bruto de mi niñez es la propia existencia infantil. Sé que fui niño; nadie podrá convencerme de lo contrario; se trata de una evidencia, no de una convención. Pero esto no basta para reconstruir mi historia; quiero saber qué clase de suceso era aquel niño, para lo cual continúo ahondando en mi conciencia, hasta aislar ciertas sensaciones que me sitúan en el pasado.

La primera y más elemental se refiere a los olores y tactos de la materia. Nada más originario que tales modos de conocer en el niño. ¿Aprende el alma en esa ocasión el olor del ganado, o el frío de la nieve, e, incorporándolos a su experiencia, se admira, o, más bien, el espíritu recuerda, ante la apariencia mundana, los modelos de un cierto olor, o de un cierto sabor, conocidos en un pasado mítico, y se emociona? La última alternativa me parece más adecuada. El niño toma posesión del mundo de manera demasiado confiada para tratar con un desconocido. Claramente se adivina que viene predispuesto.

Tres son las costumbres originarias del individuo: estar en el mundo, admitir el yo y admitir a los demás. Tales costumbres no han sido adquiridas ni pueden ser referidas a ningún hecho. Comparecen con el hombre, son el mismo hombre; han de ser aceptadas como algo dado, o sea, como Naturaleza. El Estado, el Poder, la religión, se fundamentan en ellas, que si desaparecieran, quebrarían el orden y el desorden conocidos. Así, pues, el niño llega a la Tierra con la costumbre de estar en el mundo.

Ovillados en mi conciencia permanecen los olores de las cosas: de las sábanas, de las frutas, de las habitaciones abiertas y cerradas, de las mujeres, del ozono que trae la lluvia. Lo que el objeto deja en nuestra conciencia, sustituye al objeto en la representación, transmutándose Historia. Porque los olores se recuerdan, se convierten en nosotros.

También mi conciencia guarda la impresión de lo áspero y de lo suave, de lo terso y de lo rugoso, de lo blando y de lo duro, de lo húmedo y de lo enjuto. Más que por otros sentidos, el niño va descubriendo o recordando el mundo por el tacto, que nos conduce a una comunión con las apariencias. En el valle de Palmisos, Mesenia, vi cómo un mocoso deslizaba la mano por el lomo de una cabra, y se asombraba gozosamente. ¡Qué novedad tan extraordinaria! Nada existe más alejado del puro intelecto que el sentido del tacto; tampoco nada más cercano a la Naturaleza. Entre los adoradores de Dionisos, las bacantes y ménades afinaban los pulpejos y nalgas para entrar en identidad con las cosas y seres, en intento de alcanzar la posesión total del mundo. Por el contrario, los reflexivos no han querido colocar el tacto entre los modos de conocer; lo valoran engañoso y efímero.

No creo que ningún hombre normalmente constituido aprenda por el tacto después de transcurrir la infancia, si se exceptúa el despertar sexual. Una vez abandonado el reino de la Naturaleza, y su inocencia, el conocimiento se torna eidético y moral, cambiando de dirección. Por eso, cuando algunos escriben o hablan de sensaciones táctiles, y aun olfativas, usan, sin pretenderlo, impresiones recibidas en aquella edad.

NOVEDAD, EXTENSIÓN Y MISTERIO DEL MUNDO

La constante sensación de la novedad, extensión y misterio del mundo, es otra impresión de la infancia. Cierta Diomedes de Esmirna, a quien conocí viejo, ya en la Era Cristiana, decía así: «Cuando el mundo no parezca nuevo, extenso ni profundo y misterioso, morirá el Espíritu del Primer Día de las Cosas, y, por tanto, Grecia. Vivir entonces será pesadilla».

El viento, la lluvia, la nube, los animales, las vegetaciones, la oscuridad y la luz, las sombras, aparecen ante el niño como si acaecieran por vez primera. ¡Qué placer el de este conocimiento! La capacidad de asombro origina sabiduría cuando puede comunicarse; cuando la comunicación es imposible, genera un entorno aislado y suficiente. Tal es el mundo de los dioses y de los niños, que a sí mismos se bastan.

Un día descubrí el viento que dobla los pinos; otro, el silencio profundo y eterno de la materia; otro, la mansedumbre de las aguas al discurrir por los arroyos; otro, las sendas que recorren la interioridad de las montañas; otro, la tormenta y su furor, siempre anterior al hombre; otro, la concordia biológica de los insectos y animálculos, tenaces en persistir; otro, la increada melancolía de la tarde en el mes de Noviembre, que parece tener alma; otro, la belleza de lo efímero, simbolizada en la figura de los varios animales; otro, los puntos y luces del firmamento; y otro, la propia imagen del hombre.

Yo no había venido a la Tierra por voluntad ni consulta, cosa que jamás ocurrió a individuo alguno; pero, estando aquí, y viendo estos sucesos, me hallaba contento. ¿No ocurre lo mismo al cachorro? La viviente alegría no es producto del juicio verdadero, según creía Platón, ni tiene por causa acontecimiento exterior ninguno, como vencer al enemigo, según pensaba Agamenón, inventar un teorema, como sostenía Demócrito, o escribir un

libro, sino que proviene de la perfecta acomodación entre el ser y el mundo. Temístocles no se hallaba tan satisfecho de haber derrotado a los medos como de ser griego; su gozo no era accidental, sino sustancial.

En tiempos de Pisístrato, anduve siguiendo las huellas de Prometeo, acompañado de un tal Dracón, natural de Mantinea, en el Peloponeso, hombre que había dejado su oficio de zapatero para ver. Como alcanzáramos los confines del Asia Menor, allí donde comienza el Caúcaso, recién humedecido por una tenue y silenciosa lluvia, dijo Dracón: «¡Subamos y veamos qué hombres y dioses hay allí arriba!».

Luego que Dracón volvió a Mantinea, compuso un relato sobre el viaje, cuya primera parte comienza así: «¡Qué bien parece que sucedan estas cosas! ¡Subamos!, ¡subamos! Allí encontraremos águilas de cien cabezas, con sus implumes crías; gigantes de múltiples pies; frutas de verano, entre nieves; mujeres bárbaras de claros ojos, caballos alados e inteligentes, oscuros olivos de gran tamaño, uvas para mostos, centauros, torpes cíclopes llorosos, el modelo de la cadera femenina, novísimos amaneceres, cien mil túnicas y mucho que robar y llevar a la Grecia, amén de relatos. ¡Subamos y engañemos a esos hombres y dioses!».

Para muchos, la extensión es repetición: los mismos átomos producen las mismas cosas; por consiguiente, la novedad no existe. Para otros, en especial para los niños, la extensión es acaecimiento; nada se repite, la novedad rige el mundo. Entre los primeros se hallan algunos filósofos y reflexivos, los desengañados, los cansados y muchos suicidas; entre los segundos, amén de los niños, los poetas, los viajeros en lejanas tierras y los narradores de cosas fabulosas. Mas no sólo éstos necesitan ver el mundo como constantemente nuevo y acaeciente. También los pacientes investigadores de las causas naturales que mueven lo movable, los capaces de razonar sus creencias, los que poseen convicciones, como diría Aristóteles, precisan de aquella disposición. La aventura de indagar en los hechos requiere entusiasmo y atracción hacia la apariencia. En su vejez, el astrónomo Hiparco manifestaba: «Si mi conciencia no hubiera valorado el universo como algo sumamente interesante, conservando siempre la tendencia que durante la niñez me movió a poseer lo extenso, recorrer la longitud y conocer lo lejano, no habría medido la distancia del Sol a la Tierra».

La novedad, extensión y misterio del mundo es algo que reside en nosotros, y que, por así expresarlo, prolonga el ser de la infancia.

NOCHES PROFUNDAS

En cierto sentido, la vida del hombre es como la del Invierno, pues conforme se desarrolla y pasa de una a otra edad, va encontrando las noches menos largas y misteriosas, hasta hallarlas semejantes al día. Estando enfermo de muerte el filósofo Carneades, alguien le preguntó cómo había soportado la noche. «Para mí ya no hay diferencia entre la noche y el día» —contestó. Y dijo bien, porque en el mal, se llame enfermedad o miseria, el tiempo pierde valor estético, para transformarse repetición de lo mismo. Quien vive, por ejemplo, la total pobreza, no encuentra distinción entre el momento y el momento, el mes de Julio y el de Septiembre; no advierte la contextura del suceder ni halla diversidad en los instantes.

¿Qué diferencia hay entre la noche y el día? Cuando una tal Berenice, muchacha procedente de las laderas del Pindo, contempló por primera vez las olas del Egeo, en el siglo IV antes de Cristo, definió la tierra como una torpe excrecencia nacida al mar, en su opinión, sustancia nobilísima y preexistente a las islas y continentes. Lo inmenso parece anterior a lo limitado; lo abstracto, a lo concreto; lo informe, a lo configurado; y las ideas, al mundo. En el pensamiento de muchos, la oscuridad es el origen de la claridad, salida de aquélla. En la luz, de seguro, no puedo colocar las tinieblas, pero sí hacer surgir la primera en el seno de éstas. Antes que el día, fue la noche, de donde aquél nació como lunar. El silencio y la soledad del Cosmos, en Tales, Eudoxo y Aristarco de Samos, están hechos de la misma sustancia que la noche; son necesidades o preexistencias lógicas, protoelementos, por así expresarlo.

Ciertos habitantes de Megara decidieron preguntar al Apolo en Delfos si existía alguien más irremediable que los propios dioses.

«El Fatum, que somete a hombres y dioses» —replicó el Oráculo.

«¿Y más que el Fatum?».

«La Tierra, que soporta a los hombres, a los dioses y al Fatum».

«¿Y más que la Tierra?».

«La noche, que envuelve a los hombres, a los dioses, al Fatum y a la Tierra» —exclamó finalmente el Oráculo.

Un tal Meneceo, ateniense cojo, y no obstante peripatético, expuso su disconformidad con la contestación de Apolo, a su juicio evasiva y construida según la mecánica misma del lenguaje, al modo retórico. Empero, para los de Megara, la respuesta del dios fue correcta. En efecto: en muchos lugares hubo hombres que no admitieron dioses, y en otros se ignoró al Hado. Pero no sabemos de pueblos que hayan ignorado la noche. Por lo demás, de vuelta a la pequeña patria, uno de los de Megara, pretendiendo combatir la opinión de Meneceo, dijo así:

«En verdad que Apolo respondió honestamente, pues confesó que los propios dioses se ven obligados a habitar la noche, confundidos con todo lo que las sombras envuelven y sumergen en quietud y tregua: fieras, aves, peces, vegetaciones y seres diversos, aunque los amantes y los reflexivos velen por distinta causa, y no siempre».

La valoración de la noche y el día como comparencias distintas y dotadas de propias cualidades, comienza en la niñez y acaba en la senectud. El niño conoce el día por experiencia de la luz, y la noche, por percepción de las sombras. Aquél se le ofrece como una llanura luminosa, y ésta, como un paréntesis entre consciencia y conciencia. Ningún niño ha vivido la noche desde el principio al fin, pues cuando sus formas arriban, los párpados infantiles se cierran obligados. ¡Qué fatalidad la de este sueño! Durante mi infancia creía que, tras sonar las diez, sólo los amasadores veían la cara de la noche. ¡Qué importantes y misteriosos me parecían entonces los panaderos, así facultados para atravesar el puente de las sombras! No sabía que muchos hombres, no tan alegres y despreocupados como los honrados amasadores, también atraviesan ese puente, forzados por el dolor, por la desesperación, por la fruición de pensar o por el concomio del amor correspondido o no correspondido, como expresó Safo de Lesbos, cuando cantó: «Todos duermen, y yo sola velo, esperando a mi amante».

Muchos fueron los que, raptados por la impresión de las sombras y su silencio, cantaron y celebraron la nocturnidad, como Alcman de Sardes, que compuso un poema ejemplar. La emoción ante la noche, tal como aparece en algunos poetas, supone una prolongación de la disposición de la infancia.

Cuando el romano Mummio destruyó Corinto, en el año 146 de Cristo, encontró el siguiente escrito: «Obscura y negra es la noche, obscura y llena de sombras. Mas si yo tuviera una amada, le diría: espérame en la noche; y si un tesoro, allí lo escondería. Si fuera viento, soplaría de noche; y si hubiera de serenarme en el seno de alguien, en el seno de la noche me serenaría». ¿De quién serían estas palabras? ¿A quién hablarían?

«Cuando el carro del Sol se hunde glorioso en el Occidente, oscureciendo la Grecia y otras regiones del Asia y Europa, las cosas y seres entran en la noche. Los caballos, resoplando pacíficos, estremecen su piel en los establos, y los centauros trotan en busca de un lugar donde rendirse al descanso. Encinas y olivos se desdoblan, liberando sus viejos espíritus; las plantas envían olores a través del viento, y cuanto posee forma o vida se transmuta en la interioridad de la noche» —cantaba un tal Agatón de Acras, patria de Hesíodo, en la Beocia.

Cierto Hipérbolos de Eretria, isla Eubea, hablando de lógica al socrático Fedón, se expresaba como sigue: «¡Día y noche! He aquí la primera representación captada por el hombre, sensible y elementalmente evidente, modelo general de una serie de semejantes». Este Hipérbolos sostenía que nuestro enjuiciar es dialéctico, pues realiza su función mediante conceptos pares o polares, como masculino-femenino, materia-espíritu, vida-muerte, movimiento-reposo, aparecer-desaparecer, luz-oscuridad, etcétera. «No puedo pensar lo masculino sin lo femenino, la verdad sin el error, ni la quietud sin el movimiento» —decía.

MIEDO DEFERIDO

I

En buen proceso juicioso, los hombres suelen referir unas cosas a otras, configurando una cadena ideal de objetos, cada uno de los cuales garantiza al anterior, hasta llegar al último, que se garantiza a sí mismo, y que algunos llaman límite, convención, evidencia o verdad. Desde este punto de vista, decimos que una idea, un suceso o una percepción son referidos cuando surgen como resultado de un antecedente. Los hechos físicos y biológicos, como la caída de los cuerpos, la erupción de los volcanes o la reacción ante el estímulo, son referidos; en la Naturaleza, todo acto posee su causa. Por el contrario, en el mundo de las sensaciones y de las emociones, en lo que denominamos reino de la interioridad, ocurren fenómenos sin motivaciones, lo cual equivale a decir que existen comportamientos sin causa, o por lo menos desproporcionados a las mismas. Tales son los hechos deferidos.

Muchos hombres sólo han sentido emociones referidas o suscitadas por el estímulo; otros, ni siquiera han respondido adecuadamente a los estímulos. Si los primeros, por ejemplo, experimentaron ira ante la injusticia, o ternura ante la inocencia, los segundos nada sintieron frente a los mismos sucesos; se movieron sólo por intereses y pasiones. Por último, unos terceros han vivido emociones no causadas, es decir, independientes de todo origen o motivación exterior, comportándose como la misma Naturaleza, que, sin necesidad de incentivos, crea en abundancia lo permanente y lo perecedero. Estas emociones deferidas nacen misteriosamente en la interioridad del sujeto, y

fluyen de allí como el olor de ciertas plantas, por espontánea emanación, inundando el ánimo de su esencia. Entre ellas se encuentran el amor sin objeto preciso, o amor universal por todos los seres y cosas, tan característico de la adolescencia, el miedo cósmico y otros estados anímicos.

Los artistas son hombres de emociones deferidas, y el Arte, su objetivación a través de una determinada materia: la palabra, la piedra, el sonido, el movimiento y el espacio mismo. La obra de arte actúa sobre los espectadores por coacción o por contagio, sumergiéndolos en lo allí retenido; gracias a ella, la emoción deferida, que es efímera e incommunicable, se hace permanente y expresiva, encarnándose forma del Mundo. Aunque la impresión del artista surja a veces por un motivo, la respuesta es tan exagerada y desproporcionada al incentivo que no puede ser considerada como su efecto. El estímulo de unos ojos, por glaucos y limpios que parezcan, no produce la misma reacción en todos los hombres, de manera que los más altos sentimientos vienen a carecer paradójicamente de causa. La emoción del artista es una forma de lo particular; también el universo, en su conjunto. El cosmos, como la lógica, tiene sus leyes, por lo menos ante nuestra mente; pero no hay razón para que las tenga, ni menos para que sean de esta u otra manera.

Cuando vivimos emociones referidas, idéntico estímulo engendra igual impresión en todos; la presencia de los poderes tiránicos genera miedo en el común de los ciudadanos. Por el contrario, cuando sentimos emociones deferidas, idéntico estímulo produce impresiones diversas en diversos hombres. Ante la contemplación de lo perecedero, unos hombres experimentaron ternura, y otros, melancolía; la intuición de la muerte genera fatal acedia en algunos, y en otros, alegría. Por algunas de estas divergencias se diferencia la Grecia del Cristianismo.

Tuve ocasión de hablar con Demócrito de Abdera, cuando era ya viejo, y le pregunté qué valoraba por más misterioso y todavía no descifrado. Contestó:

«Para celebrar las fiestas de Artemisa, asistí en mi juventud a la caza de antílopes. Estudié detenidamente uno de esos animales, descuartizado y todavía humeante, formado por la unión de inúmeros átomos o corpúsculos, y resultando maravilla observar la disposición de aquéllos para formar una existencia en movimiento, nada me asombró tanto como pensar que esta máquina, acuciada por los perros y sus ladridos, había sufrido miedo. Porque el animal ha sido diseñado a manera de artilugio que responde a un estímulo, me parecía natural que sus elementos estuvieran coordinados en partes aptas

para adivinar y prever el peligro, mediante la irritación del olfato y el aviso del oído, y provocar la huida. Pero la presencia de la emoción que llamamos miedo me pareció innecesaria a estos efectos. ¿Cuál ha sido el propósito de la Naturaleza al dotar al animal de terror y tristeza? En verdad que no lo sé, y ésta es una objeción que ha de compartir toda la Grecia».

Después, añadió:

«He aquí el único misterio: la existencia de lo innecesario a la organización mecánica del universo. Y ello es tan cierto que, si yo no fuera Demócrito, por su causa refutaría al mismo Demócrito».

II

He teorizado sobre la emoción para poder hablar del miedo que sentí en mi niñez. Como en la noche se escapan misteriosas exhalaciones de las cosas, se escapaba de mi desconocida interioridad un dulce y constante miedo que hacía más dulce el amparo. Se trataba de un miedo sin causa, no provocado por estímulo alguno, por ejemplo, las sombras, sino surgido espontáneamente del alma, por emanación, como si aquélla estuviera hecha realmente de desamparo; era un miedo fluyente y enervador, sin remedio, que no quería tener fin; en suma: un miedo deferido.

Anaximandro, el filósofo, recordaba que, siendo niño, había apretado fuertemente la mano de su padre, con motivo de asomarse ambos a un precipicio. El terror de Anaximandro tenía causa y explicación natural, según las teorías sobre la conservación de la existencia; milenios después, los niños siguen reaccionando de la misma manera. Que un niño aferre la mano paterna sin motivo de peligro, sino por miedo deferido, es otra cosa. Unos afirman que se trata de un terror cósmico o biológico, padecido por el alma al sentirse en el mundo o saberse a sí misma, como dicen los platónicos; otros, que son difusas e incontrolables exhalaciones de los nervios, generadoras de la interioridad, siempre inexpresable.

Un cierto Nicostratos de Egina, que acompañó a Jenofonte en la guerra de Ciro el Joven, y que se extravió a la vuelta, regresando a la Hélade tres años después, relataba así sus aventuras de solitario: «Claro estaba el día, radiante el sol, pacífica la Tierra, calientes y somnolientas las vegetaciones. Entre las enormes montañas parecía imposible hallar personas, fieras y monstruos. El silencio era grande, sólo quebrado por el murmullo de las aguas en su cauce. Nada había que temer; todas las cosas se hallaban tranquilas y quedas; pero

yo sentía miedo». Este Nicostratos fue grandísimo embustero y vanidoso. Algunos han llegado a sostener, incluso, que jamás anduvo con Jenofonte. En Corinto me contó la disparatada historia de sus relaciones con la mujer de un bandido de las montañas frigias, que al momento valoré como la más grande patraña oída. Pero no creo que mintiera en lo arriba citado, pues nadie puede narrar una sensación no experimentada, como tampoco entender una emoción no percibida.

Podría repetir las palabras de Nicostratos: «Todas las cosas se hallaban tranquilas y quedas; pero yo sentía miedo». En efecto: mi pequeña existencia discurría ordenada; los días se enlazaban alegres y llenos de novedad; los descubrimientos se sucedían incesantes; y todo, en fin, concordaba maravillosamente con la cándida inocencia de la edad. Mas yo sentía miedo; y así como lo padecía, así lo gozaba.

Los griegos creían en la existencia de cierto orden que, una vez roto, debía ser restaurado por la propia naturaleza de las cosas, mediante un sistema de compensaciones. Desde este punto de vista, al placer debía suceder el dolor; y a la felicidad, la desgracia. Para evitar esa ruptura, Epicuro recomendaba la abstención de toda iniciativa, la represión de los anhelos y la sabia jerarquización de los placeres. La voluntad del hombre, pretendiendo lo mejor y más justo, nada puede frente al inexorable decreto que rige de este modo el mundo. Las quejas sólo tienen valor estético. ¿De qué sirve al loco, o al bueno, decir: «No quiero que nadie sufra, no quiero que los niños mueran»? Cierta vez que estuve en Epidauro, cuando Lucio Anneo Galión, hermano del filósofo Séneca, era procónsul de la provincia Acaya, oí hablar así a un médico: «Cleofón, las torres de tu alquería rebosan trigo; sus tinajas, aceite propio; y sus odres, vino cosechado. Posees hijas bien casadas, eres ciudadano, muchos solicitan tu consejo; en general, los dioses parecen proteger tu existencia. Sin embargo, algo te dice en el interior que ese orden, o este desorden, puede quebrarse en cualquier momento, y a cada instante te preguntas si el próximo traerá el suceso. ¡Destino de hombre, que ningún médico puede remediar!».

El terror de mi infancia no fue como éste, sino todavía más irracional, inexcusable y misterioso. Hablo de un miedo de origen, como traído conmigo al mundo, a la manera que el fósil trae la tierra en torno; un miedo siempre transportado, sustancial, no adquirido ni configurado por resultado. El dramaturgo Frinico, que hizo llorar a los atenienses a causa de la representación de un drama sobre la destrucción de Mileto por Darío, escribía

así: «Quien no sintió miedo sin causa en sus años infantiles, no puede ser bueno ni reflexivo».

¡Dulce superfluidad!, emoción deferida y fluyente, yo te amo, por incomunicable y efímera que seas, así aparezcas en el bosque como en las montañas o en la ciudad. ¡Dulce miedo y su amparo!, yo te amo con nostalgia del origen.

METAMORFOSIS

I

«¡Metamorfosis!, ¡metamorfosis!» —gritaban las bacantes cuando sentían transformarse todas las cosas y casos.

«¡Metamorfosis!, ¡metamorfosis! El mundo no es uno y hecho para siempre, sino diverso y fluido, libre y acaeciente, creado en acto prolongado» —hubieran podido afirmar, de reflexionar y querer expresar sus emociones en palabras trabadas, a la manera de los filósofos.

«¡Metamorfosis!, ¡metamorfosis! El universo no es máquina regida por leyes, sino contingencia sorprendente, comparecencia que juega y espíritu jubiloso» —hubieran podido añadir, la faz transmutada cara gozosa de la Creación.

«¡Metamorfosis!, ¡metamorfosis! La Tierra se anima y danza, la nieve no hiela los miembros, el fuego no quema ardiente, la sangre es idéntica en los múltiples seres, sonrían las montañas, el gesto de todos los entes se torna simpático; quienes aquí estamos, somos, a un tiempo, hermanos y amantes» —hubieran podido, en fin, corear.

¿Qué es metamorfosis?

No es cambio, a la manera como Heráclito el Oscuro concebía el mundo, cuando afirmaba el devenir, que nada hay idéntico a sí mismo, y que no existen sustancias, sino constante emanación; aunque así fuera, y la mesmedad de una cosa resulte nueva a cada instante, ante nuestros sentidos permanece invariable lo que llamamos apariencia, donde nos movemos y

vivimos. El vecino de Heráclito no podía bañarse todos los días en el mismo río, porque las aguas transcurrían, pero sí en un río. Desde este punto de vista, lo perenne viene a ser encuentro de fugacidades. Un carácter bondadoso está formado de cien debilidades y otras tantas contradicciones; pero la bondad no es debilidad ni contradicción. En el mundo hay conjuntos que no pueden valorarse como unión de partes, sino como totalidades independientes, y aunque aquéllas sufran constante mudanza, éstas permanecen.

Metamorfosis nada tiene que ver con la evolución que conduce unos seres a transformarse en otros, intuitos y queridos por el hacer que hace la vida. Se dice que este hacer no cesa de configurar acaecimientos, y que, tal vez en un rincón del universo, bajo el Sol o más allá del Sol, esté construyendo una estructura capaz de mejores pensamientos y más profundas emociones que nosotros. Pero ello no es metamorfosis, sino proceso al que no importa el ser, y sí el constante efectuar.

Metamorfosis tampoco es crecimiento, mutación metódica y prevista por la naturaleza de las cosas. La semilla florece y deviene planta; el pajarillo rompe el cascarón y sale al exterior; en la adolescencia surge vello sobre el pubis, ante la admiración inmortal de Lucrecio; el hombre no piensa como el muchacho. Esto es desarrollo, y desde que sucedió una vez, sucede todos los días, aunque no por ello deje de ser asombroso.

¿Qué es, pues, metamorfosis? Sencillamente, la espontánea e imprevista transmutación de unas formas en otras, más allá de cualquier propósito. Si el cambio en la interioridad de las apariencias, su evolución y desarrollo pueden concebirse como hechos naturales, la metamorfosis debe entenderse como acontecer lúdico, que rompe toda determinación en las cosas y en los hombres.

Hay metamorfosis cuando un ser se sustancia otro ser; y una figura, otra figura. Todos los hombres han sentido ansias de transfigurarse y convertirse en formas ajenas, como saben quienes se disfrazan para experimentarse diferentes y nuevos. Muchos pueblos han celebrado orgías o fiestas de enmascaramiento, y algunos han vivido continuamente enmascarados, como buscando la perenne enajenación. Al salir de sí y romper las leyes de la permanencia e identidad, el individuo goza. Todo rito, en cuanto manera de emocionar y conmover, exige disfraz: los jueces, los sacerdotes y los maestros de facultad se disfrazan; en ellos, como en el Arte, exterioridad e interioridad son lo mismo. El inepto enmascarado de profesor cree ser el otro, es decir, el pensador profundo entregado a la desvelación de la verdad; vive el disfraz y su misterio, impresionándose a sí mismo tanto como a los demás. Un cierto

Eudoxio de Andros, amanuense del rey Amintas de Macedonia, escribía: «¡Qué fruición la de la larva que teje incesante su envoltura sobre la cálida y húmeda tierra, para transmutarse en otra existencia! ¡Qué gozo el de la ninfa, refugiada en su propia matriz, al oír tras las paredes el murmullo de los semejantes, igualmente empeñados! ¡Ya surgen los élitros!, ¡ya apunta la cabeza!, ¡ya las antenas anuncian lo nuevo! ¡Cambiamos!, ¡cambiemos! ¡Qué contento experimentarse mudar, dejar la vieja, inútil camisa, y trocarse otro ser!».

También hay metamorfosis cuando las criaturas dan en intercambiarse formas propias, añoradas en unos por los otros, y, movidos por universal atracción, trocan actitudes y miembros, cabezas, patas, brazos, la determinación y rigidez de las figuras que son. Entre cosas, animales y hombres existe una fatal incomunicación. Nuestro sentir estético, atributo del Espíritu, tiende a traer al mundo la continuidad del origen, pretendiendo hacer del universo un todo fluido y comunicado, una simpatía. Cuando esta tendencia encuentra un medio apropiado, el Espíritu realiza su vocación, y llega a comunicarse descaradamente con la materia y la humilde vida inferior. Entonces vemos a unas presencias traslucir su nostalgia de otras, y a todas reclamar su ilusión. El chivo quiere tener algo de hombre, y el hombre, de chivo; el río se hace humano rival de Herakles, o amante de una ninfa; la encina profetiza, la bestialidad ama a la mujer, el monte piensa, los árboles se lamentan. La Gran Simpatía habita la Tierra.

¿Es el centauro un hombre codicioso de ancas, o un caballo con nostalgia de torso humano? ¿Es el sátiro un hombre con ansias de pezuñas, o un macho cabrío deseoso de semblante humano? Los griegos idearon figuras con rostro humano y cuerpo animal; por el contrario, los egipcios prefirieron colocar una cabeza animal sobre una estructura humana. ¿Qué significado puede tener esta diferencia? «En la Élide vi un centauro. ¡Qué arrogancia!, ¡qué potencia!, ¡qué impresionante y antigua disposición!: el animal y el hombre fundidos en la continuidad» —escribía una tal Metanira, natural de Tirinto, al poeta Mimnermo de Colofón. Hay que dar crédito a Metanira, amante de la poesía y de la filosofía, mujer excepcional entre las griegas. Cuando Teseo me contó las bodas entre Pirítoos y Deidamia, describió así el brutal comportamiento de los centauros: «Era de ver la inquietud de los cuadrúpedos, el estremecimiento constante de su piel, la impaciencia de sus modos y la mirada centelleante y lúbrica sobre las mujeres lapitas. Venían dispuestos a la tropelía, como conjurados por su propia bestialidad y su falta de honra y de decencia. Desde que se sentaron a las mesas, comenzamos a escuchar los

sordos golpes de sus cascos sobre el suelo, lo cual, como prueba de evidente desasosiego, empezó a inquietarnos. Las mujeres se mostraban refulgentes; sus graciosos senos aportaban al banquete la cortesía de la forma. Yendo mi vista de unos a otras, comprendí en seguida que la fiesta terminaría en guerra». A mi juicio, de poseer aquellas criaturas cabeza equina sobre cuerpos humanos, hubieran resultado tímidas y melancólicas, no insolentes. Al mixtificar formas y apariencias, la Grecia quiso aprovechar el poderío del animal, simbolizado en la corporeidad y la fuerza; y el Egipto, el misterio, representado en el rostro.

Por último, también hay metamorfosis cuando la bellota y su dedal se transmutan tesoro ante el ánimo del observador, o la llama, pitonisa; cuando los cofres crujen y murmuran dolientes; cuando, tras la lluvia, miles de espíritus surgen de la húmeda tierra; cuando sonrío o tiembla el servicio de agua sobre la mesa de noche, cuando el nocturno reclamo del gato se hace quejido humano, o cuando los objetos recién hechos brillan con luz no fabricada por el artífice. Estos fenómenos son debidos a la capacidad de evocación, o poder de animación que posee el espíritu, siempre propensionado hacia el acontecimiento.

El arte es expresión de la metamorfosis en sus varias acepciones: transmutación, mixtificación y animación. El artista se vale de la exageración, de la mezcla o de la parcelación: extrema los caracteres de la apariencia, los intercambia, o significa algunos solamente. Esta operación es inconsciente; su autor ve la apariencia exagerada, mixtificada o parcelada. Sin exageración, mixtificación o parcelación, no hay Arte, pues no comparece lo particular e indeterminado en la obra, sino lo universal y previsto, lo general. El cuerpo humano no es tan rígido como lo vieron y esculpieron los egipcios, ni los bueyes del Nilo poseen rostros tan alargados, dignos, penserosos y enigmáticos. Contemplar o escuchar el Arte es vivir la metamorfosis; y sentir ésta, habitar el Arte. No es de extrañar, pues, que los griegos fueran tan constantes artistas: la simpatía entre los animales, las cosas y el hombre, fluía allí sin cesar.

II

Para ver el mundo en metamorfosis, ya por transmutación de formas, ya por mixtificación de figuras, o ya por animación de objetos, se precisa un espíritu capaz de contemplar desde la inocencia y la alegría. La inocencia es

la perduración del origen en el hombre. Un espíritu existe inocente cuando se revela como prolongación de su naturaleza, y no como resultado de la experiencia. Al hablar de experiencia no me refiero al conocimiento estrictamente racional, o aprehensión intelectual, intuitiva o metódica, sino a las acumuladas figuras de sucesos mundanos en el alma: vivencia del absurdo, de la maldad y de la estupidez; todo ello nos enmienda. Empédocles pudo conservar durante toda su vida la voluntad de pensamiento, recibida en el origen, conforme a su complexión de filósofo, y continuar siempre inocente; igual cabe afirmar de Demócrito; la experiencia nada pudo contra ellos. En cuanto el hombre se revela capaz de mantener durante más tiempo su conexión con el origen, más consciente del destino y facultado para el arte y el entusiasmo se muestra. Y como nada existe más inmediato al origen que el niño, tampoco hay nadie más cerca de la inocencia y el destino, ni nadie, sin duda, que viva el entusiasmo con mayor vigor.

Durante la infancia, el mundo aparece en continua metamorfosis; después pierde fluidez, se endurece y cubre de una capa que impide toda flexibilidad; por así expresarlo, deja de ser mamífero para transformarse crustáceo. Para vivir la transmutación, la comunicación, o la animación de las presencias, se necesita un espíritu desalquilado y libre del lastre arrojado en la conciencia por los sucesos, plomo más pesado que la comida detenida en el estómago.

Así como estoy ahora, en el campo, contemplo los árboles y pienso que podrían convertir sus raíces en pies, y sus ramas, en robustos brazos; las pequeñas plantas, los juncos, los pájaros, y el mismo silencio, podrían también iniciar un movimiento de transmutación; de entre la pinada podría emerger un centauro. Pero nada sucede, no hay disposición, perdióse la infancia del mundo. Sin embargo, durante la infancia acaecía el milagro todos los días. ¡Cuántas veces vi venir entonces el espíritu de la alegría deferida, o sin estímulo, que penetraba todas las cosas, animándolas y confundiéndolas en mil apariencias! Mientras vivimos la infancia, no somos capaces de advertir la teoría que hay en el rostro humano, tal como aparece en el arte egipcio; pero, sin embargo, poseemos extraordinaria capacidad para descubrir la faz de las cosas, facultad perdida en el adulto.

Terpandro de Lesbos, que dio leyes a la música, escribía así: «En mi casa de Mitilene no crujen ya los muebles durante la noche; del pozo no suben los ruidos que los espíritus producen al sumergirse; las ninfas no rodean los Hermes del jardín, ni el enjambre de los dioscellos, y su murmullo, anida entre las sombras. O la Creación, o yo, hemos perdido la condición infantil». Por otra parte, hacia el siglo IV antes de Cristo, una muchacha asiática me

hablaba como sigue: «Asklepios, dime: ¿Por qué ves tantos seres, sucesos y presagios, en la noche y el día, en la llanura y en la montaña, en la tierra y en el mar? ¿Por qué eres tan abundoso en las preguntas y en las respuestas y sus razones? Lo que tienes de niño, tienes de griego».

Después que el Oráculo de Delfos acertó a comunicar al César Juliano la muerte del antiguo vigor, un tal Apsefión, a la sazón residente en Creta, decidió emboscarse entre unos álamos, y quedar definitivamente escondido. «Aquí aguardaré que el mundo torne a animarse, y que, de entre las enramadas, ninfas, faunos y centauros, salgan a llorar o a reír conmigo la muerte o resurrección de la alegría» —decía, y persistía en su empeño. Este Apsefión, hombre todavía joven, debió esperar mucho, y desesperar luego, porque nunca más hubo corazón para el antiguo júbilo, oídos para sus cantos ni ojos para sus formas. Es ley del pasado no volver, o volver rígido y yerto, si se le convoca.

VIVEZA DE LA CARNE

Entiendo por viveza de la carne la correspondencia entre mundo y organismo. La estructura física, la luz, la extensión y la longitud fueron antes que la estructura viva. Si llamamos Presencia del Universo a la primera, y Manifestación del Universo, a la segunda, podremos definir la viveza de la carne como la concorde adecuación entre la Presencia y la Manifestación de las cosas. En cada especie animal hay un modelo de esta adecuación; poseer viveza es encarnar ese modelo, lo cual equivale a tener en forma todas las facultades diseñadas para el caso: fino oído, sutil olfato y ágiles piernas en la gacela; vista bonísima, suave plumaje y vuelo silencioso en la lechuza y el búho, que cazan de noche; rápidas zancas y fantástica fuerza en el avestruz; orejas prontas al ruido, agudos dientes y extraordinaria flexibilidad en el gato y otros felinos, etcétera. Por el constante uso de estas potencias, que obran a manera de espíritu o capacidad de percepción, el animal posee lo que llamamos mundo. «Cada vez que el águila levanta el vuelo en el Cáucaso, conoce lo real y se posesiona de la extensión de la tierra» —decía Anacreonte de Teos, que fundó la colonia de Abdera en la Tracia. Por su parte, la famosa y gentil Corina, acusada burlonamente de tener palabras en la vagina, respondió así: «La vagina conoce; es una facultad».

A la plenitud y ejercicio de estas potencias, incluida la señalada por Corina, se opone el suceso que llamamos enfermedad. A mi juicio, hay dos clases de enfermedad: una ponderada, o parcial, y otra total. La primera aparece como demiurgo que nos acompaña y enmienda sin derrumbar nuestra capacidad de pretender, transformándonos en seres particulares. Es como un susurro anidado en nuestra interioridad, o, a veces, como la interioridad misma; nunca nos deja y siempre nos evidencia ante nosotros mismos; nos

recuerda que somos; no mata la viveza; simplemente la modifica, agudizando en ocasiones la capacidad y disposición de las facultades. Este tipo de dolencia es destino en ciertos individuos, la forma de comparecer en el mundo y la propia conciencia; para el que nace y vive con dolor de muñecas, el dolor de muñecas es sustancia del ser. Muchos fueron los que, desde la misma infancia, o desde la juventud, sufrieron enfermedades ponderadas, como el filósofo Anaxágoras, siempre cansado de piernas, y el emperador Octavio, reumático desde la adolescencia. Plutarco de Queronea, que fue niño asustadizo y más bien débil, recordaba con nostalgia cuánto había corrido en su infancia, yendo a las eras; y aquel Eratóstenes de Alejandría, que midió la circunferencia terrestre, valoraba por lo más fantástico haber ido, en la misma edad, a beber agua de una fuente casi gélida, en el Himeto; este Eratóstenes padeció sin tregua lo que hoy se llama distonía neurovegetativa. Por último, un cierto Mnesidemo, discípulo de Critolao y cojo desde que vio la luz, hablando de sus primeros años, tenía por maravillosa la predisposición de sus ojos, oídos, olfato y otros sentidos y miembros hacia una concordancia con el Paisaje del Mundo. «Yo no podía andar con disposición común, y menos correr y saltar; era un lisiado; pero sentía por todo mi ser la llamada de la loca carrera, el salto, la danza y la percepción de la extensión y longitud de las cosas por el abrazo con ellas».

La enfermedad total es ya otra cosa; mata y evita toda armonía y correspondencia entre el organismo y el resto del mundo; no nos habita: nos aniquila, nos aparta del murmullo universal, nos enclaustra fuera de la matriz de la Tierra. Si el animal no caza, no se posesiona del universo; el águila sin vuelo, o sin vista, nada conoce: no existe como tal. Filino de Cos, que fundó la escuela empírica de medicina hacia el año 250 antes de Cristo, debía referirse a esta clase de dolencia cuando escribía: «Los estudios que los médicos emprendemos mediante la paciente observación y anotación de los hechos, no tratan tanto de evitar el dolor como la refutación del hombre que supone toda enfermedad». El dolor relativo nos enmienda o modifica, como ya he dicho, pero el absoluto nos destruye. Entre los no griegos, se ha llegado a sostener, sin embargo, que toda enfermedad es sagrada, porque nos arranca de la Tierra y nos pone en contacto con la Divinidad. En efecto: al refutar al hombre, encontramos muchas veces a Dios. Estas palabras pueden ser aplicadas también a la miseria, tan terrible como la enfermedad total en lo que respecta a la refutación del hombre.

Además de la total enfermedad, hay otras causas que impiden la viveza de la carne, o terminan con ella, como la constante desconexión del ser con la

Naturaleza, la conciencia de vivir en paradoja, el agotamiento causado por las preguntas sin respuesta que continuamente nos formulamos, la sensación de inutilidad, el descubrimiento de la realidad social como afrenta de valores, y, sobre todo, aquella actitud de la estructura sensible que se niega a transmitir impresiones, porque nada nuevo encuentra en ellas. Como se ve claramente, todas estas causas pueden resumirse en dos: olvido del origen y acumulación de experiencias en la conciencia. Otra vez descubrimos que la experiencia aniquila lo bueno, natural e increado. Sólo en este sentido cabe admitir que el mundo sea enemigo del espíritu.

¿Cómo podremos saber que poseemos viveza de la carne, o facultades en forma, y no somos comparencias objetadas o definitivamente refutadas? La condición de algunos bienes es tal que el hombre sólo puede valorarlos cuando se aleja de ellos, o cuando, habiéndolos poseído, los pierde. Si carecemos de punto de mira, no podemos saber si nos movemos o estamos quietos; si no devenimos a la tristeza, tampoco podemos apreciar la alegría, porque nos falta apoyo para relacionar y enjuiciar con significado; para valorar durante la juventud la espontaneidad, profundidad, fluidez y riqueza pensante de la misma edad, tendríamos que vivir su ausencia, y sentirnos, a la vez, capaces e incapaces, lo cual no es posible. Esto ocurre por la misma estructura del proceso psíquico y juicioso, que obra por comparación. Ya he dicho que reflexionar y sentir es establecer relaciones dentro de la continuidad donde reflexionamos y sentimos. Antes de pensar los hechos y los objetos, hay que pensar o inventar la continuidad que habitan esos hechos y objetos, acto realizado por la memoria, que, en cierto modo, actúa por convención.

La viveza de la carne es uno de esos bienes que sólo pueden ser conocidos cuando se han perdido, o sea, cuando el intelecto realiza la operación de relacionar dentro de la continuidad entre el pasado y el presente. En otras palabras, esto quiere decir que la viveza de la carne solamente se percibe por el recuerdo. Ni el hombre ni el león pueden añorar la fuerza del león; el primero porque nunca la tuvo, y, por consiguiente, no la recuerda; y el segundo, porque carece de memoria. Desde que mis piernas se sienten pesadas, añoro la ligereza de piernas tenida en la infancia, edad en que viví las experiencias del niño Plutarco, de Eratóstenes y de aquel Mnesidemo, así en la carrera como en la ascensión, la danza y el salto. ¡Facultad a punto de los músculos y sus tendones, del oído, del olfato, de la vista y del gusto; facultad, en suma, de la sangre, que se posesiona del mundo a la manera del predestinado! He aquí la niñez.

EXPECTACIÓN

I

Muchos hombres, entre ellos Platón, escribieron obras que describían una sociedad donde no existían aquellas costumbres, instituciones, sucesos y males que de hecho constituyen la realidad social. Así, por ejemplo, pergeñaron mundos sin dinero, sin Poder, sin libertad, sin ciertas pasiones, e, incluso, sin necios, malvados y vanidosos. Pero nadie concibió jamás un mundo sin sol, sin montañas, sin campos, sin lluvia y sin paisaje, lo cual tiene su razón en el hecho de que el hombre no es otra cosa que una parcela de la gran extensión y presencia del universo, y, por tanto, no puede existir sino en relación con ellas. Un individuo absolutamente aislado de las cosas, tendería fatalmente a refutarlas, y, si fuera profundo, a refutarse a sí mismo. A esto se llama nihilismo.

Lo contrario del nihilismo es la expectación o predisposición del ánimo hacia el fenómeno. La inteligencia, o capacidad de componer y descomponer dentro de un todo, ve cosas aisladas, nunca en comunicación. El intelecto da cuenta del mundo a la manera del que enumera y pesa, pero no lo siente, por lo cual jamás llega a conocerlo como es y sucede. Sólo a través de la conjunción entre inteligencia, memoria y sensibilidad, conocemos la realidad mediante la comunión con todos los seres y cosas. Y así como la mujer espera al hombre, sin voluntad dirigida al efecto, sino por fatal disposición de la Naturaleza, así nuestra sensibilidad, como la papila del animal hambriento,

parece producir jugos para acoger el momento que sigue al momento. De tal forma está conexionado con nosotros el suceso del mundo.

Supongamos un ovillo hecho de un hilo tal que cada milímetro parezca de una materia, estructura y color nunca vistos ni palpados: supongamos que nuestros ojos son capaces de advertir y valorar esas inminentes novedades; y supongamos, finalmente, que tiramos del hilo y devanamos la madeja. ¿No estará nuestro ánimo en íntima y armoniosa correspondencia con las sucesivas apariciones? ¿No llegará un momento en que a cada aparición corresponda un estado de ánimo, y a cada estado de ánimo una aparición? Pues bien: si en lugar de ver el mágico ovillo, vemos el mundo como un ser siempre acaeciente, nuestro estado de ánimo y su constante emoción, nuestra disposición, se llamará expectación. Al ponerse, pues, el hombre en contacto vivo con las cosas, o sumergirse en ellas, surge la expectación, que nos hace sentir el mundo como un devenir o ir siendo sumamente interesante, un proceso donde el instante añora y espera la novedad del instante siguiente. «Llamo expectación a la particular situación de creencia y espera en el suceso» —decía el legendario Arión de Corinto. Luego, añadía esta opinión: «Cada una de las notas de la música, así como están dispuestas y trabadas, espera a la otra».

Para el que siente expectación, ningún momento está vacío, sino todos llenos, porque suceder es acaecer, y el tiempo, un conjunto de acontecimientos. Acaece el río, la planta, la hormiga, la nube, el sol, las estrellas y el pensamiento. El hombre poseído y predispuesto por la expectación, es un ser inspirado. Lo que muchos llaman inspiración no es otra cosa que una predisposición del ánimo hacia el suceso vivo del mundo. El poeta es una comparecencia expectante, que ve el universo como una continuidad viva, y su obra, la expresión del conocimiento particular de esa continuidad. Las musas no soplan palabras al oído; más bien obran disponiendo nuestra interioridad hacia las cosas y hechos. Actúan desde dentro, como los demiurgos; son nuestra compleción. Los estoicos afirmaban: «Quien no es sabio, es necio, y entre los necios no hay diferencia». Digamos nosotros: el que no es poeta, es un resultado, y entre los resultados no hay diferencia.

Quienes acompañaron a Seleuco cuando las expediciones de Alejandro, quisieron contemplar muy de mañana el despertar de una guarida de leones. Entre ellos iba un tal Filoneo, que describió así la escena: «Vimos un león, una leona y tres cachorros; uno de éstos, ya despierto y apartado de los otros, golpeaba con su pequeña mano la negra tierra. Hasta nuestro refugio subía el

olor propio de aquellas bestias, y, desde luego, los ronquidos de sus sueños. De pronto, el león macho abrió los ojos, porque, según el físico Lisícrates, que nos acompañaba, se le desbloquearon los órganos que rigen el sueño. Se estiró a la manera de los gatos, se incorporó y lanzó un rugido. Como todas las mañanas, acababa de descubrir el día, y sentía expectación en su enorme ser. Nosotros también sentimos expectación de lo que pudiera suceder en los instantes inmediatos, aunque ya conocíamos las costumbres de las fieras, y dábamos por descontado que no se pondrían a platicar, como Sócrates, ni a calcular, como Pitágoras».

La constante expectación nos conduce a la intuición de la aventura, que puede ser definida como la llamada del acontecimiento. Sólo el que tiene fe en la llegada del acaecimiento y en la existencia de lo maravilloso, espera la aventura, es decir, la realización de lo indeterminado. Tales se llaman almas ilusionadas. La aventura se encarna, a veces, en un viaje a tierras vírgenes, en la navegación, en la visita al País de los Feacios o en posar máquinas más allá de la Tierra; a veces, en el humilde viaje en ferrocarril, en el uso de un específico, o en el libro todavía no abierto; a veces, en la mujer exótica y muda, en la autóctona, o en la muchacha pavisosa e insignificante, por cuyo consciente y subconsciente quiere navegar el aventurero, descubriendo inéditos mundos; y, a veces, finalmente, en la callada investigación que desvela la verdad, velada por la apariencias.

Aquel embustero del que ya he hablado, Nicostratos de Egina, me contó, también en Corinto, una bella historia que conviene recordar. Presumía de haber ascendido hasta los montes que los modernos llaman Urales, y, después de pasar sus cumbres entre tormentas sin fin, «donde se fragua el rayo de Zeus», haber descubierto una tierra nueva y tranquila, como hecha de otra materia más inocente y absorta. Había allí una inmensa y extensísima paz, ningún ruido, diferentes colores, un nuevo rojo, y, sobre todo, un sol algo más alejado, más suave y candoroso que Febo. Estuvo indagando, tras seguir la leve brisa que dobla los juncos, y que «siempre sopla en la misma dirección», investigó las cosas presentes, comparándolas con las de la Grecia, y hallándose ensimismado, en aquel estado en que el espíritu y el cuerpo se encuentran en perfecta concordancia y contento, descubrió un bípedo cubierto apenas con piel de cabra. Nicostratos se le acercó cauteloso, y como aquél lo advirtiera, dio un grito agudo y femenino, «a la manera de las bacantes», y se derrumbó en desmayo. Entonces, el griego pudo contemplar una mujer tal que por la ponderada estatura, el color de la carne, la lozanía de las formas, la increíble suavidad de las líneas, sobre todo en la zona donde el tronco se

transfigura en muslos, y la dignidad de la frente y rostro, no podía tener semejante en toda la Grecia y sus islas. Los párpados estaban cerrados por el accidente, pero cuando éste pasó, y aquéllos se abrieron, Nicostratos vio unos ojos que, ya descubiertos, tenían que ser perpetuamente mirados, pues, permaneciendo idénticos, resultaban diferentes a cada instante, tanto en la clara luz, como en la renovada concordia, como en la llana extensión y placidez del mundo allí presente, como en su verde-azul, jamás visto ni soñado por griego alguno.

Nicostratos llegó, incluso, a presumir de haber conocido al mismísimo Teseo, de quien, al parecer, había escuchado revelaciones extraordinarias respecto al... ¡pecho de las Amazonas! Sobre tan notable tema, su desparpajo compuso un relato, que decía así:

«No es cierto que las amazonas mostrasen un solo pecho. Mostraban, sencillamente, los dos, como me descubrió Teseo, hijo de Egeo, el Jonio, y de la Piteida Etra, que las venció en la cuarta guerra que los helenos sostuvieron contra dicho pueblo.

»Este Teseo me desveló otras muchas e importantes verdades, que alguna vez pienso narrar, entre ellas la real versión de las bodas entre Pirítoo y Deidamia, en cuyo banquete se insolentaron los Centauros con las mujeres lapitas, ya a causa de la embriaguez, o ya porque habían premeditado la tropelía, como opina Teseo, y yo apoyo.

»Porque Teseo fue el primer griego que se propuso alcanzar la popularidad, dejó correr la serie de fábulas que los poetas urdieron sobre sus hazañas. Y aunque muchas veces le rogué que separara cuanto había en ello de verdadero y de leyenda, nunca quiso añadir ni quitar una letra a lo ya escrito y esparcido. Sobre todo, le supliqué que aclarara sus relaciones con Ariadna, la del Minotauro, y me dijera si fue cierto, como leí, que existieron dos Ariadnas, una celebrada con alegría y otra con lamentos.

»Nada repuso, sino que un griego jamás ha de hablar para justificarse, manía de bárbaros, y por este contumaz silencio supuse que debía existir alguna razón en las acusaciones de los antiguos, cuando le inculpaban de injusto y arbitrario con Ariadna.

»Tampoco quiso decir palabra sobre las mujeres que la leyenda le atribuye haber desposado o poseído. Nada sobre Egle de Panopeo, que, según autores, fue causa de aquel impropio comportamiento con Ariadna; nada sobre Fedra, semejante a la diosa Afrodita, luego enamorada de Hipólito, hijo del propio Teseo y Antíope, como opina Eurípides; nada sobre Anajo de Trezene, en la Argólida; nada sobre las hijas de los bandidos que mató pasando el

Istmo, camino de Atenas, llamadas Sinis y Cercyón, muchachas con quienes se ayuntó; nada sobre Peribea, madre de Áyax; nada sobre Ferebea; nada sobre Iopa de Ifikles; y nada, finalmente, sobre la joven Helena de Esparta, a quien raptó, con ayuda de Piritoo, y condujo a la fortaleza de Afidne, al Norte del Ática, de donde fue liberada por sus hermanos, los Dioscuros, tratándose, por lo demás, de asunto bien espinoso, principio de su ruina.

»Sin embargo, cuando ya estaba convencido de que Teseo no abriría la boca para aclarar un solo punto, le oí tratar cuestión nunca imaginada: el pecho de las amazonas.

»Por haberlo visto así en el Arte, yo creía que las amazonas enseñaban un solo, un único pecho, precisamente el izquierdo, yendo el otro cubierto, a consecuencia de estar artificiosamente disminuido o quemado desde la pubertad, para no entorpecer el manejo del arco. Expuesta mi creencia, sin mayor intención, Teseo habló como sigue:

»“Sé que durante mucho tiempo fue tradición imaginar las amazonas como mujeres que mostraban un solo pecho, lo cual ha sido uno de los mayores errores que los poetas, desde Homero mismo, legaron a la universal credulidad. Al aclarar esto, no es mi intención añadir nada sobre aquella guerra, que por ser una de las partes más oscuras de mi biografía, resulta la más fecunda en opiniones y contradicciones. Unos sostienen que rapté a Antíope; otros, que la hice cautiva en la pugna contra su pueblo; otros, que allegóse a mi persona por natural enamoramiento; otros, que luchó a mi lado contra las propias amazonas, siendo herida y muerta por aquéllas, y otros, finalmente, que no se llamaba Antíope, sino Hipólita, confundiéndola con su reina, a quien el honrado Herakles debía arrebatarse el cinturón del dios Ares, por cumplir su trabajo noveno.

»“Solamente quiero dejar bien aclarado —continuó afirmando Teseo— que las amazonas no mostraban un solo pecho, sino los dos, y esto igualmente en la paz que en la guerra. Entre los escultores griegos fue costumbre decorosa presentar en ciertas figuras un hombro desnudo y otro cubierto, como aparece en Artemisa, la Cazadora Tiria de los latinos. Por eso no es extraño que, pretendiendo alegorizar las amazonas, los artistas siguieran el uso, haciéndoles enseñar un solo pecho, e inventando posteriormente esa extravagante leyenda de las amputaciones. Empero, cuando se trata de pintura, y no de escultura, ya muestran las guerreras ambos pechos, como vi en ciertos vasos al estilo de Polignoto.

»“Por si la presente explicación no bastara, contaré llanamente cuanto me sucedió yendo contra el famoso pueblo de mujeres, y ello porque la cuestión

sobre el pecho de las amazonas es problema cuya correcta solución esclarece mi comportamiento en aquella ocasión.

»Después que pasé el Bósforo helado, tras fundar la ciudad en honor de Apolo Pitio, en pleno invierno, experimenté la mayor admiración de griego alguno. Y fue contemplar sobre la gélida Asia todo un ejército de senos y muslos a pares, como es ley natural entre bárbaros y entre griegos. Que las amazonas fuesen rubias o castañas, de ojos oscuros o claros, de perfil heleno o asiático, atezadas o níveas, es algo que nunca he podido testificar ni jurar por cuanto los hombres valoran como sagrado y decente; en verdad, jamás logré observar su rostro, y no porque lo llevasen velado, sino porque el pecho entretenía mi mirada.

»Como todo héroe, mi aliado, Herakles, era hombre más bien simple, obsesionado por cumplir la novena de las obligaciones impuestas por aquel Euristeo, primo suyo, señor de Argos, para purificarle de haber matado a flechazos, una vez enloquecido por Hera, esposa de Zeus, a sus tres hijos habidos con Megara, hija de Cleón, rey de Tebas. Digo, pues, que mi aliado sólo deseaba rescatar aquel cinturón que portaba Hipólita, por lo cual me compelia incesante para que atacásemos sin más esperar. Igual que otros misionados, Herakles veía el mundo como oportunidad de realizar su parcialidad.

»Si las amazonas hubieran mostrado, en verdad, un solo y único pecho, mi afán guerrero habría sido como el del propio Herakles, pues, desde el principio, las habría valorado como individuos bárbaros, extraños soldados o adelantados de remotas tribus. Pero mostrando ambos pechos, parecieronme mujeres griegas, aunque desnudas de torso, como tantas veces las vimos en Laconia.

»Así dije: Pienso, Herakles, que ni tu condición ni la mía han de resultar intolerantes con un pueblo de mujeres que tiene por norma enseñar la inocencia de la forma. En mi opinión, un griego no debe ir con la espada contra ejército como el presente, ni atacar sin ser atacado. Demás que sería indigno de los hijos de la Hélade venir arropados, así como vamos con traje frigio, contra femineidades que andan sobre la fría Asia como las muchachas citereas en verano, y aun como las atenienses en su alcoba. Y puesto que las amazonas, como sabemos, no rehúsan tratar con hombres, conviene a los griegos abandonar las armas y caminar hacia ellas en son de paz.

»Tal hablé, y, sin esperar respuesta, adentréme entre la muchedumbre de muslos y senos, seguido de Soolonte, Euneo y Toante, tres jóvenes atenienses,

con lo cual desmiento la fábula de que Soolonte muriera antes de que yo fundara la ciudad en honor de Apolo Pitio.

»"Luego que llegamos, fueron muchas las amazonas que nos cercaron, mostrando a una vara de nuestros ojos lo originario de su presencia. ¡Y por todos los dioses juro que, pudiendo repasarlas como te contemplo ahora, no hallé ninguna que exhibiera un solo pecho, sino los dos!

»"Por otra parte, fue paradoja que, según disminuía la distancia que me separaba de ellas, perdía la visión de los pormenores que un minucioso observador ha de advertir en los objetos cercanos. Por eso, nada sé del atuendo, armas, calzado y peinado de las amazonas, debiendo guiarme en esto por quienes relatan de segunda mano. También otros hombres y dioses han visitado regiones desconocidas, y sólo han visto y admirado una cosa de cuantas resulta forzoso suponer que existen en todo lugar. Según ciertas historias, parece que en tal o cual país sólo hay dátils, pigmeos o cabras bicéfalas.

»"Acogidos, pues, entre las amazonas, Soolonte, el ateniense, se enamoró de Antíope, la más originaria de entre ellas, comparecencia cuyo andar usufructuaba algo más que la gracia griega: quiero decir, la soberanía de cuanto es puramente natural y como configurado por un dios que piensa el mundo de manera diferente a los dioses conocidos. Ya que Antíope supo el deseo de Soolonte, rechazólo furiosamente, y aquél, sin más reflexionar, arrojóse a un río, donde pereció más por el frío que por el agua. La acción de Soolonte dirá de la extravagancia de los humanos, que, habitando entre tantas y tan diversas mujeres, son capaces de llegar al suicidio por el desdén de una sola. A veces, el deseo no tiene más que un objeto y una obsesión.

»"Muerto Soolonte, fue coincidencia que, entre las amazonas, mi pasión eligiera a Antíope, y esto por parecerme la menos semejante a una griega, como ya dije. Y aunque no he de añadir nada sobre aquel desposorio, quiero expresar mi queja contra los poetas, que, a mi juicio, siempre albergaron cierto rencor contra esta esposa. Si no Afrodita, diosa desconocida entre las amazonas, por lo menos Artemisa, la casta, Nodriz de la Naturaleza, vio con los glaucos ojos los naturales deleites que me proporcionó la enjuta Antíope.

»"Después que nacieron varios hijos de Antíope, el testarudo Herakles reanudó su empeño de rescatar el cinturón de Hipólita, cometiendo algunos excesos que trajeron, al fin, el levantamiento de las mujeres. Muy pronto pasaron el Bósforo y el Helesponto, invadieron la Tracia, cayeron sobre la Macedonia, señorearon la Tesalia y llegaron hasta el Ática. La ciudad de Atenas contemplólas un día ante sus propias puertas.

»"La guerra fue muy dura, y de cuanto sucedió después dan sobrada prueba las tumbas de amazonas que orlan la Tesalia, Megara y Queronea"».

¡Maravillosas mentiras!, producidas por la expectación del ánimo, capaz de emanar a veces más disposición que sucesos hay y puede haber en el mundo.

II

Cuando el hombre se aparta de su origen, y niega la Naturaleza, como a enemigo, estableciendo las dualidades alma y cuerpo, espíritu y materia, verdad y realidad, o este mundo y el otro, la expectación ya no comparece en el ánimo. Comiézase entonces a vivir de sentidos para adentro, y a sustituir la espera en el momento por la espera en acaecimientos no ya mundanos e indeterminados, sino ultraterrenos, concretos y reglados. Se espera, por ejemplo, el Gran Día de la Justicia Final, el Gran Día del Castigo, o el Gran Día de la Luz. A esto se llama esperanzas.

Desde que Cristo relevó al milagro antiguo, la Naturaleza fue sustituida por la interioridad. El resultado fue la muerte de la vieja expectación y su inocente disposición, trocadas por esperanzas concretas. A partir de entonces, muchos aguardan, en efecto, dos acontecimientos ultramundanos y fundamentales: la justicia final y una vida eterna. Nada tengo que oponer a estas bellas esperanzas, sino decir que serían dignas de un griego, si los griegos hubieran conocido la esperanza en vez de la expectación. Con aguda intuición, advirtió alguien que la sustancia del cristianismo estriba en la esperanza; la lucha entre la necesidad de esperar y la duda en la realización de los sucesos, es su constante tragedia. «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra esperanza» —decía el mismo, planteando el más grande problema del creyente. Y tenía razón. Si Cristo no fuera Dios, la Divinidad, o el principio que rigiera el mundo, resultarían crudelísimos e indignos del hombre. Pero ¿acaso no lo fueron con los piadosos y confiados creyentes de la antigüedad? El testamento de Aristóteles contenía encargos de cumplir promesas hechas a los dioses con motivo del viaje de un hermano. Al devenir aquéllos falsos, el Dios verdadero parece indigno de la piedad y buena fe de un hombre tan extraordinario, así engañado en sus mejores sentimientos; igual cabe decir de la vieja que rezara a la Artemisa de Éfeso. Mas yo no creo que existan divinidades falsas, sino en el ánimo de los sacerdotes; allí donde hay un corazón piadoso, hay un dios verdadero. «He aquí la paradoja —decía el

logógrafo Helénicos de Lesbos, que viajó por muchas tierras—: Los ignorantes han inventado los dioses verdaderos y reales, y los sacerdotes y sabios, los dioses falsos». No quiero que los hombres vivan engañados al amar y esperar; quiero que todos los dioses sean verdaderos. Determinado por mi deseo compuse estas líneas:

Dijo:

*Resucitaré de entre los muertos,
de entre los que no son y callan,
no ven el Sol ni sienten el roce,
son innúmeros y carecen de nombres,
sólo un indicio dejaron de que fueron:
centella que se apaga y se apaga.*

*Resucitaré, dijo, y tornaré a la vida;
en la Vía Láctea estaré, como ahora,
con la misma figura y el mismo carácter;
y tú y tú estaréis conmigo,
así como sois en identidad.*

*Resucitaré, dijo, y de entre ellos vendré,
para que la ingenuidad prosiga.*

Muchos cristianos, u hombres configurados al modo cristiano, que son todos los modernos, sin posibilidad de excepción, han perdido la esperanza trascendente, y como, por naturaleza, carecen de expectación, puesto que no son niños ni griegos, se han encontrado vacíos de Naturaleza y de fe, llegando a filosofar sobre el absurdo de hallarse en el mundo como seres no naturales ni supranaturales, o volviéndose rabiosos mecanicistas o materialistas. Esto se llama desesperanza metafísica. Otros, fuera ya de los filósofos y reflexivos, han inventado acaecimientos mundanos donde situar la esperanza, poniendo el ánimo en la ilusión de alcanzar este o aquel poder, honor, grado, grave apariencia, título o dignidad. Esto se llama esperanza referida, el más triste de los sucedáneos de la expectación natural y de la esperanza metafísica. Hay, por último, hombres que no tienen expectación, esperanzas metafísicas, filosofía de la desesperanza ni esperanzas referidas, viniendo a ser el suceso más doloroso que puede imaginarse. Tales son los poseídos por el demonio de la miseria, los nacidos sin nada, los extraños a la tradición del dinero, los pobres, que han de enajenar su cuerpo, su alma, sus modales y sus ideas al

poder ajeno. La mujer de uno de estos hombres parió, no ha mucho, cinco niños todavía no desarrollados. Ante la estampa de los mellizos, alguien compuso una leyenda que, en parte, dice así: «Todavía sois inocente Naturaleza, que no historia. Ahí estáis, a la manera de polluelos en el huevo, con la cabeza doblada sobre el cuello, el gesto de embrión y los brazos y piernas inhábiles. ¡Tardad mucho en despertar y dejar de ser cosa o simple vida! ¡Huid de la historia! Porque habéis de saber que fuera de la matriz, o de la incubadora, el mundo no es tan continuo, caliente y confortable. Más allá de estas paredes os espera el día perpetuamente gris, el gran cansancio, la timidez miedosa, el gesto que venera, el ser innominado, el mismo bodrio que siempre y la tristeza sin fin. Desde el origen, cuando estabais en la matriz, o erais óvulo, los expertos, los letrados y los directores de conciencia os volvieron la espalda. Vuestra madre os criará con dulzura, porque no hay madre que no ame; pero en cuanto cumpláis la edad, los otros os mandarán a vuestros puestos».

Estas palabras narran la desesperación de los hombres sin esperanza de ninguna especie, y reflejan la gran injusticia, hipocresía, cobardía y explotación que impera entre los modernos, capaces de permitir la existencia de un destino no basado en los dioses, ni siquiera en la casualidad, sino en el rango social. Empero, aun en seres tan tristes y fatalmente determinados por la trama de una sociedad, y sus intereses, puede comparecer la expectación y su alegría durante la infancia, porque, en esta edad, el hombre es Naturaleza, como ya dije, no clase. Un niño predestinado a la miseria, apenas cumplidos los diez años, tiene la posibilidad de sentirse en concordancia con la extensión y el misterio del mundo hasta ese momento, y, en este aspecto, ser como Plutarco de Queronea o Eratóstenes: niño que corre hacia la era, o niño que asciende la montaña para beber agua de una fuente gélida. «¡Qué agradecido estoy al tiempo en que, existiendo inocente y cerca del origen, fuera de las costumbres discriminatorias y de toda regla y cruel Derecho, era como cachorro en el mundo, parcela de la Naturaleza y ser idéntico a otro ser de razón o de instinto. Entonces me llamaban niño, y después, esclavo!» —decía Fedón.

III

¿Cómo narrar en breves líneas la expectación que inundaba y movía mi infancia? ¿Cómo contar su emoción sin estruendos? Al despertar algunas

mañanas, oía decir: «Ha nevado». Me levantaba y corría hacia la ventana, para contemplar tras sus empañados cristales la cambiada cara del paisaje. ¡Qué novedad!, ¡qué suceso! Mi ser entero vivía la paz de la tierra nevada, contagiado de su inmensa dulzura. Aunque después he visto mucha nieve, nunca más he advertido en los campos esa cara de inocencia satisfecha; solamente en algunas muchachas y mujeres.

Otras veces, entre el dulce sueño de las últimas horas de la noche, sentía llegar las sutiles y misteriosas ondas de ese frío filtrable y demiúrgico, increado, que precede a la clara luz. Era, sin duda, la hora del rocío, el más voluptuoso y mágico de los fenómenos. Actualmente sé que a estas horas regresaban las bacantes de sus orgías, caladas desde el cielo por la humedad que les daba interior compañía; también a estas horas salían hacia los campos los campesinos de la Tracia, acompañados de sus mujeres, que llevaban el rostro vendado, para evitar el rigor del viento. Las ménades, los campesinos, sus mujeres y yo vivíamos sumergidos en idéntico suceso. Tal vez los momentos se ignoren entre sí, y el segundo presente no sepa del segundo futuro, porque todos se valoren principio y fin del acaecer. Sin embargo, como ya expliqué, el hombre puede enlazar en su conciencia los instantes, formando con todos la duración en que aparecen los hechos y cosas ante la sensibilidad: al viejo frío de la noche sucede el novedoso frío del amanecer, y esto es un acaecimiento para el espíritu predisposto.

Otras veces, dentro del sueño que antecede al despertar, cuando los sentidos experimentan a un tiempo el propio dormir, el calor del cobertor, la presencia de la luz y los rumores del día, oía el fantástico estruendo de la lluvia como algo que parecía ocurrir en toda la extensión de la Tierra. Lluve en el día, luego llueve en el universo. He aquí el erróneo y magnífico juicio del niño. Un cierto Isarco de Clazomene vio llover torrencialmente en el Cáucaso, a la hora de las primeras luces, y confesó no haber contemplado jamás un espectáculo tan fabuloso como el telón de la lluvia y su constante ruido. Conforme crece la impresionante grandeza y soledad del paisaje, crece el encanto y misterio de la lluvia. ¡Qué maravilloso será el llover en los planetas deshabitados!

Otras veces, cuando terminaba el verano, experimentaba de improviso aquel helor que anuncia el otoño. Por hallarse más fría, la habitación parecía más extensa y hueca, y, desde luego, más sensible a las cosas. ¡Qué emoción la de arroparse! ¡Qué maravilla la de contemplar el nuevo porte y modo de la Tierra! Nunca he visto expresarse a la Naturaleza como en el Otoño, que pone en las cosas, plantas y animales su leve mano pensarosa.

Otras veces, en la montaña, ante el calor del Sol, descubría el callado entusiasmo de la Naturaleza, que no espera ni tiene porvenir, porque realiza su destino a cada instante. El murmullo biológico interior y exterior, el tenaz obrar de los animálculos, la presencia inmanente de cada estructura y la armonía de todo lo vivo, empeñado en cumplir una misión, inundaban mi ser de emoción expectante. Muy nueva e interesante resulta la Naturaleza para el espíritu recién venido. ¡Basten estos recuerdos!

«Nada espero de los hombres —decía Hiponax de Éfeso, en sus últimos años—, pero mucho del día y de la noche, del frío y del calor, de las estaciones y de los susurros de las cosas. Dioses y demiurgos hablan en la Tierra».

¡Expectación de mi infancia y de la infancia de otros hombres!, porque eres concordancia con el mundo, aunque ya no vuelvas, y sólo te conozca por el recuerdo, yo te amo con necesaria vehemencia.

DESPREOCUPACIÓN DEL ORIGEN Y FIN

El hombre es animal de preguntas. ¿Qué es la tierra? ¿Qué es el agua? ¿Qué es el aire? ¿Qué es el juicio? ¿Qué son los animales? La historia del pensamiento no es otra cosa que un conjunto de tales preguntas con diferentes respuestas.

—¿Qué es el espíritu? —inquirimos a veces. Y respondemos:

—Según Empédocles, esto; según Pitágoras, aquello; según Demócrito, eso otro; según Platón, tal o cual comparecencia, etcétera.

No hay respuesta definitiva. Sin embargo, lo importante, lo decente y bueno es preguntar y preguntar. Desde que se plantea la inquisición, nace la cuestión, nunca cumplidamente resuelta por la contestación; lo único cierto es la pregunta. Todas las preguntas que podemos formularnos han de versar forzosamente sobre el mundo o sobre nosotros mismos; no caben más objetos, pues Dios y nuestros semejantes son, en cierta manera, formas del mundo. También han de ser interesadas o desinteresadas. Las preguntas y sus respuestas aparecen descargadas de intención dirigida hacia lo conveniente para el sujeto que indaga. Si nos preguntamos qué es el mar, y respondemos: un conjunto de gotas de agua, contestamos desinteresadamente; otra cosa sería definirlo como campo de batalla para Temístocles; lo mismo cabe decir de la muerte y de la vida. Ciertas preguntas interesadas obligan a una respuesta de la misma especie, pues al plantear la primera determinamos a la segunda por la mecánica misma del lenguaje y su lógica. Tal ocurre, por ejemplo, cuando la amada dice: «¿Me quieres?». La mujer sabe que puede ser o no ser amada; la respuesta del hombre nada le enseña; simplemente halaga o deshalaga su corazón.

A este tipo de preguntas interesadas corresponden la mayoría de las inquisiciones que se formula el hombre sobre el más allá, y, desde luego, el pensamiento de la metafísica y de los libros sagrados. ¿Existe la divinidad?, ¿cuál es la naturaleza de las cosas?, etcétera. Al enunciar las preguntas, conocemos ya las posibles respuestas, capaces de hundir o halagar nuestra necesidad de esperar. La gran parte de los filósofos ha preguntado como la amada al amado. Por el contrario, las inquisiciones que versan sobre el mundo físico suelen ser desinteresadas o desprovistas de interés para lo conveniente o inconveniente del sujeto indagador. ¿Qué son los astros?, ¿qué es el movimiento?, ¿qué es la tormenta? Siempre que los hombres han colocado intereses éticos, metafísicos o políticos en estas preguntas y sus respuestas, han incurrido en superstición.

Dos caracteres tienen las preguntas que se formula el niño: ser desinteresadas y versar sobre el mundo físico, no sobre el sujeto que investiga. En cuanto espíritu recién venido, el niño carece de conveniencias que defender con respuestas; nada tiene que halagar; así, pues, pregunta para aprehender, no para satisfacer. Por otra parte, ni el espíritu ni la vida indagan su origen; si lo hicieran, por impensable excepción, dejarían de ser tales; perderían la inocencia y candidez sustanciales. «Muy tarde se interroga uno sobre sí mismo, y más valiera no hacerlo jamás» —decía el melancólico Teognis de Megara. Acabo de manifestar que la vida no indaga su origen. ¿Acaso indaga otras cosas y cuestiones? ¿Posee otras aficiones cognoscitivas? Así es. Cuando el gatito corre tras el ovillo, lo devana y, jugando, se enreda en la madeja, investiga el mundo, y, en cierto modo, hace preguntas y enuncia respuestas; por eso, su rostro refleja admiración, asombro y maravilla; su esbozo de espíritu, su pequeño eidós, indaga. «¡Qué flexibilidad la del mamífero!, ¡qué progresiva novedad respecto al insecto!» —pensaba al contemplar estas cosas. El gatito puede preguntarse sobre el mundo hasta aburrirse, suceso que, al parecer, llega muy pronto; pero es obvio que jamás se preguntará sobre sí mismo.

La ausencia de tales preguntas se llama despreocupación del origen y del fin, actitud que supone la permanencia de la inocencia y la existencia de una comparecencia confiada, siempre dispuesta a poseer la Tierra sin extrañeza. «Indago la Naturaleza por instinto propio y para agradecer a los dioses su obra; en suma: por afición y por piedad. Pero me niego a formular preguntas sobre el sentido de mi ser, mi origen, mi futuro y mi fin en la Tierra y más allá, lo cual equivaldría a poner en difícil trance mi libertad de hombre, pues

una respuesta definitiva acabaría con la indeterminación y el misterio de la existencia» —decía un tal Carisandro ante los oficiantes órficos.

Muchos llaman manera presocrática a esta forma inconsciente de elegir los objetos de nuestra reflexión, y sostienen que la verdadera filosofía ha de seguir esta línea si no quiere devenir disparate y simple literatura. Por naturaleza, y sin posibilidad de elección, todo niño es presocrático: indaga presencias y descubre cosas. El hombre, por el contrario, tiende hacia la reflexión metafísica: indaga sucesos y acaecimientos, descubre ideas. El primero piensa entre formas y figuras, y el segundo, fuera de ellas. Cierta predicador gritaba una vez: «Algunos hombres sienten inacabables nostalgias de la infancia y su manera de conocer, que pretenden prolongar indefinidamente; otros, incluso, han soñado y sueñan con instaurar una cultura de la edad del niño, añorando la Grecia, cuyo más antiguo ideal les guiña el ojo. Quienes así sienten y piensan, imaginan poder alejar el dolor, el tedio, el asco, la tristeza y el absurdo de la Tierra. ¡Insensatos e ilusos! No saben que, por ley fatal, los niños han de crecer, abandonar el estado natural y conocer la miseria, la flaqueza de las fuerzas, la vanidad de las ilusiones, la mentira humana, lo perecedero del placer, la fugacidad de la dicha y la melancolía del vivir y estar en el mundo, a fin de poder descubrir la Divinidad, que se halla al fin de estas cosas, y que nos desea por encima de la naturaleza y su amoralidad». No estoy conforme. Si los dioses odiaran la despreocupación del fin y del origen, odiarían, en consecuencia, todo candor, belleza, inocencia y alegría, lo cual es contrario a la definición de Divinidad. Quienes afirman que la Naturaleza contradice al espíritu, no hacen más que construir un juicio interesado, erróneo y caricaturesco, donde éste aparece como algo típicamente tortuoso, rencoroso y enemigo de lo confiado, espontáneo y tranquilo, es decir, como enemigo de sí mismo; para esta clase de gente, el espíritu viene a ser una especie de novicio o aprendiz de conspirador.

No creo en el dualismo ni en el mecanicismo; sin el espíritu, la Naturaleza resulta informe, y aquél no puede habitar en el mundo sin ésta; en el fenómeno que llamamos vida, el uno y la otra comparecen en simbiosis. Sin embargo, muchos denominan espíritu a la presencia de la gran pesantez, limitación, tristeza, soberbia y preocupación por sí mismo y todo futuro; otros imaginan que la misión del espíritu consiste en objetar continuamente a la Naturaleza, a la manera de esos palabreros que siempre están encontrando peros a las teorías; y otros, finalmente, creen que el propio espíritu no es otra cosa que la Naturaleza refutada y hecha una lástima de ver.

Al recordar la bella despreocupación de mi niñez, manifiesto que hubiera querido seguir perpetuamente viviendo en aquel estado y reflexionando de aquella inocente y natural manera, siempre preguntando sobre el mundo exterior, y nunca sobre mí mismo y el significado de mi existencia. ¿Qué es la luz? ¿Qué es la música? ¿Qué es la piedra? ¿Qué es el insecto? ¿Qué es el lenguaje?

Despreocupación del dolor, despreocupación del futuro, despreocupación del acabamiento, despreocupación del existir y del ser, despreocupación del origen y del fin, ¡yo te añoro!

DESVELACIÓN DE LAS FIGURAS

—**H**e visto las nubes negras sobre lo alto de las montañas; piedras rojas y de muchos colores. He oído el trueno. He visto el granizo y he sentido su frío; un amanecer y su sol; peras de agua sobre los árboles; viñas repletas; olivos y encinares; tormentas y colinas —exclama el niño conforme va descubriendo las cosas que son y están quietas en realidad o apariencia, es decir, la Presencia del Mundo.

—He visto la vulpeja y sus ojos. ¡Cómo miraban! He visto una luciérnaga entre matas, lombrices de tierra, hormigas, avispas y un murciélago con la cabeza hacia abajo. He visto una cigüeña. He visto orugas en procesión — repite el niño según va descubriendo las cosas que se mueven y viven, es decir, la Manifestación del Mundo.

—He visto un potrillo recién nacido y sus finas patas; una araña en lucha con otro insecto, y un carnero exánime, por cuya boca entraban y salían hormigas. He visto saltar al gato, lanzar un maullido y caer muerto, con las piernas estiradas. ¡Nunca más se ha movido! —manifiesta el niño al descubrir los sucesos que ocurren a los seres: la inocencia del nacimiento, la alegría de la lucha, la cosificación de la muerte y el gran misterio e irreversibilidad del mismo morir, es decir, cuanto constituye la Historia.

Al comenzar este relato, definí la infancia como el momento en que la Naturaleza inicia un movimiento hacia la configuración del espíritu en la Tierra. Ahora me pregunto qué cosa ve primeramente ese espíritu: si la Presencia, o materia; si la Manifestación, o vida; o si la Revelación, o Historia. En realidad, la cuestión queda reducida a dirimir entre las dos primeras. Para unos, el niño descubre inicialmente las formas que constituyen la física u objetos en definida quietud: la piedra, el agua, el lápiz. Por el

contrario, otros opinan que descubre antes los organismos o estructuras en movimiento, los animales, y fundamentan su teoría en el evidente asombro que el ánimo infantil deja traslucir ante la contemplación de tales novedades. Yo no creo que el espíritu distinga, en principio, entre la Manifestación y la Presencia del Mundo; para un recién venido, todo es por igual insólito.

La verdadera distinción reside entre las cosas naturales y las fabricadas por el hombre. El espíritu advierte lo primero aquéllas, y después, éstas; el árbol antes que el poste; y la cabra, que la máquina. Para probar la existencia de un mundo anterior, donde el alma ha vivido y conocido el modelo de cada cosa, Platón decía en privado que, al ver las figuras o apariencias de las plantas, de los animales y de los cuerpos geométricos, o los números y su relación, los niños exhalaban pequeños gritos, como manifestando: «He aquí un conocido»; pero que, sin embargo, jamás mostraban entusiasmo ante las máquinas u otros objetos sin forma ideal. Como en el mundo de las ideas no existen patrones de tales artilugios, los niños no podían recordarlos, y por eso no sentían verdadera emoción de verlos. Platón tenía razón: con facilidad imaginamos que el águila pueda tener eidós o modelo en el más allá, pero no el tractor. La alegría de ver y palpar al cachorro no se repite ante la máquina, y es de creer que jamás se repita. Únicamente lo natural, creado o increado, alegra el espíritu; nunca lo fabricado. El artilugio sólo vale en cuanto reproduce o imita lo natural.

Dentro del universo infantil, los objetos fabricados empiezan a ganar interés cuando ya no sirven, es decir, cuando se apartan de su función, y, transmutándose trastos, engrosan el mágico ambiente de los desvanes. Así como los médicos investigan los cadáveres para desentrañar el misterio del cuerpo, así los niños, movidos por el mismo deseo y expectación, indagan los objetos abandonados. Algo les dice que lo construido por el hombre, lo que no tiene preforma, está necesariamente hecho de partes, y quieren conocer esas partes; quieren descubrir la interioridad de las apariencias; quieren, por último, descomponer y componer dentro de un todo, afición típica del intelecto.

Ferécides de Sciros sostenía que la desvelación de las figuras y formas que constituyen el mundo, es el suceso más importante y sagrado de la existencia, y valoraba la infancia como edad típicamente desveladora. «Muchos griegos han visto mujeres bifrontes, cabras bicéfalas, hombres acéfalos y bípedos de un solo ojo. Yo no tuve la suerte de contemplar cosas tan particulares, pero tengo por igualmente emocionante y digno de contar el haber descubierto, durante mi niñez, mujeres de una sola frente, cabras

monocéfalas, hombres con la cabeza sobre los hombros y bípedos de dos ojos y dos cejas. ¿No es esto asombroso?» —decía. Con estas palabras podrían enlazarse las siguientes reflexiones de Arquíloco: «Cuando tengo que describir una cosa animada o inanimada, no me coloco directamente ante ella, sino que procuro recordar impresiones anteriores, y, si puedo, las de la infancia. Estas percepciones, aunque confusas, son las más originarias; valen como representaciones ideales del mundo. Desde la niñez conservaba el recuerdo de una troje en mi casa de Paros. Cuando volví a contemplarla, no ha mucho, la encontré tan diferente que mi corazón quedó vacío y con el hueco de su ausencia. En verdad que una troje no es tan importante, extensa, misteriosa y complicada como imaginaba entonces. Las cosas que vimos y admiramos en los años infantiles no residen ya en lugar alguno, sino en nosotros; para volver a ellas más vale investigar la conciencia que viajar».

¡Cuánto hay que ver y describir durante la infancia en un palmo de tierra removida: piedrecillas, radículas, insectos, gusanos, moluscos, humedad! Por otra parte, una misma figura puede desdoblarse en miles, o adquirir distintas formas y significados, según se la coloque respecto de un plano. Del inservible reloj surge multitud de piezas o sucesos; el carrito muestra diferente apariencia rodando que puesto sobre su base; lo nuevo es diverso de lo viejo.

¡Cómo quisiera volver a vivir la alegría de esta magia, desvelando formas y figuras! ¡Cómo quisiera tornar a descubrir la Presencia y la Manifestación del Mundo en absoluta libertad de espíritu! Ayer vi un niño que alzaba su manita para coger mi pluma y otros objetos brillantes ¡Qué bondad, qué confianza, qué despreocupación, qué alegría y qué gracia había en su sonrisa!

TESOROS ESCONDIDOS

—**¡D**ecid, griegos! ¿Dónde está vuestro tesoro? —preguntaba un viejo medo a quienes iban en la expedición que auxilió a Ciro el Joven contra Artajerjes II Memnon.

—En Tecnos, en Delos, en Samos, en Lesbos, en Creta, en Hydra, en Laconia, en Mesenia, en Beocia, en Arcadia, en la Fócida está nuestro tesoro —respondieron los griegos según su patria.

—Fueres son los que aman su tesoro, porque tienen donde poner su corazón. ¡Seguid adelante y ayuda a Ciro! —exclamó el persa.

Con este motivo, uno de los expedicionarios compuso una canción que decía en parte: «Quede en la patria el tesoro escondido; nadie lo sepa; nadie lo vea ni toque. Naveguen los griegos, de isla en isla saltando; nuevas tierras indaguen; conozcan climas, hombres y cosas, y al volver a la Grecia, el tesoro intocado encuentren».

La necesidad de crear valores, ponerlos en el mundo y amar lo que más vale, es condición irremediable del espíritu, que en este sentido obra por vocación. El intelecto, como facción del espíritu, divide y clasifica según un orden; la conciencia estética, como otra facción, distingue según valores, cargando las cosas de una especie de magia que las hace aparecer como idealidades. El valor en sí no existe; es una comparecencia que el espíritu pone en la realidad; ningún objeto, persona o hecho vale por sí mismo; la Naturaleza no sabe de valores; tampoco el universo está estructurado conforme a una configuración valorativa. Creado el valor, emana seducción; lo que vale nos llama con irremediable reclamo; amar el valor es inexcusable. Sólo un malvado o un loco pueden preferir lo que no vale a lo que vale; el espíritu no es libre de elegir lo peor o lo mejor, lo estúpido o lo inteligente, lo

verdadero o lo falso, lo justo o lo injusto. ¿Qué vale más en este mundo? ¿La Divinidad o la persona? La persona, sin duda. Mientras estemos en la Tierra, debemos tratar mejor a los semejantes que a los dioses, porque la Divinidad habita en los demás. Más bueno es donar a los hombres que a los templos.

La tendencia a crear valores y amar lo que más vale, se objetiviza estéticamente en el tesoro, creación típica de la edad infantil, así en los individuos como en las culturas. Llamo tesoro a un objeto cargado de valores; la calidad tesoro no reside en las cosas, sino en lo que ponemos en ellas: es una convención; el tesoro vale porque nosotros queremos. A mi juicio, gran parte del esfuerzo filosófico y literario, en cuanto pensamiento ético, no ha sido más que una discusión sobre lo que merece tenerse como tesoro. «Allí donde está tu tesoro, estará tu corazón» —dice el Evangelio. Y tiene razón. Los hombres se han injuriado durante siglos por motivo de la diferente opinión en cuanto a la valoración de las cosas. Quienes aman el dinero y su capacidad de disposición, consideran indigno al avaro. Yo no creo que el avaro sea un malvado, sino un espíritu ilusionado por la magia de ciertas apariencias, un hombre que carga las monedas de valor estético, un coleccionista para quien el dinero no vale como trabajo acumulado, sino como cosa.

La tenencia del tesoro, o de nuestra cosa, produce las siguientes emociones: satisfacción de poseer en soledad, satisfacción de gozar compañía y satisfacción de burlar a quienes forzosamente han de pretender apropiarse el valor. En efecto: sin tener en soledad, o en secreto, no hay tesoro, que sólo surge, como algo distinto de la riqueza, cuando existe intimidad entre el dueño y la cosa. Llamar mi objeto o mi cosa a la mujer que se posee, ha sido inclinación general de muchos hombres, sobre todo durante la adolescencia. El avaro y el buen enamorado contemplan su tesoro a solas, en secreto. «¡Qué alegría y expectación siente mi ánimo al abrir el cofre de su tesoro! Mis ojos y todos mis sentidos esperan el momento. Los valores allí depositados brillan refulgentes en el secreto del recóndito lugar, y yo gozo al pensar que son míos» —decía el gran avaro Zeleuco de Clazomene. ¡Maravillosa disposición!

La posesión del tesoro produce compañía. Cuanto nos pertenece a solas, nos acompaña y, dando testimonio de nosotros, nos evidencia. De ahí que alguien haya podido decir: el que no posee, no es. Cierta vieja mendigo fue a vender una peineta, y así que recibió el precio, dijo llorando: «Ya no soy nadie, nada tengo». Hiponax de Éfeso, o el mismo Sócrates, con ser también

mendigos, poseían tesoros que les testimoniaban: sus cantos o sus doctrinas eran su cosa. En ocasiones, renunciar a la riqueza es cambiar de tesoro.

Por último, la conciencia de poseer el tesoro nos trae la dulce y constante satisfacción de burlar a quienes han de querer apoderarse de la cosa, porque cuanto vale, es forzosamente apetecible.

La carcajada del avaro ante el cofrecillo de monedas es una expresión estética de esa emoción, también objetivizada por la literatura universal. Quién colocó valores en la mujer amada, también se goza de burlar a los que, a su entender, han de pretenderla, si no son locos o necios. «Mía para siempre» —exclama el terrible celoso. Y se recrea pensando en la envidia de los demás, sin imaginar que la calidad tesoro reside en su ánimo, y nunca en la persona. A veces, algo semejante ocurre al escritor.

Los egipcios, algunas regiones de la Grecia y otros varios pueblos tuvieron por piadosa costumbre enterrar a los muertos con sus tesoros. Porque la muerte es un destierro larguísimo, muchos quisieron llevar sus cosas al perpetuo olvido: la obra escrita durante años, la obra esculpida, el objeto singular, el ídolo. Sin embargo, ¡qué pueriles vuelve la muerte todos los tesoros! He visto la tumba del faraón Ecnatón, marido de Nefertitis, y al contemplar la antesala de su tesoro, he sentido indecible melancolía, sólo comparable a la ternura que experimenté en Laconia ante el esqueleto de una niña enterrada con su muñeco. ¡Ingenuidad de la existencia!

Hacia el año 333 recibí la siguiente carta: «Neóbule, en Hydra, escribe a Asklepios. A la buena hora. Estoy preñada de Teelo, mi marido. Nos hallamos en la grama. Tu buen amigo, Eusenipo, murió esta mañana, y fue enterrado como deseaba, con sus obras todas: *El Tratado sobre los Insectos*, *el Tratado sobre las Aves*, y *el Tratado de la Evidencia por Inducción*. Eran su tesoro. Desde que Constantino dio el rescripto, los cristianos han crecido por este lugar, y, envalentonados por lo que sucedió en Alejandría y Nicea, arrancan a plena luz las columnas de los templos. Un amigo de Teelo dice que, con el tiempo y su fluir, mandarían ellos en toda la Hélade, y perseguirán a los adoradores de nuestros dioses. ¿Los imaginas tan crueles? No puedo contarte el último chiste que por aquí corre: habla de una viuda que puso en su jardín la figura de Príapo. Tenme en tu compañía, y ofrenda a los dioses por la ventura de mi parto, que será donde vive mi suegra».

Repuse así: «Asklepios, en Megara, escribe a Neóbule, hija de la clara luz. A la buena hora. He llorado la muerte de Eusenipo, el más preciso de los últimos griegos. Bien me parece que tenga sus obras en la tumba, así como eran, son y están hechas de una vez para siempre. Su sueño será largo, y tal

vez sin más compañía. Ahora que sabemos que la Tierra gira, sabemos que con ella gira también Eusebio y sus bellos libros sobre los insectos, las aves y la evidencia por inducción. También me parece bien que estés preñada de Teelo, tu marido, y que vayas a parir donde vive tu suegra, que tantos niños ha sacado a la luz. Los cristianos han comenzado a ser implacables y sistemáticos, porque han sustituido la espontaneidad por la regla. No me extrañaría, pues, que se apoderaran del mundo que domina Roma. Sin embargo, no creo que lleguen a perseguirnos, y esto por dos razones: porque ellos mismos padecieron persecución, y porque su doctrina se mezcló con la de Platón, a mi juicio, hombre clementísimo. Además, Pablo de Tarso recomendaba la mansedumbre y el amor; al parecer, un cristiano jamás podrá sacar la espada ni explotar o torturar a hombre alguno, como demostrará la Historia. Por otra parte, aunque así no fuera, ni tu hijo ni tú sufriréis afrenta, porque tales cambios son muy lentos en la Tierra. Te envío mis besos, y a Teelo, mis abrazos».

Meses después recibí esta respuesta: «Neóbule, en Lesbos, escribe a Asklepios. A la buena hora. He parido un niño muy dulce. Teelo ve en él su figura; mi suegra dice que allí ha renacido su marido, muerto en unas canteras, como sabes. Yo veo un diosillo bondadosísimo, que sonríe a sus iguales, los otros dioses de la isla. A veces me levanto por la noche para ver la cuna, porque pienso que, como nuevo Hermes, pudiera escaparse para robar ganado. Ya no te escribiré tan a menudo, Asklepios, ni te pediré que me enseñes las maravillas que sabes. Teelo viene de apalabrar la tasa del navío que nos conducirá a Hydra. Tengo ansias de llegar, subir al sobrado y contemplar el tesoro de mi infancia, todavía intacto. Piensa en nosotros».

Al recordar mi niñez, recuerdo mis tesoros y sus valores. Eran piedrecillas de varios colores, suaves y rugosas, algunas como esmaltadas; estampas manuales, huesos de frutas, piezas de objetos compuestos, y, en general, cuanto el espíritu ávido puede descubrir y amar con misterio en esa edad. Escondía tales cosas en lo más apartado, como Neóbule en el sobrado, y allí las guardaba y visitaba para sentir todas las emociones: poseer en soledad, gozar de compañía y burlar los forzosos pretendientes. ¡Disposición tempranamente perdida! La castaña Neóbule, siendo ya madre, sentía ansias de contemplar el tesoro de su infancia; así tenía de inocente y candoroso el ánimo, de vivo y lozano el espíritu, de alegre la condición. Sin embargo, yo no quisiera verme en trance de enfrentarme con tales cosas, por no evidenciar el vacío de mi corazón y la tremenda muerte de todo poder creador y viveza. Nunca más advertiré valor en ningún objeto; nunca más hallaré magia en las

cosas; nunca más surgirá ternura de la cosa al ser y del ser a la cosa, porque lo pasado no vuelve. Como no quiero poseer, soy nadie.

LA ADOLESCENCIA

El cambio es condición de todo lo viviente, siempre en constante transformación y paso de uno a otro ser. Sólo los dioses y los animales muy elementales nacen adultos; cuanto se encuentra entre ambos extremos, muda y fluye. Considerado como suceso mundano, el espíritu se manifiesta como un desarrollo, y aparece en la Tierra poco a poco, no de un golpe, mediante la manifestación de cuatro elementos o sentires, que, conjuntados, forman lo que llamamos alma humana: el sentir estético, o emoción; el sentir del tiempo, memoria o conciencia de la continuidad; el sentir eidético, o intelecto; y el sentir ético, o conciencia del deber-ser. Ya en los animales hay sentir estético, como dije en páginas anteriores, y, en consecuencia, un algo de espíritu. El terror, la alegría, el amor y la tristeza son vivencias conocidas por muchos de ellos.

El espíritu no sólo usa de esta parsimonia, diversificación y graduación para venir al mundo en general, sino también para comparecer en cada uno de los hombres en particular. En la amiba, o en el infusorio, no hay sentires de ninguna clase; en el mamífero aparece ya el sentir estético o emoción, como acabo de decir; en el niño no hay intelecto, y en el adulto, sí. No es cierto que el hombre haya sido pergeñado a la manera de una máquina, pero sí de una estructura hecha para albergar energías generadas interiormente, o captadas de algún origen: emociones, recuerdos, ideas. El cambio y desarrollo del organismo, al pasar de una a otra edad, supone una transformación de la capacidad de recoger, acopiar y sentir esas energías. A una mudanza de la entidad física y psíquica, corresponde, pues, una mudanza de la cantidad y calidad del espíritu domiciliado en ella.

Importa poseer un organismo capacitado para albergar los cuatro sentires que, según he dicho, constituyen el espíritu en la Tierra. Si solamente soy capaz de experimentar emociones, pareceré igual a la corza que, asustada o gozosa, corre por el bosque; si además soy también capaz de recordar y poner continuidad entre las cosas y los hechos, resultaré semejante al bantú, o a cualquier hombre infrahistórico; si con ello tengo facultad de hacer juicios y conexionar signos con sentido, según la estructura de la lógica, seré algo más; y si, por último, uno a todo esto la facultad de intuir y querer el deber-ser, seré lo mejor. ¡Memoria, emociones, intelecto, intuición ética! Con todo esto somos y pensamos, y no sólo con la razón. Si pensáramos sólo con la razón, y conforme a su método, la lógica, no podríamos enunciar más que insulseces y tautologías.

El paso que va de la infancia a la adolescencia supone una mudanza en la configuración somática, que se transforma para poder recibir más cantidad de espíritu. Al enjuiciar al adolescente, no debemos decir que el niño ha crecido, sino que ha cambiado y devenido otro organismo, lo cual supone el advenimiento de un ser diferente. He aquí el suceso: ciertas glándulas empiezan a funcionar y verter humores; se acelera el trabajo de otras; surgen funciones hasta entonces desconocidas, y, en general, se transmuta la complexión; una nueva presencia se revela en el mundo. «Ésta es la mágica historia —decía la carta que un tal Estratón de Ereso escribía a Nausifanes, maestro de Epicuro—: la complexión de mi hija Cleo ha cambiado dulcemente. Sus piernas se han hecho largas e importantes, sobre todo en aquella zona de las corvas y las rodillas; poco a poco han ido dibujándose altas caderas, que elevan la cintura; las dos mamas se han insinuado en el pecho, y el rostro ha adquirido un no sé qué de absorto ensimismamiento. Hoy jugaba con otras niñas, y, de pronto, ha dejado el grupo para alejarse y quedar absorta en un rincón. Al punto he adivinado que se sentía distinta y como reclamada por algo todavía indefinido. El conjunto de su ser emanaba una dignidad biológica sin parangón con animal ni hombre alguno. Jamás vi una armonía tan perfecta entre la naturaleza física y el estado de ánimo, pues, sin necesidad de contemplar e investigar el rostro y su expresión, sino por la observación del cuerpo, se adivinaba el alma y su expectante paz. La nobleza que emana el cuerpo en desarrollo de la adolescente sólo es comparable a la nobleza de la mujer preñada, cuya naturaleza también está en desarrollo. ¿Has observado los labios gruesos y la nariz aleteada de las mujeres en cinta? En mi juventud gustaba verlas subir la Acrópolis. La adolescente y la embarazada son como animales poseídos por un hado; aquí, lo irremediable

se llama Naturaleza. Por lo demás, nada me causa mayor ternura que advertir la modestia y conformidad del ser ante esa transformación, su acomodación plena. Muchos hombres se han sentido poseídos por demiurgos o ideas que habitaron su interioridad hasta convertirla en acaecimiento novísimo, como ocurrió y sigue ocurriendo a los filósofos. Pero jamás llegó el suceso a reflejarse de tal forma en la constitución y expresión del organismo».

Durante la adolescencia, el estado de ánimo se halla tan determinado por la transformación de la complejidad, y tan concertado con ella, que en la una se ve el otro, y viceversa. En la quinta de un tal Lucilio, que había acompañado a Paulo Emilio en sus campañas encontré la escultura de una adolescente, robada de Laconia, con esta inscripción: «Soy mi complejidad». Lucilio la trajo a Roma por el valor de la leyenda, que yo interpreté de la siguiente manera: «Mi alma es mi complejidad», o «mi alma habita mi complejidad». A la novedad fisiológica corresponde la novedad de sensaciones y concepciones, sentimientos, tactos y hasta olores. El sentir estético crece y se ramifica en diversas direcciones, trayendo emociones desconocidas. El sentir del tiempo, tan maravillosamente impreciso en el niño, se evidencia más concreto: los instantes, días, semanas y meses, se vuelven cortos y cercanos al ánimo, porque aumenta la capacidad de recordar y desaparece la dulce confusión de la memoria infantil. El sentir eidético surge por vez primera; las ideas emergen como seres independientes, con propio mundo y reglas; tímidamente comienzan los juicios a fluir; el intelecto conexas signos. El sentir ético se insinúa, por último, anunciando la configuración de la conciencia moral y el mundo del hombre como animal de remordimientos.

En otras páginas hablé de la infancia como el momento en que la Naturaleza inicia un movimiento hacia el espíritu en la Tierra. Ahora podemos definir la adolescencia como el instante en que ese espíritu comienza a sentir consciencia de sí mismo, o sea, a experimentarse como tal y como distinto del mundo. Durante tan importante paso y período, ese mismo espíritu vive para sí, como asombrado de descubrirse; se busca, se desea y se investiga; se hace proposiciones y se da respuestas conforme a su condición. Siempre está dentro; nunca sale; conoce por emoción, y por emanación juzga y sentencia; en suma, existe como algo típicamente subjetivo, lo cual es condición que determina la adolescencia. En cuanto en ciertos hombres se prolonga esta edad por toda una vida, se prolonga indefinidamente el carácter subjetivo del ser, suceso que los modela como insensatos.

LA ADOLESCENCIA DEL EXILADO

¿Cómo podría ser la adolescencia de un griego separado de su patria por el irreversible suceder del tiempo? Entre los huidos a Sicilia, cuando Pitaco era tirano de Lesbos, además de la dulce Safo, se hallaba un tal Eveno de Mitilene, que se quejaba así: «He tenido que llevar al lecho una pecosa, lejos de mi patria, lo cual no quería mi padre, cuando me engendró; mi madre, cuando me parió; ni yo mismo en ningún momento. Desprecio el gobierno del Estado, me despreocupa la riqueza y no siento envidia ni rencor hacia los dioses; ningún deseo apremia mi ánimo. Pero amo vivir en mi patria, oír a los amigos y hablar largamente». Sin mucha razón se lamentaba Eveno; perdonado al poco por Pitaco, regresó a Mitilene y volvió a ver con sus propios ojos la clara luz de la Hélade. Sin embargo, yo nunca pude ni podré contemplar mi patria, porque en mi destierro no intervino sólo la voluntad de un tirano, circunstancia modificable, como tantas veces hemos visto, sino el fluir del tiempo. Puede el hombre cambiar de determinación; también los dioses; pero jamás el tiempo, que a los propios dioses humilla y destrona, sustituyéndolos por otros o por nadie.

En la época de Demócrito, un tal Licambo recorrió el mundo entonces conocido. Al regresar a Larisa, en la Tesalia, el médico Hipócrates sintió curiosidad de oírle. Licambo no dijo más que esto: «Valoro por milagro la existencia de la Hélade y tu afición metódica, Hipócrates. Todo lo demás, de extremo a extremo de la Tierra, me parece sucesos comunes y sórdidos». Licambo tuvo suerte en poder regresar a Tesalia. Salió del milagro, visitó tierras y volvió al milagro para comunicar al médico sus impresiones. Mas ¿qué decir de quien, perteneciendo al milagro, hubo de nacer, crecer y

traspasar edades entre figuras sabidas y menesterosas, sin poder tornar al origen?

¿Cómo podría ser la adolescencia de un griego exilado de su patria y separado de ella por el paso del tiempo? Naturalmente, reconcentrada y solitaria, hecha de sí misma, aislada de los estímulos, ideas, esperanzas y entusiasmos que incitaban a los demás muchachos; una adolescencia sin herencia inmediata, sin valores en torno y sin nada que respetar y considerar de lo existente como vigente. La lozanía del alma, la confiada despreocupación, la estupenda disposición, el amor universal, la voluntad de bien, la preferencia por lo difícil, la riqueza de sentimientos, la multitud de los deseos, la atracción hacia el ser y la gran alegría y bondad nacieron en mi interioridad y allí permanecieron, sin poder objetivizarse en la comunicación con los hombres. ¡Soledad indecible del exilio! Nada hay sin remedio en el mundo, sino la muerte y un destierro así; incluso la muerte remedia males, viniendo a resultar menos dañosa.

Durante la infancia experimenté confusas intuiciones de mi origen, principalmente a través de sensaciones y por el habla de las cosas en reposo; también los sueños me mostraron entonces la luz de mi patria, como dije. Pero solamente al alcanzar la adolescencia pude saber mi condición con certeza. En efecto: conforme me diferenciaba del mundo, y me apartaba a la reconcentrada interioridad, me advertía distinto de quienes me rodeaban, y, sobre todo, configurado de otra sustancia, tanto en el sentir como en el enjuiciar y el querer. ¿Qué podría hacer entre bárbaros un adolescente de esa condición? Indudablemente, nada de marchar al son del tambor, en fila guerrera, si horror para muchos, indecible tormento para un griego; nada de imitar la estúpida utopía espartana, inventada por Plutarco como mito antitético de Atenas; nada de militar en las logias y sus tortuosidades, que ahogan toda espontaneidad; nada de profesar a maestro alguno, transformándome séquito en espera de porvenir; nada de asentir y alabar al que dispone, ni secundar griteríos de aplausos y mansedumbre, ordenados y estructurados por el Poder Político; y nada, en fin, de colaborar, participar ni intervenir. Respecto a la imposibilidad de seguir a maestro alguno, quisiera hacer un comentario. La época en curso presenta, ciertamente, sabios de quienes aprender. Mas, a mi juicio, no existe ninguno que se halle conectado con el origen; todos emanan un tufillo demasiado contundente e insoportable para un hombre inocente. ¿Podría un griego, como yo, seguir a quien no es ingenuo? ¿Podría profesar a Lamas?... ¡Discrepar!, ¡discrepar siempre! He

aquí la única dedicación que fue lícita desde entonces. Y es natural que ocurriera esto a quien pisaba un mundo impropio de su naturaleza.

Entre los males del exilio, amén del exilio mismo, tuve que conocer y soportar la agresividad de las gentes, que no podían tolerar la existencia de mi mundo aislado y tranquilo. Un resucitado nunca es bien venido, y yo parecía ciertamente un resucitado. Algunos me llamaban inadaptado, por creerlo preciso; otros, soberbio, por considerarlo más de acuerdo con la ortodoxia de pasados siglos; y otros, extravagante y loco. Muchos me inculpaban de enemigo de la utopía; otros, de antagonista del Poder constituido; otros, de adversario de los eclesiásticos; y otros, finalmente, de nihilista y malvado. Todos parecían decir: «Quien no está conmigo, está contra mí». Y tenían razón; estaba en verdad contra ellos, aunque no sabían que me movía por naturaleza, y nunca por intereses y conveniencias de novicio o conjurado, como creían desde su fe. Yo les era impermeable, y ellos a mí, como animales de distintas especies. No había posibilidad de concierto.

Otro daño se dedujo de mi tendencia a observar y tolerar simplemente, ensimismado en mi propio suceso, sin hacer nada por encontrar porvenir. Un hombre asombrado y absorto en su destino, jamás se entrega a la acción, y más si ésta ha de ocurrir en un mundo que no le es propio. Por lo demás, ¿qué futuro cabía para un griego exilado en la edad presente? Las virtudes de los atenienses no valían en Egipto. Antes de que Platón escribiera, un amigo de su tío Critias soñó que visitaba un país donde sólo existían dos: la diligencia y la sumisión o conformidad. El soñador narraba así:

«No te queremos —dijeron los que repartían oficios—. Todos los valores aparecen aquí otros. Cuanto la Grecia ama y admira, se desprecia en este lugar. De nada te vale haber nacido en Megara, Citerea, Egina, Delos, Cos o Quíos. Si resultaras semejante a los dioses, aún nos servirías para menos, a no ser que estuvieras muerto o en algún lejano cielo. Hemos estructurado las cosas de manera que nos estorban los sabios. Entre nosotros, ser bueno es poseer piernas incansables, o capacidad de madrugar y combinar ocasiones. A esto llamamos trabajo y virtud. Vete, pues, a la Grecia y cuenta el chiste a quienes se hurgan los pies entre dedo y dedo».

Y se despertó asombrado, yendo a contar a Critias la pesadilla.

DESCUBRIMIENTO DE LA INTERIORIDAD

¡Qué tremendo suceso el de abandonar la infancia y dejar el reino de la Naturaleza! Dentro del antiguo ser aparecen ausencias o lagunas; se rompe la continuidad de la niñez; se quiebra su tranquila sinfonía; surgen llamadas o reclamos; se anuncia lo imprevisto; se borra suavemente el pasado, y del cataclismo emerge algo desconocido hasta entonces: el demiurgo interior o personalidad. «Ya no soy mundo, sino algo que está sobre el mundo. Una fuerza fatal me arrancó de entre las cosas, donde vivía acomodado» —podría decir el adolescente.

Al descubrir el universo distinto y diverso, el muchacho se descubre a sí mismo cosa aparte; de la continuada consciencia de esta diferenciación nace el demiurgo, que debe ser definido como poder de meditación. Demiurgo, interioridad y personalidad son una misma cosa: la revelación del ser en cuanto potencia de oposición. Durante la infancia residimos en el claustro de la Tierra, todavía unidos a la madre por un invisible cordón; sólo al llegar la adolescencia comenzamos a vivir nuestro destino y a advertir que nos habita el espíritu, con toda la alegría y el dolor de este suceso. «Yo mismo, mi mesmedad, quien soy, mi voluntad, mi ser. Esto no, aquello, sí; así debe ser». He aquí las expresiones que revelan en el adolescente la existencia de la interioridad. ¡Qué gozo sentir el espíritu y sus complejidades, tan nuevas para el muchacho! ¡Qué placer palpase diferente! ¡Qué maravilla usar de propias potencias y experimentar que la razón y los sentidos responden a nuestra iniciativa! ¡Qué júbilo descubrir y poseer la soledad! «Desde que tenemos demiurgo o interioridad, comenzamos a amar la soledad, lo cual ocurre a partir de la adolescencia. Y esta necesidad es tan grande que muchas veces supera el dulce instinto de dormir con nuestros amantes» —manifestaba en

Tanagra la famosa Corina. Y tenía razón. Desde que descubrimos nuestra interioridad, nos place estar a solas, gozando de la complejidad del suceso, que ya investigamos o ya admitimos simplemente, como hacemos con la Naturaleza. El demiurgo nos habla y revela quiénes somos. En esta revelación se descubre el destino. ¿Hay mayor y más asombrosa novedad?

Mi interioridad o demiurgo apareció como presencia y hallazgo de la Hélade, dentro de mí nacida por emanación. Sentado ante los libros, en los bancos del colegio, sentía ausencias o ensimismamientos repentinos. Eran la llamada de la Grecia, que raptaba mi ánimo con irremediable fatalidad.

—¡Asklepios! —gritaba el maestro. Y figuraba además de lanzarme su propia mano, para arrancarme del ensueño, por lo cual abandonaba mi ausencia, y, recobrándome, ponía los ojos sobre unos cipreses que veía tras las ventanas. Mas, en seguida, recordaba haber contemplado otros cipreses en Samotracia, Zazyntos, Myconos, Patmos, Lesbos, y dejaba mi ánimo olvidado entre los redondos senos de la madre de Cleis, la dulce Safo, décima de las musas.

¡Formas descubiertas por la Grecia! ¡Piernas, muslos, caderas, pechos, brazos, espaldas y cuellos de diosas y mujeres! ¡Cómo estabais presentes en mi interioridad!, ya agrupadas o ya de una en una. Con tenacidad me reclamabais, llamándome a la patria de las Horas y de las mortales en la fiesta y en el lecho. ¡Qué emoción al descubrir en los libros la sabiduría, la gracia y la voz de mi patria! ¡Qué gozo al contemplar en sus estampas las figuras de mis semejantes y sus desnudos!, tantas veces vistos en las islas y en la península, al este, al oeste y al norte del Istmo. Muchachas de guedejas castañas, esculpidas en piedra; la cintura femenina, los pliegues del vientre, la actitud inocente, las prontas piernas, el misterio, los ojos del iniciado, el éxtasis y aquel halo de energía, transmundo y medida que envuelve todo lo producido por el hombre griego.

—¡Asklepios! —volvía a gritar el maestro. Y me arrojaba un lápiz a la cabeza, por lo cual despertaba nuevamente, y situaba la vista en el lejano sol poniente. «Los soles mueren y vuelven, pero nosotros jamás tornaremos, cuando muramos» —dijo Catulo para convencer a Lesbia. Y aunque yo no conocía tales versos, me producía enervante melancolía ver caer el sol, así de modesto y grandioso en su ocaso. Al punto notaba que otras veces había experimentado la misma emoción, cuando el sol de Dodona se escondía tras las colinas, señalando la hora de encender los candiles. «¿Saldrá el sol mañana?» —se preguntaba el pitagórico Filolao. Y respondía: «Ningún hombre pude aseverarlo, aunque sí enunciarlo con verosimilitud». Desde que

Filolao habló con esta asombrosa precisión, hasta la llegada de mi adolescencia, el sol nació y se ocultó cerca de novecientas mil veces. ¡Qué afligimiento me producía saber esto y ver el mismo disco que un día alumbró la grandeza y el bullicio de mi patria y sus hombres, hoy sólo palabras en el recuerdo de algunos! ¡Sol de las campiñas de Maratón, de Megara, de Queronea, de Egina y de otras islas!: ¡cómo te sentía nacer en la llanura de mi ser, y alumbrar mi incipiente interioridad, calentada por tus augustos rayos! Tu luz era mi luz de dentro, y la alegría que traes a la Tierra, la alegría de mi alma.

—¡Asklepios! —gritaba definitivamente el maestro. Y me lanzaba el borrador de la pizarra, por lo cual yo volvía a la realidad, y ponía los ojos en los cercanos montes, cuyas pequeñas cimas aparecían inmersas en esa luz sin origen que inunda el ocaso. Sin quererlo, recordaba con esto las montañas, los bosques, los ríos y los caminos de la Grecia; también, las misteriosas sendas, las viñas, los zarzales, tomillos, espliegos y otras yerbas y plantas descritas por Dioscórides. Vivía la humedad de las fuentes y lugares umbrosos; sentía caer los crepúsculos; oía los lejanos cantos que habitan la tarde; escuchaba el sonido del idioma y barruntaba el olor del ganado...

—¡Asklepios!, ¡salga inmediatamente de clase! —gritaba por última vez el maestro. Y así terminaba la tarde y sus continuas emociones.

DISPOSICIÓN HACIA LO EXISTENTE

¡Qué brillo en los ojos del felino!, ¡qué flexibilidad en su cuerpo!, y, sobre todo, ¡qué gran disposición en el ser!

La adolescencia se revela como disposición del ser hacia lo existente y posible. Frente a la conducta de ciertos organismos, que se encogen y esconden tímidamente ante el estímulo, el adolescente se prepara para el suceso; por todas partes, y por cada uno de sus poros, espera y quiere.

«¡Estoy dispuesto!» —dijo Herakles, al conocer por boca de Eurysteo los doce trabajos que había de realizar, amén del decimotercero y más imposible: viajar a Toledo, en el siglo XVI, y entender lo que viera. Herakles tenía que hallarse forzosamente dispuesto, porque su esencia consistía precisamente en estar dispuesto. El alma de cada griego fue una pequeña Hélade, tanto en lo que este suceso representaba de candor que empieza como de candor que fenece. Herakles simbolizó el candor que empieza, imagen del hombre honrado, y en esto resultó un perpetuo adolescente. Por el contrario, las siguientes palabras de Safo son un ejemplo del candor que fenece: «En verdad, dioses que estoy acabada; nada quiero, sino ver las riberas del Hades, floridas de lotos». Entre los griegos hubo muchos arquetipos de una y otra clase de candor.

Lo que llamamos voluntad es resultado de la disposición del ánimo hacia los sucesos posibles. Cuando el ser se encuentra dispuesto, surge el querer libre, alegre y esperanzado. Así, pues, denominaremos voluntad a la conciencia de hallarse en disposición, lo cual ocurre a partir de la adolescencia. Después, cuando los sucesos aparecen ante nuestro ánimo como conjunto de sinsentidos, y la fatalidad, como racionalmente innecesaria, perdemos la disposición, y, por tanto, la voluntad. Sísifo actuaba sin

disposición, simplemente movido por la necesidad; igual ocurre al que pide limosna o se suicida. El triste no quiere.

La ausencia de voluntad, pues, podría tener dos causas: la complexión del hombre, insuficiente a veces para hacer comparecer la disposición de ánimo; y la acumulación de experiencias y reflexiones de una existencia tenazmente desgraciada, que nos mostrara los sucesos pasados y posibles como conjunto de absurdos y casualidades. Conservar la disposición de ánimo hasta la vejez, e incluso hasta la muerte, es maravilla sólo alcanzada por los griegos, y, entre bárbaros, por hombres singularmente bondadosos.

Bajo un parral de la isla Cos, en casa de un cierto Agisto, que había sido sucesivamente cínico, epicúreo, estoico y escéptico, nos reuníamos algunos hacia los últimos años del siglo IV. Una tal Cálice, que gentilmente nos acompañaba, habló así un día: «Te preguntas, Agisto, qué razones hay para hacer esto o lo otro, no hacer, o hacer constantemente. A todos nos asombra. Si Zeus te encargara repetir los trabajos de Herakles, tal vez preguntarías qué sentido tiene luchar con un león, descabezar una hidra o desestercolar una cuadra jamás barrida. Careces de disposición hacia los sucesos, porque ya no eres inocente, después de haber buscado en Antístenes, Epicuro, Zenón y otros, la causa que mueve la voluntad. Repara, sin embargo, en la grande y continua disposición de aquellos hombres, perdida en los discípulos. Epicuro murió sin dejar de hablar de filosofía, y así fue perpetuamente bueno y joven».

«Me exaspera de los griegos la gran disposición adolescente. Un pueblo así nunca podrá ser gobernado por un solo hombre, y aun temo que ni por muchos» —confesó a Temístocles un sátrapa persa. Fiel a su receloso oficio, el sátrapa solamente veía en los griegos la facultad de rebeldía, porque, para algunos, la capacidad de disposición no es otra cosa que capacidad de subversión. Siglos después, otro sátrapa y oligarca me confesaba que la mejor policía es un pueblo cansado e idiotizado por la palabrería y el miedo. Ambos odiaban las naturalezas vigorosas y sensibles. El segundo, por lo menos, se encontraba feliz y perfectamente seguro entre mostrencos.

La disposición de ánimo y su conciencia, la voluntad, engendran en el ser la preferencia por lo difícil, actitud típica del adolescente. Esto se llama estar en forma. Realizar lo indeterminado, verificar lo imprevisto, materializar lo ideal, alcanzar lo inasequible, expresar lo indecible, hallar la cima, encontrar lo nunca hallado. He aquí la voluntariosa inclinación del ser dispuesto. Por lo demás, resulta evidente que tal actitud supone la intuición y vivencia de la hondura, belleza y misterio, de cualquier hecho. Cuando se piensa

profundamente, las cosas cambian de significado, como las magnitudes al crecer; pero también cuando ponemos en el mundo una gran voluntad y nos mostramos dispuestos a existir con bondad.

«En la rubia Agido, mis padres veían, primeramente, una sucia y despeinada vendedora de tallos; luego que les hice pensar dos veces, vieron una muchacha; después, la hija de Agesicora; más tarde, un alma dulce y un cuerpo bello; y así continuaron hasta lograr concebirla como nuera. Sin embargo, desde el primer momento, y sin necesidad de someterme a este aprendizaje, vi en Agido la décima musa» —decía el poeta Íbico con generosísima disposición, pues, en realidad, Agido no pasó de mediana, más bien imprecisa de cuerpo, sin tobillos, y dada a señalar sus uñas en los rostros ajenos.

Al estar dispuesto llaman muchos ser ingenuo; así dicen que los griegos eran ingenuos, como siempre adolescentes. Quienes piensan de esta manera, usan la palabra ingenuo sin ánimo peyorativo; para ellos significa una forma de estar en el Mundo.

¡Disposición de mi adolescencia y de otras adolescencias!, yo te amo y deseo, porque albergas la constante voluntad, sin cuya presencia no hay más que muerte y estulticia, das al ser la conciencia de plenitud, le haces tranquilo y le llenas de alegría.

AVIDEZ

Quiero tratar de algo muy difícil: el ser ensimismado en sí y ávido del mundo a un tiempo. No me contradigo. Hablo del hombre que, absorto en su mesmedad, goza disposición de ánimo hacia los sucesos posibles, y, sin abandonar a quien es, tiende a ver y conocer, aprehender y sumir en el yo cuanto constituye la Presencia, la Manifestación y la Revelación de las cosas, o sea, la realidad como física, como vida y como historia.

El saber y sus opiniones son obra de nuestro demiurgo o interioridad, que ve o sueña el universo; a una viva interioridad corresponde un profundo ensimismamiento, y, al mismo tiempo, una honda vocación de opinar, en suma, una insaciable avidez. El que no tiene interioridad, no siente avidez, y viceversa; quien no vive el ensimismamiento, no goza del conocimiento; aunque parezca contradicción, el absorto es un constante investigador.

La avidez emana del ensimismado a la manera de una especie de libido; entiendo por libido una tendencia insaciable y gozosa, tanto en su origen como en su desenvolvimiento, que nos ensancha el mundo al desarrollarse y buscar su objeto. ¡Libido de formas!, ¡libido de acaecimiento!, ¡libido de momentos!, ¡libido de conocimientos!, ¡libido de palabras! ¡Avidez de figuras!, ¡avidez de experiencias!, ¡avidez de sentires!, ¡avidez de hallazgos!, ¡avidez de reflexiones!, ¡avidez de teorías!, ¡avidez de significados! He aquí el hombre en disposición.

La avidez nace con la plenitud de la adolescencia, después de surgir la interioridad, y sólo cuando el ser tiende a la incorporación metódica de las creaturas. Tener opiniones aparece entonces como irreductible vocación y alta necesidad; conocer y saber resultan ser; aprehender es gozar. «Llamo avidez al deseo constante e inextinguible del mundo, tal como surge en la

adolescencia y se prolonga dignamente en el hombre. Perder la avidez es morir» —decía el famoso Heraclides Póntico. Después, añadía: «¡Destino!, no me arrebatas la alegría de captar y descubrir el universo; no inhabilites mi olfato para sus olores; mi tacto, para su tacto; mis oídos, para sus sonidos; mi vista, para sus colores; mi corazón, para sus valores, ni mi razón para sus leyes en sistema. Déjame desear el cosmos como a la mujer; consiente que siempre espere y descubra, pues en la conciencia ávida habita el gozo».

—¡Qué ávidos son los griegos! —exclamaron los egipcios cuando conocieron a Platón y sus acompañantes. Y hablaban con razón, pues el sobrino de Critias hurgó hasta en los catálogos de los colegios médicos, sin olvidar interrogar a los sacerdotes, a quienes ingenuamente tenía por filósofos. Platón vivía ensimismado en sí y ansioso del mundo, siempre indagando, y, no obstante, siendo él mismo. El ávido pretende incorporarse el universo y deglutirlo a su modo, sin salir por ello de su yo. Obra a la manera del organismo autónomo, que transforma en propia sustancia cuanto ingiere; por comer vaca durante una larga vida, el hombre no adquiere carne de vaca.

Un cierto Dión, que después de la paz de Nicias escribió un libro de viajes, manifestaba así: «En el valle del Nilo, junto a los grandes templos, vi a las mujeres egipcias andar casi desnudas, mostrando el soma de su enigmática raza. Jamás contemplé algo más inexpresable. Emanan origen; poseen carne tan terrena como el barro; se consumen de avidez dirigida hacia el interior; viven tranquilas y ansiosas a un tiempo. ¿No es esto maravilla para contar entre griegos?». Sospecho que la avidez y la ansiedad residían en Dión, más que en las egipcias. De todas formas, los griegos supieron valorar a Egipto. Yo mismo no puedo dejar de sentir indecible emoción ante su arte, que, como las mujeres de Dión, emana origen y enigma indescifrado.

«Huyendo de Jerjes hemos venido a las montañas. Esta mañana me levanté muy temprano, para conocer el lugar; subí a las cimas y esperé que apareciera el sol. Luego que llegó la luz, los pájaros dieron en cantar; después, la Naturaleza entera empezó a animarse, como resucitada a la vida. ¡Qué armonía y concordia tan maravillosa! Los insectos que se arrastran, pululaban calientes; los que vuelan, iban y venían; las arañas estaban a punto sobre sus telas; gusanos, orugas, lombrices y otros animálculos, comparecían ante el Sol; las aves trinaban; camaleones, lagartos y demás sabandijas impávidas mostraban sus estáticas figuras en espera del suceso. ¡Cuánto susurro y afán bajo el calor de Febo! Esto es lo que tú llamas la gran simpatía de la Naturaleza, que realiza su futuro a cada instante, porque la biología y la piedra sólo tienen presente. ¡Qué avidez he sentido! ¡Qué avidez!, Asklepios.

¡Nunca como ahora he querido ser criatura, estar en simpatía y tenerte en el lecho!» —me escribía la pecosa Iobe, hija de un calderero de las costas que miran al Asia, poco antes de la defensa de las Termópilas.

La perenne avidez de los griegos fue resultado de conservar, convenientemente acrecidas y rectificadas, ciertas energías nacidas en la adolescencia. He aquí el milagro. Y aunque nosotros, en cuanto no ávidos, seamos capaces de describir y catalogar al ávido, en cuanto hombres honrados estamos obligados a admirar aquel suceso. Los modernos nada tienen de ávidos; observan, piensan y dominan el mundo, pero no lo comparten, carecen de asombro. Solamente algunos estudiosos de la Naturaleza, movidos por tranquilo entusiasmo hacia las experiencias, parecen obrar como si conocieran esta inédita frase: «Atenea, da a mi avidez larga paciencia».

Nada hay tan implacable como la avidez del ser ensimismado; nunca cesa, siempre actúa, señorea sin la impaciencia del mal aprendiz, jamás improvisa. No se puede poseer verdadera paz sin avidez, que sería muerte, ni avidez sin paz, que sería dispersión y locura.

AMOR DEFERIDO

«**C**uando el ser vale más que la estampa, la piedra y el tesoro escondido, termina la infancia y comienza la adolescencia. La púber regala sus muñecos a las hermanas y amigas, porque el demiurgo salió de allí para habitar el ser» —decía un tal Timoleón de Circe. ¡Extraordinaria precisión la de este autor, cuyos escritos nadie conoce! Timoleón murió pobre, calumniado, triste y abandonado de todos cuantos le habían querido, como presiento que yo moriré un día. ¡Crudeza del destino! No me quejo tanto por mi suerte como por la de Timoleón, el más verdadero y bueno entre los griegos.

Con el descubrimiento del ser se inicia el camino hacia la desvelación de lo particular, representado por la persona y el Arte. «¡El mar!, ¡el mar!» —gritaron los expedicionarios de que habla Jenofonte. Y dijeron así porque conocían el mar y sabían reconocerlo. Todavía es más alta emoción ver el ser por primera vez. «Jugaba con la niña Actea, y un día quedé contemplándola calladamente. Algo súbito, inesperado e insólito ocurrió entonces; y fue que la vi distinta de todas las cosas y formas comunes. Apareció ante mí como acontecimiento recién hallado; mi voluntad la quiso. Sin darme cuenta, había descubierto la existencia del ser» —decía Filoxano de Leucade.

Desde que encontramos el ser, hemos de vivir para él, o traicionar lo bueno. Ni el pensamiento, ni la belleza, ni la teoría, ni el Poder, ni la justicia, ni cualquier tipo de lo que llamamos honor y decencia valen más que él; en el mundo no existe ideal o inclinación que puedan anteponérsele. Demócrito confesaba que prefería hallar una demostración causada que reinar sobre los persas. Yo considero todavía más preferible amar al ser. Sólo un loco o un malvado pueden obrar contra las conclusiones de un razonamiento preciso y verificado desde principios; también sólo un loco o un malvado pueden

anteponer la cosa, incluso el ideal, al ser. Un cierto Melanipo de Colofón, que abandonó su ciudad natal, y se trasladó a Crotona, en la Calabria, decía así: «Mucho me hubiera gustado seguir en la Jonia y componer una serie de tratados que tengo en la mente. La reflexión y la filosofía me llaman desde antiguo; amo dialogar con los muertos en el silencio del estudio; me place enjuiciar en sistema; pero valoro por más alta necesidad ayudar y amar a los seres que llevo en encomienda: mi madre, siempre a mi lado; mi amada Anactoria, y mi hija Athis. No quiero dañar al ser». ¡Dañar al ser o ser infecundo! He aquí un dilema moral resuelto por Melanipo de Colofón, que prefirió amar a pensar en sistema.

El conocimiento del ser es afectivo; no se puede hablar del ser sin nombrar lo que llamamos amor. Así como la medida hace referencia a la extensión, el volumen o la longitud de los cuerpos, así el amor hace referencia al ser. A mi juicio, hay dos clases de amor: uno deferido, o sin causa, y otro referido, o estimulado; el uno tiene por objeto al ser, y el otro, a la persona; aquél es un suceso, y éste, un acontecimiento.

Podemos definir el amor deferido como la atracción del ser por el ser, es decir, como manifestación de la universal simpatía que lo vivo siente por todo lo vivo. Este amor aparece en la adolescencia y perdura en el hombre completo; por él, no materializamos lo indeterminado ni realizamos lo imprevisto, como hace el artista cuando configura su obra; desarrollamos simplemente la inclinación de nuestra naturaleza. Su objeto son todos los seres, pero principalmente lo que se revela como débil o como ultrajado, formas evidentes del Destino: los niños, las mujeres y el pueblo. «Caracterizan al sabio una larga paciencia y un constante e incausado amor por todo lo que vive y sufre bajo el Sol y más allá del Sol, lo cual es sinónimo de bondad de ánimo» —decía el pitagórico Alcmeón.

Una forma del amor deferido es la ternura, concebida como tendencia que compensa a toda comparecencia inocente del hecho de la existencia. Por medio de la ternura mostramos nuestra disposición a favorecer al ser, como si de algún modo nos sintiéramos responsables de su estancia en el Mundo. Es imposible sentir ternura por cuanto no es inocente de estar aquí abajo. Todos los seres son inocentes de existir mientras no construyan una estancia propia, fuera de la Naturaleza y lejos de su origen; el que se mixtifica, o adquiere fuerza, deja de estar desamparado, y pierde la simpatía de lo vivo. Quienes invirtieron el orden de las cosas naturales, y vencieron a la sangre y a la carne, sustituyendo la espontaneidad, la alegría y el dolor, por la regla y la

premeditación, no son inocentes de existir. ¿Podríamos experimentar ternura por un tirano, un intrigante, un lama o un personaje del Greco?

«Caras pálidas e iluminadas por un estertor interior, sobre vigorosos escenarios de sombras; ojos de hidalgos y de santos, abiertos de par en par a la luz invisible de una soterránea sabiduría de la muerte; manos sobre el pecho, en ademán de cerrar el corazón a la Naturaleza y a la vida; frentes rigurosas, elevadas hasta hacer la cabeza alargada y más digna que el resto de la figura; labios apretados para disciplinar cualquier fragilidad candorosa del gesto; exceso de esqueleto y odio a la forma; constancia del sentir de desarrollo y perecimiento de la criatura; desprecio del hombre y de toda apariencia; agonía perpetua sin compañía de paisaje; claroscuros y rayitos de luz hervida, que proyectan el polvo de la miseria y la incapacidad sobre el terciopelo de un pecho todo aparente meditación; paños negros y estética del responso; abstracción, eterna abstracción.

»Engañosa austeridad, entendida como renuncia a lo que no se tiene ni se tendrá nunca: espontaneidad, alegría, ingenio, danza, chanza, instinto, teoría, vivacidad y profunda intención.

»Envaramiento y limitación, odio a la *rerum natura* y a toda capacidad; soberbia de la tristeza trascendida a Moral, venganza de la ineptitud para los goces, glorificación de la insuficiencia y éxtasis de la nulidad.

»Visión sucia y confusa del Espíritu, definido como negación constante, comparecencia plúmbea y piojosa, locura sin antídoto y pasión sarnosa, que desgrasa las entrañas y se experimenta y conlleva a la manera de joroba.

»Ausencia de las virtudes y gracias de los animales; séquito de insuficientes y temblones, agitados por la envidia, aduladores, sopones, prebendados, aterrados intrigantes y delatores, que tuercen el cuello y elevan los ojos para aparentar trascendencias.

»¡Esto es lo que yo, Asklepios, he visto en *El Entierro del Conde de Orgaz!*».

Así me expresé ante ciertos modernos que indagaban el suceso.

Desde siempre he sentido irremediable ternura por los niños y las mujeres, seres absolutamente puros e inocentes, que jamás premeditaron su mundo ni conspiraron contra la Naturaleza, la alegría ni el dolor, y, por tanto, comparecencias de destino. ¿Os han enternecido alguna vez esas viejas que compran su ración de leche con su poco dinero? ¿Os ha asombrado advertir la corta distancia entre la niñez y la vejez? Amo lo que tiene destino, y odio lo que tiene porvenir; quienes poseen su propio presente y futuro, y no conocen el dolor, la tristeza ni el imperio de la casualidad, me repugnan e irritan hasta

lo inverosímil, y en esto pienso y siento como griego. «¡Qué ternura experimenté viendo lavar las mujeres y jugar los niños en Megara! —decía un discípulo del poeta Ananio, contemporáneo de Hiponax de Éfeso—. Comparé su existencia con la del tirano, rodeado de su séquito, y me dije con vehemencia: no te obedeceré. Mi corazón está con los niños y las mujeres que habitan la tarde. Y si hubiera un dios capaz de ordenarme lo contrario, sería un dios falso, incompetente y malvado». De manera semejante habló mi adolescencia: «No te obedeceré, porque mi corazón se halla con todo lo vivo e inocente. Se trata de inclinación sin causa, que me mueve hacia el ser. Y aunque por cumplir con esta espontaneidad haya de perder todo porvenir en tu Satrapía, y devenir tan débil como el pueblo, seguiré rebelde, porque yo no soy hombre de futuro, sino de destino, en cuanto griego».

El amor hacia el pueblo, como encarnación de la inocencia oprimida, ultrajada y expoliada por las castas gobernantes, es una forma de manifestarse la ternura, no solamente entre griegos, sino también entre bárbaros.

¡Atracción del ser por el ser!, amor universal, ternura por todo lo inocente y vivo, en mí vives y fluyes desde que apareciste sin causa concreta.

SEXUALIDAD

I

¿Qué es la sexualidad?

De las posibles preguntas que podemos formularnos, ninguna hay que verse sobre un suceso tan inmediato al hombre, y, sin embargo, tan mal interpretado por las respuestas habidas hasta el presente.

Es erróneo y torpe considerar la sexualidad como instinto unido a la necesidad de reproducción. En buen proceso juicioso no hay razones para argüir en favor de esta valoración. No debemos olvidar que la Divinidad, o el hacer que hizo la vida, partieron de cero, por así decirlo, y, por tanto, libres de toda necesidad. Pensar que hubieron de inventar la sexualidad para evitar que los animales, aburridos, rehusaran perpetuarse, es imaginar que no tuvieron más remedio que usar de una fuerza, o idea, anterior a ellos, lo cual contradice la noción de sustancia creadora; en la creación nada hay necesario a ella misma. Tampoco el sentido del gusto fue pergeñado para incitarnos a comer, sino para degustar simplemente, y esto aunque muchos no admitan la inmanencia de las sensaciones, hechos y sucesos. En cualquier supuesto, los dioses han de tener, necesariamente, más sentidos que los hombres; y pudiera ocurrir que, en otros lugares del universo, existan seres capaces de vivir mejores emociones que nosotros ante el sonido, la luz, el olor, el calor, el frío, la fruta y otras cosas que desconocemos por carecer de órganos al efecto. Al final del siglo v, un cierto Baquílides de Corinto hablaba así: «Muchos creen que el efecto fue pensado antes que la causa. Partiendo de este principio, son

capaces de concluir que las uñas han sido hechas para rascar las espaldas de nuestras amigas; la emoción sexual, para casar a las hijas; y los pichones, para engordar a los presbíteros de Siracusa».

Todavía es más erróneo considerar que la sexualidad fue inventada como trampa para cargarnos de culpa y hacernos caer, tras la muerte, en un lugar de tormentos. Así piensan los enemigos de la mística y los adversarios de todo sentir originario, misterio e intuición, que valoran el ser como campo de lucha entre la dualidad espíritu y Naturaleza, establecida ignominiosamente por ellos. «¿A qué tantas ideas, emociones, sentires, doctrinas, teorías y místicas? ¡Refutemos los sentidos y refutemos el talento!» —dijo al atónito Herakles un energúmeno del siglo XVI. Luego, le mostró una cancioncilla compuesta en versos sáficos durante sus ratos de ocio, que eran todos, y que, traducida del latín, decía en parte: «Sustituya la regla al talento. A la emoción sustituya el código; la sonrisa en los labios fruncidos sustituya a toda espontaneidad; los ejercicios ascéticos a la Naturaleza y su curso releven triunfantes; recreen los devotos el mundo, corrigiendo las impericias del primer Autor». Este piadoso andaba de loco y de tonto; se decía que unos endemoniados le habían trastornado el poco juicio. Los que le llevaban preso murmuraban que era individuo peligroso, pues, al desenmascarse, mostraba la máscara, lo cual parece paradoja muy amada por ciertas sensibilidades piadosas. Éstos también eran tontos, aunque sensatos y estatuidos. Todos odiaban la sexualidad y sus complicaciones.

Existe, por último, una tercera teoría, igualmente errónea, que considera la sexualidad como hecho biológico, semejante al hambre o la digestión. En el mundo hay hechos, sucesos y acontecimientos; la caída de la piedra es un hecho; la tendencia moral, un suceso; y la ética de Epicuro, un acontecimiento. La valoración del hecho como suceso, o acontecimiento, y viceversa, se llama superstición. Si explicamos un eclipse de sol, o una peste, como acontecimientos, afirmando que expresan la irritación de los dioses, incurrimos en superstición; pero también si hacemos lo contrario, y definimos el arrebató místico como hecho nervioso y estructural. Considerar el suceso de la sexualidad como simple hecho biológico, susceptible de ser investigado y corregido por la ciencia natural, es incurrir en superstición, vicio de muchos modernos. No niego que el hombre sea una estructura, un esquema receptor, un andamio de tiempo y materia; antes bien, lo sostengo como propia doctrina. Es cierto que la calidad y cantidad de la sensación dependen de la configuración y funcionamiento de esa estructura; la disposición de ánimo viene condicionada por el trabajo de las glándulas. Sin embargo, es forzoso

distinguir entre el esquema capaz de albergar emoción y la emoción misma; el ingenio que recoge ondas, no es ondas, ni, mucho menos, música o sonidos. Para sentir la emoción sexual se precisa, claro está, de glándulas y neuronas aparentes; pero la sexualidad no es glándulas ni nervios.

¿Qué es, pues, la sexualidad? Sencillamente, una forma de comparecer la emoción, y con ella el espíritu, en la Tierra. La estructura de la sexualidad, el esquema que la recibe y determina, se llama sexo, y no se encuentra localizado en particular, como muchos opinan, sino distribuido por el organismo. Pensamos con todo el cuerpo y potencias, sentidos y facultades; también vivimos la emoción sexual con todo el ser, porque el sexo es nuestra más típica ordenación emocional. A mi juicio, él representa la mejor diferenciación que puede existir entre seres de una misma especie, determinando, incluso, al pensamiento. A veces, un sexo tiene nostalgia de ser otro sexo, porque el hacer que hace la vida pergeñó un esquema incierto e indeciso; entonces surge lo que llamamos una contradicción. ¿Acaso la vida no aprendió a fabricar estructuras sexuales distintas y diferenciadas?

El objeto del sexo es albergar tanta sexualidad como sea posible. En las orgías dionisiacas, las bacantes usaban toda clase de incitantes para afinar y desarrollar la capacidad emocional. Mediante la monótona repetición de sonidos *in crescendo*, humos enervadores, contorsiones rítmicas, drogas apropiadas y otros auxiliares, la estructura sexual entra en disposición de acoger más cantidad y calidad de emoción. La poetisa Mirtida de Antedón hablaba así en el siglo IV antes de Cristo: «Licenión y Aglae me llevaron a vivir los misterios de Dionisos, en los bosques nunca hollados. Me dieron el tirso. A media noche oímos mugir al dios. ¡Qué alegría! Una gran simpatía comenzó a fluir de los seres y cosas; mi cuerpo se volvió ingrávido; mi carne, leve y gozosa; y todo mi ser, caliente y húmedo. Una indecible sensación de continuidad inundó mi ánimo; perdí la noción de los espacios entre las cosas, y llegué a experimentar la conciencia del todo. Cuando caí en éxtasis, sentí que nunca podría morir; en mí había algo que se reía de la estúpida muerte». ¡Inocente narración!

En cuanto emoción pura, la sexualidad se conexiona con el misterio, es decir, con el reino del espíritu, comparecencia continua y sin fin, situada más allá de la forma del mundo: la razón, la materia y la vida. Lo contrario del misterio es la máquina, lo determinado, lo que tiene principio y tendrá acabamiento.

Sólo hay arte cuando se logra objetivizar en la forma un hálito de continuidad, o sea, de misterio o espíritu. Las obras de arte nunca están

aisladas y solas, como los átomos en la molécula, sino en conexión y armonía con un cierto origen; por eso se dice que son expresivas, generadoras de sentimientos y comentarios. Las mujeres absortas y estáticas, esculpidas en el Nilo, resultan parte y todo de una cultura, una parcela atrapada de espíritu.

Siendo el sexo una estructura diseñada para recibir la sexualidad, parece natural que muestre nostalgia de ella. Esto se llama expectación sexual, y debe ser definido como simpatía dirigida hacia la emoción y el suceso sexuales. ¡Qué fino resulta el animal poseído por la expectación sexual! En ciertas mujeres se desarrolla con este motivo una capacidad de intuición, ingenio, interpretación, entusiasmo, dulzura, flexibilidad, bondad, olfato, tacto, oído y visión increíbles. ¡Qué gran disposición! ¿Hay algo más espontáneo, alegre y vivo? No puedo dejar de sentir ternura y atracción hacia las mujeres así determinadas; me emocionan, como si fueran dioses, y me obligan a rendirles mi palabra, mi corazón y mi mirada. Jamás quisiera tener un gesto hosco, una desatención o una impericia con ellas.

II

El niño no conoce la sexualidad, sino a manera de presentimiento; la intuye vagamente, como si la hubiera vivido en otro mundo, pero rehúsa recordarla. Siempre nos repugna la existencia de sucesos que no podemos comprender, por carecer de esquema al efecto. Los pueblos que configuraron el mundo occidental vacan de sentidos para experimentar la estética de las culturas arcaicas, y éstas, de intelecto adecuado para penetrar el reino de las ideas; por ello desconocen los números. Con ser tan reflexivo, Platón no entendió a los egipcios; ni siquiera, a los adoradores de Dionisos. Existen muchas cosas que jamás conoceremos, por faltarnos estructuras aparentes. De vez en cuando, por especial circunstancia, cambia la disposición y calidad de nuestra sensibilidad, y entonces logramos captar, o intuir durante unos instantes, emociones jamás soñadas. He tenido una vida completamente dedicada a la reflexión y su tortura, siempre con el peso del mundo sobre la conciencia. Solamente una vez logré liberarme de esa carga y disfrutar un estado de ánimo superior al del pensamiento. Me hallaba entre montañas, soplaba un suave viento, reinaba una calma sin fin, y de pronto me sentí tranquilo, infinitamente tranquilo y libre, sin necesidad alguna de pensar y trabar juicios; me percibí aligero y despreocupado, más allá del futuro y del presente, y llegué a vivir, con el viento y la piedra, la eternidad que existe

fuera del tiempo. Pero esto duró apenas unos momentos, llenos de vigor e inspiración; después no volvió a ocurrir. Tal vez, el hacer que hace la vida repita la operación en otro ser, hasta lograr lo que misteriosamente se propone.

Frente al niño, el adolescente se halla en perfecta disposición de recibir la emoción sexual, y esto porque posee la estructura necesaria para albergarla. El estar en disposición genera la voluntad y la fruición, como ya dije. Llamo ilusión al estado de ánimo que aguarda el suceso a cada instante; el ser ilusionado cree que el misterio, lo imprevisto, lo vagamente querido, aunque no conocido, lo intuido como extraordinario, puede realizarse en cualquier momento, y vive esperando ese acontecimiento. Por el contrario, el desilusionado no espera, porque nada valora ni concibe como excepcional; antes bien, todo le parece común y previsto. Le dicen que los dioses existen, y se encoge de hombros; le dicen que no existen, y repite el gesto. ¿Qué más da? En todos los seres, la expectación sexual se revela como manifestación de una gran ilusión, pero especialmente en el adolescente. La muchacha espera; también el muchacho; se anuncia el suceso, y ambos se ven arrastrados por su necesidad. Por lo demás, resulta inútil predicarles que no aguarden, porque nada bello ni nuevo sucede nunca. La espera es de por sí placentera, y la ilusión, inmanente, cuando el ser está en disposición. «El Hado conduce a quien lo quiere, y arrastra al que no lo quiere» —decía Lucrecio. Nada se quiere mejor que la necesidad o hado sexual, podríamos añadir nosotros, corroborando estas palabras de la famosa Corina de Tanagra: «Cipris, cuando me invades y arrastras, quiero ser invadida y arrastrada. Lo espero».

La expectación sexual genera increíble capacidad para advertir, recordar y revivir las formas, las actitudes, las miradas, los gestos y el estar todo del otro sexo, lo cual aparece como condición típica de la adolescencia. El muchacho en plena disposición capta en un solo encuentro los mil matices de la muchacha, sólo por él descubiertos: este parpadeo, aquel doblar de la rodilla, un movimiento de los labios, la tensión del cuello, si vuelve la cabeza; la luz de los ojos, la recepción de la noticia, la voz y los significados del rostro, de los brazos, de las manos, de la cintura y del busto. Nada se escapa al ser en expectación sexual; todo se recoge, conserva y amplía, quedando en la interioridad como una forma de la conciencia. ¡Maravillosa viveza! Para el muchacho, la muchacha es demiurgo, y viceversa. Cuando yo era muchacho, recordaba a todas las mujeres que veía; cada una representaba un suceso distinto, un misterio capaz de ser analizado y vivido. Mi conciencia se hallaba repleta de su estar, y mi memoria, de sus formas y figuras. Ahora, sin

embargo, no puedo recordar mujer alguna; todas me parecen iguales y repetidas; ninguna impresiona mi sensibilidad. ¡Triste limitación!

Durante la adolescencia, el sexo actúa como placa sensible, que recoge multitud de impresiones; es memoria, potencia intuitiva y potencia emocional a un tiempo; siempre está presente, llegando a encarnar la máxima consciencia de uno mismo y del mundo. Después, cuando la emoción sexual pierde su valor de acontecimiento, para transmutarse costumbre, el Paisaje de la Tierra se torna monótono; los sucesos pierden viveza y color; el ánimo se apaga; la ilusión desmaya; el ser deja de estar a punto; hay menos energía.

Cuando recuerdo la gran bondad, voluntad, avidez, riqueza de sentimientos, multitud de los deseos, ilusión, alegría y disposición de mi adolescencia, así como la inocencia formidable de la sexualidad naciente, imperiosa, y pongo los ojos en mi condición actual, lloro sin remedio. Nada vuelve.

LA JUVENTUD

Es ley de toda mudanza aprovechar lo dado; desde la nada no hay cambio, lo cual vale tanto para los entes individuales y aislados como para los sociales y concatenados. En puro sistema, toda nueva apariencia contiene a su anterior. La Naturaleza no da saltos, como ya dijeron muchos; obra como forzada por un método. El necesario aprovechamiento de lo existente determina la dirección de la mudanza y evita que la transformación devenga retroceso. Partiendo de la enseñanza alcanzada en la configuración del mamífero, no se puede regresar al insecto; lo dado nos impulsa forzosamente hacia adelante. El hacer que hace la vida posee un gran entusiasmo por saber; sólo obra para aprender, y sólo aprende haciendo.

La mudanza que transmuta al muchacho en otra apariencia, opera desde lo dado en la adolescencia; lo que vemos como juventud es resultado del acrecimiento y rectificación de ciertas fuerzas y potencias surgidas en la edad anterior; acrecimiento y rectificación equivalen a objetivización; cuando las energías alcanzan su propio modelo, se hacen objetivas; dejan de ser sujeto, para configurarlo desde fuera; se convierten en valores.

Cuanto constituye la juventud estaba ya en la adolescencia, pero de un modo subjetivo, como emanación del yo. Sólo al llegar la nueva edad, sale, o sólo al salir, trae la nueva edad. Llamaremos, pues, juventud a la objetivización de la adolescencia, o, dicho más explícitamente, a la objetivización total del ser en cuanto razón, emoción, memoria y conciencia moral. Frente al niño, habitante de la gran matriz de la Tierra, y frente al adolescente, ente implacablemente abstracto y subjetivo, el joven aparece como revelación concreta y particular, absolutamente libre y nueva.

La esencia de la juventud estriba en la síntesis equilibrada entre las partes del espíritu en plena comparecencia. Si no se da esta armonía, la existencia aparece como perduración de la adolescencia o como adelanto de la vejez. «No quiero que mi emoción desborde a mi razón, que el recuerdo del pasado oscurezca el presente, que la preocupación del futuro esfume el gozo debido al instante actual, ni que una conciencia demasiado pensadora quiebre la alegría y bondad del obrar espontáneo. Pretendo una constante concordia entre esos elementos, a fin de no caer en la continua demencia, en la seca melancolía, en la estulticia ni en la acritud. En resumen: pretendo la alta juventud» —decía un tal Focílides de Quíos, que había conocido todos los países e indagado todos los Oráculos: el de Zeus, en Dodona; el de Afrodita, en Pafos; el de Apolo, en Claros y Delos; el de Esculapio, en Epidauro; el de Trifonio, en Beocia; y otros muchos en Egipto, en la India y en el Asia Menor.

¡Qué maravilla sentir en plenitud y concorde armonía todas las fuerzas y potencias objetivizadas, y, con ellas, la mente y el corazón en nobilísima disposición! ¡Qué placer poseer salud, estructuras adecuadas a la recepción del mundo, fluidez de pensamiento, conciencia exacta, memoria precisa, amor y energías incesantes! ¡Qué júbilo experimentar la total disposición del ser! Si no se es malvado, necio ni loco, y se posee juventud, se tiene todo lo bueno, y verdadero; nada mejor puede alcanzarse.

Respetar la Divinidad, como primera cosa, amar lo vivo, valorar la persona, ejercer la reflexión, indagar la verdad, inclinarse ante lo bello, proponer lo bueno, estar en lo justo, hacer desinteresadamente, acoger a la mujer, enternecerse ante los niños, no obedecer al tirano, defender la libertad, obrar espontáneamente, realizar la alegría, compartir la riqueza, dialogar objetando, intuir, inducir y deducir; prepararse la posteridad, elegir la palabra y su sonido, avenir en el hombre la razón y la Naturaleza, tener paciencia, poseer un tranquilo entusiasmo, ser piadoso con el Estado, investigar el demiurgo de los demás, no afrentar a nadie, amar lo efímero, objetivizar la emoción, danzar en trance y traer a la Tierra el humor de los dioses. He aquí la Hélade, así en la península como en las islas y sus mares. Mas también la Hélade se encuentra en otros muchos lugares de la Tierra, aldeas, ciudades y bosques, pues en cada hombre realmente joven hay, en parte, una pequeña Hélade.

¡Cuánto vale, pues, la juventud! El poeta Nicostratos, que se arrojó al mar desde el promontorio de los enamorados, en la isla de Leucade, y fue uno de los pocos que no pereció, hablaba así: «Hija del herrero, morena Progne, que

en nada crees, así en los dioses como en los hombres y otras apariencias, voy a ofrecer a tu reflexión algo que, una vez conocido, tiene que ser forzosamente amado: la juventud, que se asoma al mundo por el brillo de tus ojos, tu estar bellamente, tu sonrisa y tu carne. Pretendo todo esto, sin razón y sin causa alguna; es tuyo, y, sin embargo, lo pido». En otra ocasión, añadía: «Quiero todo lo vivo, lo que está en disposición, y rehúso lo muerto. Comprendo que no he creado la lozanía ni la belleza, y que, por consiguiente, no tengo derecho a ellas. Pero gozo robándolas con tretas y subterfugios, engaños y astucias. Hoy he puesto los ojos en Atalanta, Anticle y Procle, las tres de Abydos, en el Asia Menor». Nicostratos escribía estas cosas en la madurez, pues durante la juventud no se posee conciencia de sus valores; se tienen simplemente, y se gozan sin imaginar que puedan perderse.

«Cuando pienso en mi pasada juventud, lloro y digo: ¡Qué gran disposición perdió el mundo! Me asombra recordar la constante ligereza y flexibilidad del cuerpo, nunca cansado; la alegría fluyente y creadora; el sentido del juego; la indecible bondad del ser sin recelo ni experiencia; y, sobre todo, la razón a punto. Un animal semejante no volverá dos veces al mundo» —exclamaba un cierto Epiménides de Eleusis. Según me contó Diógenes Laercio, este Epiménides, hombre arbitrario, transcurrió la madurez añorando la juventud; ésta, deseando la adolescencia; ésta, entre nostalgias de la infancia; y ésta, suspirando por la Naturaleza. Así como entre modernos hay quienes quieren más de lo que pueden hacer, así entre griegos fue común pretender más de lo que se puede querer.

Aquel Lisis que habló con Sócrates, me contó que un tal Aristoxeno, tenido como descuidero y ladrón en Atenas, llegó en cierta ocasión hasta el maestro de Platón, y le dijo:

—Siéntate aquí, Sócrates, junto a estas piedras, y escúchame mientras hurgo mis pies para arrancar las espinas clavadas en sus plantas. Vengo, como siempre, de hurtar el alimento cotidiano; las zarzas de las vallas lastimaron mi carne. Sé que debiera ocuparme del taller de mi abuelo, allá en Tebas, y no andar espiando la fruta de los huertos ajenos. Mas prefiero dedicarme a indagar, como tú mismo, las causas y conflictos que mueven al hombre. Nací con esta irremediable inclinación, hasta el presente, más fuerte que todo propósito. Quiero saber de ti si, obedeciendo mi propensión, obro bien. Por consiguiente, dime: ¿Qué es mejor? ¿Gozar fama de honrado, cumpliendo las leyes del Estado, o ser ladrón y encontrar una proposición de valor universal?

—A veces es mejor ser ladrón que propietario, se logre o no se logre configurar una proposición de valor universal —respondió Sócrates.

La anécdota sirve para advertir que Aristoxeno poseía la alta juventud, y, como el propio Sócrates, ninguna vocación mundana. El ser joven sitúa la inclinación por encima de la conveniencia; la razón, sobre los usos; lo universal, sobre lo sancionado por la actualidad; y lo originario, sobre lo fabricado por la premeditación de los intereses.

JUVENTUD DEL EXILADO

Si durante la infancia gocé intuiciones de mi origen, y durante la adolescencia, evidencias, con la juventud llegó la plena conciencia de mi ser griego y exilado entre modernos. Junto con el sentir de mi destino, ya desvelado completamente, creció entonces mi soledad. Conforme me asomaba al mundo de las relaciones humanas, descubría que entre los demás hombres y yo mismo existía una diferencia sustancial, no cuantitativa, una distancia infranqueable. Trascurrí mi juventud como niño en un mercado, o como Herakles en un auto de fe inquisitorial: sin entender nada, pero siempre maravillado. Es cierto que muchos me veían charlar y reír con gente de la misma edad, así como escuchar con modestia múltiples explicaciones. Era natural que conviviera, aunque sin competir ni pretender en común. No podía ser amigo ni enemigo de mis aparentes contemporáneos, sincero ni hipócrita, generoso ni egoísta; nada quería de aquel mundo, porque el exilado no concurre con los naturales del país; simplemente observa, compara y sueña con su imposible patria.

Es excelente condición de los buenos viajeros no mezclarse en las cuestiones propias de los pueblos que recorren. Ven y advierten; ponen sus simpatías de una parte o de otra, según la mentalidad, pero no se mueven en pretensión de bienes o prebendas en lugar extraño. Cuando Platón visitó Egipto, ganó amigos entre los sacerdotes indígenas, de quienes llegó a ser mentor. Algunos de éstos, incluso, vencieron en una de sus tantas intrigas y conspiraciones gracias a los consejos del griego. Platón, como viajero inteligente, pudo opinar del hecho egipcio y guiar a los mejores, pero nunca transmutarse sacerdote u oligarca; aunque era ciertamente extravagante y aficionado a misterios, por nada podía trocar su naturaleza helena. Entre los

modernos, pasé mi juventud como Platón en Egipto. Me asombré, advertí y observé; aconsejé a los pretendientes, a los que creían merecer, a los que buscaban porvenir, a los vocacionados hacia el mando y a los propensionados a trascendencias mundanas y extramundanas; consolé a los que se valoraban injustamente desplazados, y escuché con paciencia a los intrigantes, viviendo la curiosa novela de su intriga, sin distinguir entre enemigos y colaboradores de lo estatuido, pues todos me parecían iguales. Pero nunca se me ocurrió siquiera la posibilidad de devenir importante entre ellos, disfrutar de su justicia, tener su porvenir, lograr su Poder, alcanzar sus trascendencias o gozar de su venganza. ¿Acaso no era yo viajero en tierra extraña?

A cinco mil años de distancia, podemos hablar de los gremios de hetairas, o de los colegios de brujos en Nínive; podemos, incluso, mostrar nuestra simpatía por esta o aquella hetaira, nombrada censor de escritores, o por este o aquel brujo; pero no podemos emularles en pretensión de un cargo en el gremio, entre otras razones, porque ya no existen. Mudando la perspectiva, tal ocurría a mi juventud, que no podía competir con los aparentes contemporáneos, porque veía el presente desde dos mil quinientos años atrás, y, por consiguiente, como nada actual al espíritu. ¿Os ha ocurrido esto alguna vez? En un catálogo de antiquísimos reinos, he leído el nombre de un tal Actón, que oprimió a su pueblo desde el año 5075 al 5050 antes de Cristo. Nada más se conoce de él y sus súbditos. Sin embargo, o por ello mismo, su nombre me ha hecho pensar en los hombres y mujeres de aquel despotismo, todos con inocencias, maldades, ilusiones, esperanzas y sufrimientos. También he pensado en los enemigos del poderoso, tal vez amantes de la libertad que nunca llegó, o tal vez envidiosos y resentidos pretendientes a otra tiranía; en su esposa, hijos, yernos, nueras y nietos; y, finalmente, en sus generales, ministros, gobernadores, escribas, espías y complacientes sacerdotes, lo cual me ha producido indecible melancolía. Al contemplar el pasado desde el presente, las cuestiones humanas parecen problemas de hormiguero. Pues bien, en mi juventud hubiera podido afirmar algo semejante, aunque invirtiendo el proceso emocional: «He visto el presente desde la lejanía del pasado, porque vivo en el ahora como exilado del entonces, y he sufrido infinita desolación. Todo lo actual me es ajeno».

Ni siquiera los insultantes juicios que los aparentes contemporáneos construían sobre mi persona, podían mover mi ánimo, disponiéndolo hacia la ira y la respuesta agresiva. Podemos valorar las objeciones hechas a nuestro comportamiento, costumbres, usos, conciencia y opiniones; todo ello es objeto de teoría y diálogo. Pero cuando las objeciones se dirigen contra el

carácter y el temperamento, que son el Destino, se convierten en refutaciones, lo cual no podemos admitir siquiera a discusión, pues en el mundo no hay verdades capaces de refutar nuestra interioridad. En buena dialéctica, las objeciones hechas al carácter han de tenerse por no puestas.

Todos los animales, por así expresarlo, poseen su carácter, imposible de reformar sin terminar con la singularidad. Por carácter huye el ciervo, acecha la vulpeja, caza el felino y ríe la hiena; por carácter, los hidalgos quemaron herejes, y limitaron el mundo las grandes razas empeñadas en negar la bondad, la alegría y la belleza de la vida; por carácter, los judíos pidieron milagros, y los griegos, sabiduría. «No te obedezco» —decía Prometeo a Zeus. Y hablaba así por carácter. «No pierdas el carácter» —rogaba una tal Mnemosine a su amante Nicómaco, que abandonó la Lidia, para establecerse en Agrigento de Sicilia, una vez que Darío destruyó Mileto. ¡Bella recomendación! Si Nicómaco hubiera perdido el carácter en el destierro, habría dejado de ser griego y estar en el mundo con significado. Igual cabe decir de mi persona. «¿Qué diferencia hay entre habitar Atenas o el destierro?» —se preguntaba un tal Dicearco de Egina, que salió del Ática tras la derrota naval de Aegos-Potamos, huyendo de Critias y los treinta tiranos. Y respondía: «En Atenas, los sucesos, costumbres y opiniones colaboran con nuestro carácter; y en el destierro, todo conspira contra él». ¡Maravillosa precisión! En el exilio he visto que la sola existencia de los no griegos es ya una conspiración contra los griegos. Resulta condición particular de algunas sustancias no poder coexistir; la presencia de unas hace falsas las otras, de forma que por la sola comparecencia se agreden y refutan; se odian por naturaleza y como guiadas por un instinto anterior a toda realidad mundana; se excluyen por necesidad ideal. A este respecto, Platón hubiera podido afirmar que ciertos odios y antipatías han existido antes que la extensión de los cuerpos. ¡Se trataría, sin duda, de un profundo y bello pensamiento!

COMPARECENCIA DE LO RACIONAL

¡Protestar!, ¡no colaborar!, ¡tentar! He aquí cuanto hizo mi juventud, amén de reflexionar, indagar, amar y proponer el deber ser a la conciencia. Sé que las primeras aficiones no son actitudes ciertamente ciudadanas. Desde Tales de Mileto a Plotino, en casi novecientos años de continua reflexión, ningún filósofo hubiera recomendado a los griegos tal impiedad para con el Estado y los semejantes. Pero yo no era habitante de ningún Estado que me fuera propio, sino viajero en país extraño; tampoco tenía semejantes; vivía entre desconocidos.

Dispuesto Darío a invadir la Grecia continental, para castigar la ayuda que los atenienses habían prestado a la sublevación de los jonios, habló de esta forma a un cierto Ecfanto de Colofón: «Los atenienses son protestones, así en el Asia como en las islas y en su propia república. Nunca están conformes con lo estatuido; quieren rectificar los hechos; desobedecen al rey y no admiten las castas. Entre ellos no hay quien perdure y viva con mando perpetuo». Todo cuanto la Grecia valoraba como virtuoso, bueno y apetecible, resultaba vicioso, malo e insoportable para este rey de esclavos. Otros autócratas y dictadores han pensado igual.

Protestar es hacer comparecer lo racional en todo suceso y momento, siempre enjuiciando desde principios y concluyendo implacablemente, según el método de la lógica. Si admitimos lo dado, y reverenciamos lo establecido, sin más analizar ni pretender, contrariamos la razón y servimos intereses. Por el contrario, si reflexionamos desde opiniones verdaderas, y aplicamos las conclusiones a los hechos, proponiendo nuevas formas de convivencia y justicia, servimos a la razón, que protesta por su sola presencia, y en un griego, por exilado que se encuentre, la razón es el carácter. Después que

protestaron los griegos, protestaron los pueblos de Francia y de Rusia; nadie más ha protestado en la Historia.

Siendo procónsul de Acaya, el hermano del filósofo Séneca, Lucio Anneo Galión, hablaba así: «Por carácter, los griegos enfrentan la razón con el hecho, lo cual, en el mundo de las formas políticas, se llama protesta. Desde que la Grecia usó este método, los gobernantes sabemos que la razón es la gran protestona. Por eso, muchos tiranos pretendieron eliminarla de la Tierra. Sin embargo, los tiranos pasaron, y la razón perduró para protestar y seguir protestando mientras duren las tiranías. Mi experiencia me advierte que la razón y el mando nunca estarán de acuerdo; pero como no soy tirano, tengo a la primera por digna competidora de un buen procónsul». ¡En verdad que Galión era hombre ponderado!

«¡Qué individualidades tan exageradas las de los griegos! Como no les importa participar, no quieren colaborar. Sus ojos observan incesantes; su mala lengua vomita continua; a nadie reverencian; son enemigos de todo noviciado; se ríen de sus propios maestros; carecen de magos a cuenta del Erario; ignoran los libros sagrados y retan al Poder. ¡El Asia les repudia!» — manifestó Darío al mismo Ecfanto.

Como bien antevió Darío, la colaboración implica participación; el que pretende participar, comienza a colaborar. Durante mi vida he visto mendigar a ciertos hombres un instante de colaboración, a fin de poder gozar, siquiera, un momento de participación. También he conocido otros que jamás colaboraron ni pudieron colaborar, por haber nacido dentro de la clase forzada a obedecer y trabajar; en cumplir, sufrir y callar estribó su destino. Yo no fui, naturalmente, de los primeros; jamás sentí necesidad de participar en un mundo extraño a mi sustancia. Pero tampoco fui de los segundos, porque rehusé por voluntad, moviéndome a impulsos de propias antipatías y según mi naturaleza.

«¡No te obedezco!» Tal fue mi postulado, aprendido de Prometeo. Y en verdad que no lo elegí por empeño en contradecir, por soberbia de fatuo, ni por estúpido instinto de absoluta independencia, exageración impropia de los griegos, sino porque, así como algunos animales no se reproducen ni florecen en cautividad, así mi mesmedad no era obediente ni colaboradora entre bárbaros. Muchos de mis aparentes contemporáneos llamaban rebeldía a tal actitud; otros, necedad y desmesura dañosa para mis intereses; y otros, maldad enemiga del espíritu. Yo me entristecía, sabiéndome exilado y lejos de mi patria. Por lo demás, es curioso advertir que, aun hallándome entre bárbaros, no podía sufrir el contemplar la inclemencia del bárbaro hacia el

bárbaro. Allí donde va un griego, comparece la ternura y la simpatía por lo más débil, lo cual se manifestaba en mi espíritu al ver los niños padecer el hado representado por la casta poseedora. Descubriendo el destino confeccionado por el hombre para el hombre, aprendí que la pasión de mandar no hace juicios ni jamás reflexiona: sólo busca el placer de poseer y el placer de disponer.

«Tentándose los unos a los otros, transcurren sus días los griegos. Se tientan en la plaza pública, en los mercados, en los templos, en los cenáculos y en los colegios que llaman democráticos. Tientan al vendedor de rábanos, al zapatero, al arconte y al estratega. Esos charlatanes, los pedagogos y filósofos, siempre indagando, preguntando, considerando, reconsiderando y encarándose con cualquier tradición, uso, costumbre o Poder establecido, son la encarnación misma del espíritu de la tentación. Los odio de todo corazón, y los temo en mi reino, porque nos piden la palabra prestada y la devuelven cambiada» —dijo finalmente Darío a Ecfanto, demostrando ser digno ascendiente de los enemigos de la libre reflexión. Jamás hubo tiranía que amara la filosofía y su necesaria libertad.

Tentar es ofrecer a otro sus propios principios y creencias con diferentes conclusiones, siguiendo las reglas del proceso juicioso. En diferentes palabras: tentar equivale a sacar a la luz las consecuencias implícitas en cualquier proposición sostenida por alguien como postulado de fe y comportamiento. El demonio que tentó a Cristo era un perfecto tentador: «Si en verdad eres el Hijo de Dios, arrójate desde la montaña, que nada te sucederá». Como se ve, la conclusión está dentro de la creencia. También Sócrates fue arquetipo de tentador: partiendo de los apotegmas defendidos por sus interlocutores, los conducía, de juicio en juicio, a conclusiones que no querían o no podían admitir, por contrariar sus propósitos o intereses.

El objeto de la tentación consiste en convencer al tentado de que su proposición principal es falsa, o él mismo un farsante, pues no vive ni obra de acuerdo con ella. El resultado es la confusión. Como la Esfinge se suicidó, cuando Edipo descifró el enigma, se suicidan idealmente muchos tentados, al evidenciarse descubiertos, por lo cual, los tentadores fueron llamados enemigos de la buena conciencia. «¡Qué extravagantes los tentadores! Nos quieren tan puros y sin contradicciones como un juicio bien hecho, pretendiendo que vivamos según los ideales que sustentamos y defenderemos hasta la muerte. Entre sabios, esto se llama exageración» —exclamaba maliciosamente Ptolomeo Lago, que encerró al filósofo Hegesias, por predicar el nihilismo y la muerte.

El que protesta continuamente, el que no colabora y el que tiente, siempre está solo. ¡Dulce soledad de la razón y el deber-ser! En cuanto griego, yo no hubiera podido vivir entre bárbaros sin ejercitar estas inclinaciones, aunque por ello haya sufrido tristezas y males sin cuento.

FRUICIÓN DE PENSAR

«**P**reguntad a la de los ojos glaucos».

Así contestó el Oráculo de Afrodita, en Pafos, a los atenienses que fueron a inquirirle sobre la juventud y su más alto valor. Afrodita difirió la respuesta por considerar que la cuestión correspondía a la diosa Atenea, encarnación de la razón; con ello pareció querer significar que la juventud se caracteriza por la presencia del pensamiento y su fluidez. Según un tal Aristogitón, que iba entre los indagadores, la aparente evasiva de la Chipriota fue una completa respuesta, entre otras cosas, porque siempre que un Oráculo contesta, resuelve. Por lo demás, los atenienses no pudieron preguntar a la diosa del Parthenón, pues la razón no tiene Oráculo.

«Atenea nació de veinte años, lo cual quiere decir que la mente y la norma son condiciones de la juventud, título de la ciudad más gloriosa de cuantas existieron y puedan existir» —decía un cierto Clotón de Epidauro, desde la infancia considerado como ateniense. Y expresaba lo último refiriéndose a la ciudad de Atenas, que, como todo el mundo sabe, recibió su nombre de la diosa, en competición con Poseidón, una vez que Cecrops, hijo de Hefestos, la hubo fundado en el Ática.

Con la juventud nace la fatalidad de pensar y trabar juicios en sistema, la necesidad de decir o comunicar nuestras opiniones, y la inclinación a indagar, o sea, la reflexión gozosa, la tendencia hacia el diálogo y la propensión a investigar la verdad, virtudes típicas del hombre griego. Entre las acciones inocentes y buenas de todos los tiempos, ninguna alcanzó un grado más alto de juventud y entusiasmo que la emprendida por Sócrates y otros atenienses, cuando, como niños, fueron hacia el Oráculo de Apolo, para preguntarle, en competición, quién era el más sabio de los griegos. Nunca el sol contempló un

espectáculo tan grande en su nobleza; nunca, tampoco, conocerán los hombres una historia más bella. El Oráculo dictaminó que Sócrates era el más sabio de la Grecia, y aunque el mendigo disimuló su contento, tengo para mí que jamás fue tan dichoso. Por encima de todos los éxitos y bienes, tanto posibles como imposibles, yo hubiera amado oír del Oráculo esta sentencia: «El más sabio de los griegos eres tú, Asklepios». Imitando los versos que Plutarco cita en la *Vida de Alcibiades*, la mujer en cuyos ojos he visto la Hélade durante siete años, compuso esta leyenda: «Yo, Azenaia, a los dioses, con instancia, suplicaba pasar unida con Asklepios mis días, vida divertida transcurriendo con este hombre tan efímero, el último y más verdadero y claro de los griegos. Mas se fue, me dejó y se alejó primero». Si no habló el Oráculo, por distancia en el tiempo, habló la que tiene ojos glaucos; y si no dijo «el más sabio», dijo «el más verdadero y claro». Nada hay mejor que oír tal cosa en el exilio.

El papel del intelecto, en cuanto comparecencia típica de la juventud, es doble: investigar el ser y proponer el deber-ser. Por la primera actividad, la razón ha de dar cuenta de los hechos y sucesos que constituyen el mundo físico, lógico, biológico y psíquico, evitando el error; por la segunda, ha de buscar y aislar, entre todas las proposiciones posibles, el juicio universal de comportamiento, presentándolo a la conciencia como fatalidad irremediable e ineludible. El que obra contra el juicio así propuesto, obra contra la necesidad universal, y, por consiguiente, actúa como un loco o un malvado. «De dos formas se me reveló en la juventud lo que llamamos razón o intelecto: primeramente, como facultad de enlazar símbolos con significado, al modo matemático y lógico; y después, como capacidad que aísla el principio moral y lo presenta a la voluntad como necesidad. Lo uno se refiere al ser de las cosas, y lo otro, al deber-ser» —decía Hecatón de Rodas.

En el mundo del deber-ser, la experiencia no vale, porque no puede hacer propuestas universales. En efecto: la experiencia, en cuanto acumulación de hechos y sucesos en la conciencia, es un conocimiento contra la razón. Ella nos enseña que lo real no es racional, que nada hay anterior al mundo en las cosas terrenas, y que lo verdadero y lo bueno son abstracciones que jamás movieron al hombre. La nobleza de la juventud estriba en su falta de experiencia o sustitutivo de la razón, segunda naturaleza tan común entre los viejos. El joven se mueve por esquemas racionales, y, por consiguiente, verdaderos y buenos; quiere cuanto el juicio presenta como justo; piensa que la verdad vale más que la mentira; y, en definitiva, se muestra como un hombre en el primer día del mundo, antes que fueran inventados los intereses.

La experiencia refuta a la juventud, así entre griegos como entre bárbaros, y por ello mismo, no ya la vida, sino el propio universo resulta trágico. «Cuando se serenó mi adolescencia, y surgió la necesidad de reflexionar, indagar, enjuiciar con precisión, amar lo particular, dar buen consejo, oponerme a lo injusto, estar con el débil, rehusar lo mundano, favorecer el espíritu y seguir a la razón en todo, nací a la juventud como hombre y como filósofo» —decía Filón de Larisa.

En lenguaje preciso, la irremediable y continuada tendencia a reflexionar se llama actitud teórica, primera entre las inclinaciones de los griegos, y la más inocente y buena del hombre. Ni la miseria ni la intuición de la muerte, con ser males gravísimos, pueden triunfar sobre aquella inclinación. Heraclides Póntico, que enunció el movimiento de rotación de la Tierra, no tenía para comprar el aceite de su candil, y Epicuro murió hablando de filosofía. ¿No es esto asombroso?

Cuando Alejandro alcanzó la India, algunos atenienses de su séquito quisieron conocer la doctrina de los sacerdotes indígenas, que tenían fama de negar la vida, para lo cual se presentaron ante ellos y dijeron:

—Aquí están los griegos.

—¿Quiénes son los griegos? —preguntó el que parecía principal. Y los atenienses contestaron:

—Los griegos somos la espontaneidad teórica.

En ciertos hombres, espontaneidad equivale a necesidad; se piensa y se ama espontáneamente porque no se es libre de dejar de amar y pensar. «La sustancia del sabio es racional. En él nada hay que no provenga de la razón, pues la voluntad nunca es libre de querer lo contrario al juicio correcto» —decía Cleanto de Assos. Yo podría añadir: «La naturaleza de los griegos es teórica. Nada hay en nosotros que no tienda a teorizar».

Llamo teorizar a enjuiciar desde principios y concluir implacablemente; quien rehúsa la teoría es malvado, lo cual tengo por postulado ético. Con esto quiero decir que ante las llamadas cuestiones morales debemos valorar prescindiendo de los intereses y conveniencias, y concluir según la razón. Desde este punto de vista, la verdad ética no es otra cosa que la conclusión alcanzada por el juicio sereno; aún más, es enjuiciar correctamente; obrar el bien equivale a realizar esas conclusiones. De la actitud teórica y su continuo ejercicio nace el amor por lo profundo y bueno, la apacibilidad de carácter y la inclinación por lo justo, virtudes tan vivas entre los griegos. Lo contrario del griego, y del teórico, es el hipócrita, que nunca ejercita el pensamiento ni concluye según la razón: vive en la conveniencia.

Con mi juventud surgió la fruición de pensar y la espontaneidad teórica, en su doble función eidética y ética. Desde muy pronto adquirí las costumbres de enjuiciar los hechos y los sucesos lenta y minuciosamente; dividir los objetos y las cuestiones en tantos elementos como fuera posible; intentar componer nuevamente lo dividido, partiendo de sus partes; rechazar la comodidad de la excepción; y, en fin, concluir según el método de la razón y la verificación de los datos. En lo más profundo de mi ser habitaba la idea de que el pensamiento había sido hecho para pensar profundamente, y por ello no cesaba de buscar el rigor.

¡Comparecencia del pensamiento!, ¡actitud teórica!, me sois irremediables.

EMOCIÓN DEL DESNUDO

I

«¡**E**moción del desnudo, yo te amo!».

Éstas fueron las últimas palabras del historiador Hecateo de Mileto, que viajó por Egipto y Persia, y no halló la gracia y la inocencia del desnudo sino en la Grecia y sus islas, aunque en muchos lugares vio gente en cueros. Hecateo murió fuera de la Hélade, y, según el comentario de los posteriores cristianos, como el más perfecto de los alegres paganos, fama ganada por su última frase. Después de Nicea, los presbíteros se encargaron de hacer desaparecer sus obras, solamente movidos por odio hacia aquella expresión, aunque ellos decían que por ideas platónicas. Las que quedaron en la Biblioteca de Alejandría, fueron destruidas en el año 391, una vez que el obispo Teófilo agitó las turbas.

Cuando el mundo se transmutó cristiano, desapareció la cultura del desnudo. En el siglo VI, un tal Epiménides de Sicione se quejaba así: «En Occidente reinan los bárbaros, y en Oriente, el hieratismo. Ya no hay formas inocentes ni ojos para el desnudo». Y tenía razón. Desde que pereció el milagro de la Grecia, el hombre se separó de los maternales brazos de la Naturaleza, y perdió su inocente inmanencia de animal entre las cosas. Siglos después, al llegar los renacimientos, algunos embriagados quisieron recobrar la antigua disposición, pero nada lograron. El cristianismo es una cultura de hombres vestidos; por eso, cuando los cristianos pretendieron plasmar el desnudo, sólo lograron retratar figuras en cueros.

Siendo el poeta Esquilo huésped del tirano Hierón de Siracusa, a la edad de sesenta y ocho años, fue interrogado sobre qué apreciaba más en el desnudo femenino.

—El rostro —repuso.

—¿Y en la mujer vestida?

—Las formas del cuerpo —contestó.

Con esto, Esquilo quería decir que existen rostros desnudos y rostros vestidos. En efecto: la faz humana puede adquirir la expresión de su desnudo: inocencia, naturaleza de origen, desamparo. Esquilo fue uno de los hombres más grandes, sencillos y modestos de la Grecia. Combatió valerosamente en Salamina y no quiso hacer constar en su epitafio otra gloria que la de haber luchado contra el persa, en defensa de la Hélade y su libertad. Sófocles le llevó luto. Sus palabras, pues, tienen excepcional autoridad. ¿Habéis observado que los desnudos esculpidos o pintados en Occidente poseen cara de estar vestidos? La contradicción es más evidente conforme el artista se revela más imperito y moderno. Así, en nuestros días, el desnudo ni siquiera hace referencia al cuerpo: simboliza simplemente una situación.

Aristarco de Proconesos, que relató soñados viajes por países desconocidos y regiones fabulosas, contaba así: «Cuando llegaba el día de la Gran Orgía, las nudistas se enmascaraban, es decir, se vestían y cubrían con diversos velos, lo cual causaba incesante risa al pueblo. Con esto, nacían deseos obscenos en muchos, porque el vestido desvelaba, paradójicamente, lo que en apariencia pretendía velar. Era gente muy elemental; nada sabía de reflexiones, doctrinas y filosofías; entre los pensadores de la Grecia, no los hubiera habido capaces de enseñarles un juicio y su trabazón; pero, en su simpleza, entendían que la función del vestido no es precisamente tapar el cuerpo, sino transfigurarlos, transmutándolo en otra apariencia. Las Gracias, que tienen ojos violetas, han inspirado al hombre esta inclinación, que se repite y conserva así entre griegos como entre bárbaros y salvajes». ¡Exactas palabras! A mi juicio, mediante el uso del vestido, las clases libres buscaron transformar la figura humana, por afán lúdico y simplemente creador; por el contrario, las clases menos libres sólo gozaron opción de taparse. Cuando en el mundo no haya cultura del vestido ni del desnudo, sino mera tendencia a improvisar un atuendo contra la vergüenza, el frío o el calor, no existirá cultura de ninguna clase.

Es erróneo pensar que los griegos copiaron de la Naturaleza. El artista no copia ni puede copiar: objetiviza una emoción, sosteniendo el instante y haciéndolo perenne. Los desnudos esculpidos por los maestros de la Hélade

no son otra cosa que la objetivización de la emoción producida por la contemplación del cuerpo humano en la estructura del hombre griego. Así como el traje de las Cariátides, de las Horas, de las Musas, de Atenea Parthenós, o de las habitantes de Zazyntos, que hoy nos llenan de envidia, fueron invención de la Grecia, como fácilmente se advierte, así lo fue el desnudo de Afrodita. «Dime, Asklepios: ¿En qué isla se inventó el desnudo? ¿Fue en Creta? ¿Fue en Rodas? ¿Fue en Andros? ¿Fue en Tecnos? ¿Fue en Paros? ¿Fue en Melos? ¿Fue en Lesbos?» —me preguntaba durante el período jonio la castaña Egle. Y hablaba así por entender que el desnudo no era un hecho, como la piedra y el animal, sino un suceso, como los templos y la filosofía, según había enseñado Anaximandro de Mileto, ciudad de donde procedía la muchacha.

«El arte griego es la asunción y glorificación del mundo a través del desnudo. Nada puede impresionar tanto la retina, la imaginación y la conciencia de un ser bien dispuesto como el contemplar ese milagro de formas inocentes, actitudes naturales, continuidad indecible, trance a punto, estar bellamente, comparecer biológico, destino, severidad que incita y presencia que contagia. ¡Qué titanes los griegos! Frente a la gloria de ir desnudo, inventada por Grecia, el Greco pintó la miseria de ir vestido con carne y trapos para la tumba, como si el esqueleto fuera el verdadero ser del hombre; y nuestro tiempo, la miseria de ir en cueros» —razonaba la persona por cuyos ojos he visto la Hélade durante siete años. Yo agregó: ¿Habéis contemplado ese desnudo de muchacha que toca la flauta en el relieve del llamado trono Ludovisi? Jamás la emoción y pericia del hombre llegaron más cerca del origen: jamás el sentir estético creó una expresión del mundo tan lozana, terrena en su frescura, conmovedora, confiada y joven; jamás se hizo comparecer entre nosotros un ser tan complacido en sí mismo, inmanente, continuo, absorto en su noble animalidad; jamás se pergeñó una concepción tan bella de la criatura. Semejante estado de ánimo no volverá a darse en la Tierra.

«Aquí estoy, nacida» —decían las chipriotas, al salir del mar, celebrando la representación del nacimiento de Afrodita. Con estas mismas palabras parece hablar el desnudo griego, como si viniera del más allá, lo cual es cierto en opinión de un tal Ion de Patmos, que así manifestaba en el siglo IV de la presente era: «El desnudo viene del allá, y con el allá nos conexas en indecible continuidad. Cuando contemplo, admirado, una muchacha desnuda, no sé decir donde acaba la inocencia y comienza el cinismo. Todo parece una misma cosa, por cuya causa dudo si hablar de la inocencia del cinismo o del

cinismo de la inocencia. En el Hades, o Infierno, donde los seres viven desnudos y reina la gran comunicación, no se distingue entre ambas presencias».

II

Durante la infancia no hay desnudo. El niño es un ser en cueros; su cuerpo carece de formas contundentes; es como un tallo, como un junco, como un árbol frutal. «He visto un grupo de niños bañándose en el río Eurotas, muy de mañana, y me ha parecido contemplar una golfería. ¡Qué diferencia entre ellos y las muchachas desnudas que admiré en Citerea!» —decía el dramaturgo Sofrón. Por su parte, Helénicos de Mitilene, que relató la guerra de Troya, la historia de Lesbos, y estuvo en África, habla así: «Lo más desagradable y feo del África son las manadas de niños en cueros, sucios, macrocéfalos y panzudos, que rodean al viajero en todas las aldeas. Parecen animálculos cuyas estampas hubiesen de tomarse a chanza. Nunca vi al hombre tan rebajado». Los griegos apenas se preocuparon de esculpir desnudos infantiles, por lo menos en cuanto personales; excepcionalmente, los romanos lograron pergeñar rostros nobilísimos, como el del niño Augusto César. El arte de la escultura infantil es muy difícil; puede caer en la expresión de lo simplemente gracioso, regocijante, bonito. «La figura humana sólo debe ser esculpida a partir de los doce años» —decía Lisipo.

La escultura es la plasmación del destino advertido por el artista en el hombre, y antes de alcanzar la juventud, nadie tiene destino, si se hace excepción de los dioses. El rey Arquelao de Macedonia pedía un artista capaz de hallar y objetivizar su destino en la piedra: «Necesito ver mi rostro y saber quién soy, lo cual no me muestra ni enseña ningún espejo» —manifestó al pintor Zeuxis, decorador de su palacio. Un cierto Deiocos de Corinto, escultor helenístico, recibió el encargo de plasmar la figura de una muchacha llamada Aglae, como la primera de las Gracias. Para ayudarse en la concepción, o movido por simple humor, Deiocos, hombre bondadoso, preguntó a la interesada qué destino creía encarnar. «Mi destino es comparecer desnuda» —repuso la muchacha, con lo cual vio muy claro Deiocos.

Conviene hacer notar que el destino no es la Naturaleza, ni se investiga en ella. Por el contrario, se trata de algo que ha de hallar la intuición del artista más allá de las cosas. Advertir la desnudez, en cuanto destino, es excepcional hallazgo, sólo logrado por los griegos. Ellos llegaron a esculpir las formas

más originarias, tanto por la espontaneidad de la carne como por la inmanente actitud. Los artistas helenos no poseían mejores modelos que los modernos, pero sí una disposición diferente. Por otra parte, el desnudo nada tiene que ver con la perfección o proporcionada armonía de las formas; es una presencia mística y biológica, por así decirlo, no arquitectónica; en su interioridad anida el patetismo. Contra la opinión de muchos, sostengo que el desnudo no pertenece al reino de Apolo, de las Tres Hermanas, las Gracias, ni de la clara Atenea, sino a los de Dionisos y Hécate, la de los Infiernos. Es el origen y el transmundo intuido.

Durante la adolescencia, el desnudo es una entidad tímida y más bien torpe, descamada. El cuerpo adolescente carece de dignidad; es desarrollo, dibujo que se configura. Allí no existe todavía destino, y, por consiguiente, tragedia y responsabilidad. Las altas caderas de la adolescente y su leve pecho, que tanto me maravillaban antes de la juventud, me recuerdan hoy las ninfas de ciertos insectos, donde nada hay adulto y que merezca valorarse como suceso. «De las adolescentes a las mujeres, ¡qué diferencia! Las unas se sientan con los muslos abiertos, como las he visto en Lacedemonia, en la Beocia y en Tesalia, siendo pedagogo de alumnas, mientras que las otras los juntan por instinto o naturaleza. En esto, que algunos llaman recato, y otros, consciencia de sí, estriba la gracia y la dignidad del desnudo» —decía el socrático Anniceris, que rescató a Platón del mercado de esclavos de Egina. Por último, Ion de Quíos, amigo de Sófocles, manifestaba: «Banal. He aquí la palabra conveniente para el desnudo de la adolescente. Por mucho que me esfuerce, nada importante encuentro en su cuerpo, sino muslos delgados o gruesos, piernas esbeltas o torcidas, brazos largos o cortos, mamas pequeñas o desarrolladas, espaldas curvadas o rectas. La adolescente recuerda un conjunto de partes enlazadas, nunca un significado. Frente a ella, la mujer muestra un ser altamente responsable y trágico, que teme exhibir su destino».

Durante la juventud, el desnudo aparece como un alto valor formal y emocional. Sólo la joven es un ser desnudo, no en cueros, y sólo el que tiene juventud es capaz de experimentar ante ello un sentir particular, porque la contemplación del desnudo no depende de los ojos, sino de la estructura emocional: es algo que reside en nosotros mismos. Eróstrato, que quemó el templo de Artemisa en Éfeso, para inmortalizarse con la fama de un gran crimen, escribía: «¡Qué extraños sucesos! Antes de cumplir los veinticinco años, no conocía la emoción y responsabilidad del desnudo, por lo cual era una caricatura de hombre y un aprendiz de griego. Me bañaba con las muchachas élidias, en el río Alfeo, y, como imbecil, sólo pensaba en competir

en los juegos. No tenía capacidad de contemplar ni esquemas para recibir la figura». Siendo nonagenario, confesaba Sófocles: «Sólo por costumbre admitida entre los griegos contemplo y admiro las mujeres desnudas. Este espectáculo memora sensaciones en mi interioridad, pero nada originario aporta a mi conciencia. Como no soy joven, ya no siento la emoción del desnudo». Luego, añadía: «El viejo goza de la mujer por el recuerdo de la mujer, cuya presencia hace retornar las impresiones acumuladas por la disposición de otra edad».

Estesícoro de Himera, colocado por los gramáticos alejandrinos entre los nueve líricos clásicos, narró de esta forma sus juveniles impresiones ante el desnudo: «Cuando los dedos de la Aurora tocan mi ventana, su pálido aliento llega hasta mi escondido lecho, y, de entre la leve luz, veo surgir la desnudez de mi amada, como inesperado regalo de la huidiza y misteriosa noche, me siento unido a un profundo origen». Nicostratos, el poeta que se arrojó desde el promontorio de la isla Leucade, como ya dije, cantaba a su vez: «Oíd, musas. Quiero hablar del temblor de la noche en que me esperaba secretamente la castaña Onfale, hija del calderero, en Naxos. Quiero hablar de las sombras que confundían las formas silenciosas de todas las plantas y cosas. Quiero hablar de los olores aspirados en el camino, junto al mar quedo. Quiero hablar de la gran simpatía que los seres muestran hacia el que va conducido de su dulce deseo; quiero hablar de la valerosa muchacha, cómplice de sí misma; quiero hablar de la novedad, refugio y sosiego de la alcoba; y, finalmente, quiero hablar, inspiradas musas, de la emoción del desnudo, cuyo solo recuerdo llena el ser de inmortales aspiraciones». Por alguna razón, o por ninguna, Nicostratos, hombre arbitrario y versátil, como se deduce de su vida, quemó este poema. Yo lo conocí por boca de la propia Onfale, que me lo recitó siendo ya vieja. El calderero había muerto muchos años atrás, sin descubrir la aventura de su hija.

Algunos sostienen que la emoción del desnudo no es otra cosa que una visión de la interioridad del ser, cuya presencia nos conmueve, y, por contagio o simpatía, desvela, a su vez, nuestra alma. Desde este punto de vista, el desnudo sería como la verdad, figura originaria, y, por consiguiente, siempre descarada. Los majaderos, los fatuos, los gansos, los estúpidos y los insignificantes carecen de verdad o interioridad; por consiguiente, no pueden ver el desnudo. Antes de cumplir los veinticinco años, aquel Eróstrato ya citado era un majadero, como confesó él mismo. Muchos continúan siéndolo durante toda la vida; nunca alcanzan la juventud ni otra edad perfecta. En doctrina parecida a estas especulaciones, algunos platónicos afirmaban que en

el desnudo descubrimos algo ya visto en otro mundo anterior: el alma en su origen. «El desnudo fue antes que el cuerpo» —decía un tal Soolonte de Orcomedes. El también platónico Alcibiades de Tirinto, escribía: «Al contemplar el desnudo de mi amada Climene, tan estremecido y embargado por un miedo propio; tan difuso, modesto y tímido; tan verdadero y solo; tan arrebatado por el imperio de lo misterioso, he sentido en mi conciencia la profunda evidencia de ser criatura de un Creador lejano, aunque siempre presente. Durante la larga noche y su silencio, el cuerpo de Climene me ha hablado de la Divinidad con razones que no son de razón. Por él he visto la distancia que hay entre las estrellas, la luz de otros planetas, el suceder del tiempo, la lluvia que humedece y fecunda lejanos astros, y tormentas sin fin en los infinitos espacios. Finalmente, por él he conocido la emoción inacabable que habita en Dios, en cuyo corazón, por así decirlo, no existe un instante de hastío, y la calma sin origen de la bella eternidad. Climene, amada mía, ¡cómo me hiciste filósofo en Cartago!».

Se ve que este Alcibiades conoció el desnudo de Climene en la ciudad de Cartago, rival de Roma. Por lo demás, aquel espíritu concienzudo y sistemático jamás olvidó a su amada; antes bien, siempre la llevó en el corazón. Al parecer, Climene era una de esas excepcionales mujeres que nos hacen amar y pensar, lo cual es doble felicidad para una vocación de filósofo. Corroborando todas las tesis platónicas, el mismo Alcibiades exclamaba en otra ocasión: «Viendo el cuerpo de Climene, así desuncido de toda ropa y costumbres, como recién venido del origen, he sentido llegar a mi conciencia el recuerdo de una experiencia en otra parte del universo. Creo, ciertamente, haber vivido el desnudo de mi amada en la región de las ideas». ¡Estremecedora afirmación! Cuando nos oprime la tiranía, o sufrimos el poder del majadero engrandecido, no experimentamos la sensación de haber padecido la misma injusticia en otro mundo; pero sí cuando contemplamos con amor el desnudo cercano, lo cual quiere decir que éste, como las ideas y los sentires, pertenece al reino de la Verdad, según expresé anteriormente. Por el contrario, la tiranía y el majadero, como el Poder Político y los hechos, pertenecen al reino de la Realidad, para el cual carece de predisposición el alma originaria.

¡Emoción del desnudo habida en mi juventud!, rostro inmanente y temeroso de la verdad, huida del ser hacia el origen, disposición mística, comparecencia del destino, yo te amo.

AMOR REFERIDO

I

Al tratar de la adolescencia, hablé del amor deferido o sin causa, cuya manifestación principal se llama ternura. Esta clase de inclinación universal hacia todas las cosas y seres existentes es irreprimible en el sabio; una vez aparecida, perdura con fatalidad, como la tendencia hacia la verdad y la adhesión al recto juicio; pero su origen está en la adolescencia, que por ella se prolonga dignamente en el hombre. «Tres afecciones son naturaleza entre los griegos: el espíritu necesariamente libre, la razón a punto y el amor hacia lo inferior y más débil» —decía Temístocles a los persas, refutando, de paso, a los futuros sofistas.

Junto al amor universal, o sin causa, existe, empero, otro amor particular, referido o estimulado por un ser concreto, que transforma la inclinación general en acaecimiento singular. Todos los hombres, si no son malvados, aman por naturaleza; amar es un suceso; pero amar a una persona determinada, un acontecimiento. Pensar en juicios trabados es también un suceso; mas pensar los *Elementos de Geometría* un acontecimiento. «Zeus Olímpico no fue acaecimiento en la Tierra hasta que Fidias lo esculpió, y lo transmutó historia o cultura; antes era principio general y ser común. Tampoco el amor fue historia en mí hasta que en la pequeña Cirene descubrí lo particular» —decía un cierto Atamantes de Tebas.

Podemos definir el amor referido como la emoción del ser ante la presencia del ser en cuanto acontecimiento, es decir, en cuanto una tal

persona inequívoca. Por el amor deferido, o universal, nos inclinamos hacia el ser, y por el referido, hacia la persona.

El amor del adolescente es como el contenido de una proposición de carácter general. El muchacho puede sustituir la mujer por la mujer, y un amar por otro amar; pero no el hombre, porque lo particular no se repite ni tiene sustitución; la persona no es común. Conforme el individuo prolonga su adolescencia sin rectificar, conserva la capacidad de amar diversas mujeres, o la mujer en general. Muchos seductores son ejemplos de este talante. Se trata de individuos megalómanos, confusos, brillantes y generalmente insoportables, que se valoran delectación de la Divinidad; si trascienden su oficio, hablan o escriben para justificarse.

El amor referido nace con la juventud; antes, el hombre es incapaz de descubrir lo singular, y, por consiguiente, la persona. «Si me lo propusiera, Liriope, podría amar la forma de tu magnífica criatura, la dispersión fecunda de tus encantos, la gracia increada de tu figura, tu mirada clara, tu andar sin ruido, tu traza flexible y el ímpetu que a tus ojos asoma cuando te irritas; todo ello ha sido advertido por mis sentidos. Pero yo estoy preso de algo invisible: el acaecimiento de tu persona» —decía un tal Polimnestor. Por su parte, Aristipo de Cirene hablaba así: «Al amarte, Metanira, realizo lo imprevisto, dando en ti cuenta del mundo, como si construyera una teoría». Nunca hubo una declaración más precisa. Finalmente, el famoso Baquílides, sobrino de Simónides de Ceos, se expresaba como dice: «Tu amor constante y cierto me fabrica. Si dejaras de amarme, dejaría de ser, Nausícaa».

El enamorado ve en su amada una excepción insustituible; y así es, en efecto, pues lo singular no puede relevarse. Por el hecho de amar, él también se convierte en excepción de sí mismo, pues abandona el suceso para devenir acontecimiento, como expresó muy bien el famoso Pirítoo, cuando en sus bodas brindó de esta manera: «Deidamia es una excepción en el universo, y, por amarla, yo me transformo en excepción de mí mismo». Cuando Teseo realizó su expedición contra las amazonas, un tal Soolonte, que le acompañaba, se prendó de la indígena Antíope, cuyo constante y fiero desdén provocó el suicidio del ateniense. Soolonte se hallaba entre cientos de mujeres bien dispuestas hacia los griegos; sin embargo, sólo una lo evidenció excepción. Antíope resultó insustituible, y el enamorado prefirió la muerte a vivir como esbozo, caricatura o sucedáneo; frente a su ejemplo, Teseo parece un perpetuo adolescente y un espíritu irresponsable.

Al tiempo que la amada nos transforma en excepción, se convierte en testigo de la misma. Los ojos del mundo, de los dioses y de la posteridad, tan

querida por un griego, están personificados en ella, cuya figura da cuenta de nosotros. «Si Clicia no existiera, o muriera, inesperadamente, ¿quién me vería?, ¿quién me oiría?, ¿quién daría testimonio de mi vida? Si Clicia no existiera, o la arrebatara un dios, yo no querría que me sucediera nada alegre ni triste, pues no tendría a quien contarlo. Si Clicia no existiera, o me olvidara, pensar, contemplar, hacer o poseer este o aquel talante, carecería de sentido» —decía un tal Idomeneo de Naxos. Por lo demás, otro habitante de la misma isla, llamado Podarces, escribía así: «En la extensión del Asia, en la península y en las islas, en la polis, en el ágora y en los templos, los hombres e instituciones se empeñan en transmutarme falso. Sólo Iole me hace verdadero, por lo cual, cuando estoy ausente de ella, devengo caricatura de mí mismo y de griego».

En otra ocasión he dicho que dentro del recto proceso juicioso existe una necesidad lógica, por ello unas proposiciones han de ser referidas a otras, donde se apoyan, y éstas a unas terceras, hasta hallar un límite que no puede ser referido a nada, porque en sí mismo resulta evidente o demostrado. A veces no existe dicho límite, y entonces se crea o se supone; esto se llama convención. Tal es el procedimiento de la matemática y de la ciencia física en general.

Sin evidencia o convenciones, no se puede pensar en sistema. Para algunos, la referencia o convención límite del proceso juicioso consiste en admitir nuestra propia existencia; para otros, la existencia de las ideas; para otros, la existencia del mundo; para otros, la existencia del lenguaje, etcétera. Pues bien: para el verdadero enamorado, la amada es referencia límite de todos sus actos, que se justifican, sucesivamente, unos en otros, y todos en ella. Nace así una convención llamada emocional, ya que ni resulta evidente ni puede ser demostrada por la razón. «Por convención sostuvo Euclides que por un punto sólo pasa una paralela a una recta, y esto valió como postulado de su geometría. Por convención sostengo yo que Licenión, mi amada, es el signo límite de mi estar y obrar en el mundo, lo cual me sirve para construir mi vida según un sistema» —decía un tal Tíndaro de Éfeso.

¡Amor referido!, realización de lo imprevisto, encarnación del acontecimiento, hallazgo de lo particular, encuentro de la persona, acaecimiento insustituible, excepción y su testimonio, referencia constante, emoción vivificadora, yo te amo, porque representas la juventud y su verdadera condición.

II

«No sabes hablar de amor; lo razones demasiado».

Así decía a Leucipo, el atomista, una tal Deifobea. Luego, agregaba con encantadora precisión: «Desde que el mundo es mundo, ¿qué habéis hecho todos los reflexivos y teorizantes? Sencillamente, tratar de penetrar el universo. La teoría os fue siempre irremediable, porque mediante ella creísteis inventar sucesos, cuando, en realidad, éstos existieron y ocurrieron sin vuestro consentimiento. Es ley que la explicación resulte posterior al hecho. Por mi parte, confieso estar más interesada por los sucesos que por las ideas; no quiero un amor simplemente pensado, sino vivido, aun sin razones; busco la persona». Por último, concluía con esta maravillosa queja: «No enjuicies más tu amor, y corre hacia mí, Leucipo; deja la isla; mira que muero de insatisfacciones». No sabemos si Leucipo fue hacia Deifobea o quedó en la isla, razonando su amor. A veces, para un griego, la filosofía poseyó brazos tan aduladores como la mujer, y, siempre, una actitud más sumisa.

¿Sabré hablar de mi amor? ¿Lo razonaré en demasía? Atenea, sosegada presencia, ya que nunca me has abandonado, ayúdame mientras investigo y escribo estas importantes cosas.

¿Quién podría ser la persona capaz de estimular amor referido en un griego exilado de su patria y separado de ella por el irreversible suceder del tiempo? Sin duda, alguien cuya presencia hiciera comparecer en mi ánimo la Grecia, bien por identificación con sus formas, como una habitante de Citerea, o bien por contraste, a la manera de una hija de Egipto. «Ya por los distintos y claros espacios entre sus formas, la luz propia de los ojos autóctonos, la inocencia del porte y el halo de origen que las inunda; o ya por el misterio, absorto en sí, y la irrenunciable entrega a una nostalgia, me transportan las mujeres a la Hélade. Las primeras, como nacidas en Asia Menor, la península o sus islas; y las segundas, como aparecidas en el lejano Egipto» —decía el viajero Carneades de Corinto.

Movido por amor universal, o deferido, en cuanto emoción aportada por la pasada edad, mi corazón se inclinaba, al comenzar la juventud, hacia todos los seres, tanto griegos como no griegos, pues en el ser no existe estirpe. Pero el amor referido no podía surgir en mi ánimo sino como presente de un trozo de la Grecia, ya bajo la figura de mujer helena, ya bajo la apariencia egipcia, o ya bajo la sinopsis y resumen de ambas. Si la amada resulta acaecimiento,

excepción, testigo y referencia de nuestros actos, mi acontecimiento, mi excepción, mi testigo y mi referencia tenían que ser de sustancia griega. Por extraño, increíble y milagroso que parezca, esta sustancia apareció un día en la modernidad, bajo el nombre de Azenaia, y fue a venir donde yo estaba. Cualquiera comprenderá que para un hombre absolutamente desarraigado y sin lugar donde poner los ojos con alegría, para un corazón extraño al mundo que lo rodeaba, para un griego exilado entre bárbaros, este suceso tuvo que ser maravilloso; en suma, el único acontecimiento de su existencia.

Conocí a Azenaia cuando yo contaba veintiocho años, y ella veintidós. La edad era perfecta en ambos, y tan proporcionada como las medidas de Lisipo. Mi adolescencia estaba serenada y rectificada por la razón; lo universal, propuesto por el intelecto, reinaba en mi conciencia; me hallaba sosegado; sabía enjuiciar desde principios; amaba lo verdadero y carecía de vocación mundana. Mas, como he dicho, todavía no había descubierto lo particular; la persona no habitaba mi corazón, ni mi estructura conocía la emoción de su presencia. Fue Azenaia quien, compareciendo con significado en el mundo, trajo a mi ser el significado de lo particular, lo cual, una vez descubierto, nos enlaza y traba para siempre. Frente a la presencia de lo singular, lo universal resulta puro mecanismo; el arte y la emoción son más bellos que la razón. Muchas cosas aman y pueden amar los hombres; incluso, a veces, locamente, el honor, la guerra o el poder. Pero nada existe más amoroso que el amor con que nos ata la persona. Según me contó el poeta Cercides de Nicea, cuando Dionisos andaba por la Tierra, se declaró de esta manera a la hija de Icarío: «Mis entrañas se alegran, mis huesos se ríen, y mi corazón salta como un niño en una pradera, cuando mis ojos te ven, Erigona». No es extraño que Dionisos hablara tan modesta y sinceramente, porque fue un dios sencillo y lleno de bondad.

III

Podemos narrar el amor, como una historia, pero no describirlo. El más sistemático de los pensadores griegos nada hubiera logrado enseñar sobre la cuestión a un hombre carente de estructura emocional. Cuando usamos la palabra amor, apelamos a la experiencia de quienes nos escuchan, y, en cierta forma, le hablamos de lo que ya conoce, aunque, al trabar juicios, le ayudemos a recordar e investigar. Igual sucede con todos los sentimientos nacidos en la interioridad.

Así, pues, renunciaré a describir la emoción y el suceso de mi amor. Sólo diré que un día descubrí repentinamente la figura de Azenaia, me acerqué como guiado por el destino, y vi en sus ojos la Hélade y las costas de la Hélade, mi patria y sus formas. ¿Tendría que añadir algo más? Aquellos ojos glaucos contenían toda la Grecia en luz y figuras, medidas y ánimo. Asomándome a ellos, contemplé, maravillado, campiñas y templos, pescadores proponiendo enigmas a Homero, el busto de Atenea, la libido que piensa, el tranquilo entusiasmo, las tumbas de las amazonas, el furor de las ménades, la bondad de carácter, la teoría, la reflexión trabada en perfectos juicios, la melancolía de los olivos, la alegría sin causa, el consejo preciso, la libertad de la polis, la concordia de la Naturaleza, el éxtasis, la continuidad con el transmundo, el sagrado arrebató, la vehemencia serena, la inmanencia constante, el Destino, la infancia de Demócrito, la juventud de Plutarco, los juegos ístmicos, el peán de la victoria, las fiestas panateneas, el ser confiado, la gran multiplicidad de lo vivo y la tristeza ante la muerte. ¿Podría contemplar más?

—¡Azenaia!

—¡Asklepios!

Su voz sonó continua y discontinua a un tiempo; parecía el origen que sucedió al silencio del origen. En seguida comenzamos a dialogar, como si diéramos en proseguir una conversación ha poco interrumpida. Fue milagro la acomodación repentina de las ideas y el vocabulario común; parecía que hubiéramos establecido en otro mundo una convención sobre el significado de los signos. Con resultar todo increíble, ésta era su demostración, todavía más increíble. Hablando y hablando, aparté mi mirada de sus ojos, para ponerla sobre el rostro, donde, en insospechada maravilla, descubrí el Egipto y su misterio. Tenía, en efecto, Azenaia la Hélade en los ojos, y el Egipto en la carne: su tez oscura venía de muy lejos, y delataba su bello origen animal. Su figura parecía encarnar las siguientes palabras del ya citado Carneades de Corinto: «Todos conocemos la gran diferencia entre las griegas y las egipcias, tanto por el color de la piel como por la estructura corporal y el firmamento de los ojos. Sin embargo, desde Homero sabemos que no existe contradicción entre ellas; sus verdades no se retan. El ensimismado enigma de la egipcia, que nada quiere ni pretende fuera de sí misma, no refuta la claridad de la griega, cuya condición tampoco objeta la oscuridad del misterio. Por unas y otras mujeres, la Grecia es una totalidad con sentido».

Cuando acabamos de hablar, habían transcurrido cinco horas. Entonces, ella, con la mirada brillante y todo su bello ánimo en disposición, dijo estas

palabras:

—Eres el último y más verdadero y claro entre los griegos.

Si se expresó como griega, según sus ojos, o como egipcia, según su carne, ha de quedar en el misterio. Sólo diré que desde aquel momento tuve un semejante en el mundo, y, aun siendo exilado, mi patria ante la vista. El gran acaecimiento, la referencia de mis actos y el constante testigo, acababa de aparecer. Por eso, a partir de entonces repetí y repito incesante las palabras de Dionisos a Erigona: «Mis entrañas se alegran, mis huesos se ríen, y mi corazón salta como un niño en una pradera, cuando mis ojos te ven».

EPÍLOGO

I

A cabo de escribir estas difíciles páginas, y estoy oyendo el viento en su continuo transcurrir por entre los pinos. Mi habitación es amplia y limpia, nueva y bien acondicionada. Aquí nadie me habla ni dice cosa, excepto las palabras que el servicio de un huésped requiere.

El presente verano está pasando y cayendo, como tantos otros desde que la Tierra gira sin hombres y con hombres. El trigo fue segado; las viñas se hallan a punto; a muchos insectos, nacidos en la estación, llegó el límite de la vida; otros ya murieron y quedaron sobre los zarzales con el cuerpo reseco y las patas hacia arriba; sus huevos yacen sobre la tierra; un día surgirán las larvas alegres y dispuestas. La empresa de los animales consiste en hacer que siga el animal existiendo.

De vez en cuando oigo las voces de los niños que por aquí viven; veo sus figuras. Desde que apareció el hombre sobre el planeta, la estampa de los niños es bien conocida; su murmullo resulta universal. También veo algunas muchachas de grandes ojos asustados; parecen animales incipientes y desgarrados, temerosos del mundo. Por último, veo hombres y mujeres jóvenes, maduros y viejos. Todo esto inunda mi ánimo de melancolía.

¿Dónde estás, tiempo pasado? ¿Dónde estás, sol de la Hélade? Mis pupilas guardan la luz que iluminaba a las muchachas cuando subían a la Acrópolis preñadas. ¡Cuántos ingeniosos malhablados, incordiantes, embusteros, vanidosos, extravagantes, embaucadores, inquietos parlanchines,

histriones demagogos, comediantes y cínicos parieron! Cada griego fue un Ulises, y jamás un Aquiles, aunque también hubo muchos Herakles, siempre tan testarudo y simple como un predestinado a santo. Yo sé que, de habitar visible y uno entre vosotros, mil veces me hubierais desterrado, o, en todo caso, me habríais invitado a callar y no ser inmodesto. Pero os amo con toda mi fuerza, vulpejas y leones que hicisteis imposible la vida del sensato.

¡Cuánto habéis mentido!, ¡y cómo habéis llenado el Universo de vuestras dulces mentiras! Con la mentira en los labios se preña a la mujer, y luego nace el niño, que es una verdad. Así habéis hecho con la Historia: engendrarle verdades, mintiéndole. Pues mentira es la grandeza de Sócrates; mentira, vuestra serenidad; mentira, los tontos amores de Zeus, el más fiel y honesto de los dioses; mentira, aquél solo pecho de las amazonas; mentira, la noción de sustancia que dio Aristóteles; mentira, la estúpida existencia de Esparta, modelo para no menos estúpidos dictadores; mentira, el millón de soldados que, contra vosotros, hizo Darío pasar el Helesponto; mentira, vuestras milagrosas victorias sobre los persas, apenas excursionistas; y mentira, por último, vuestra noble lucha por la independencia de toda la Grecia, pues, una vez retirado el persa, ya estabais divididos por múltiples envidias, y Temístocles, sirviendo al Gran Rey.

Las estrellas que iluminaron vuestras noches siguen en el firmamento, porque, comparada con la vida del hombre, la Naturaleza es casi eterna. Pero ya es tarde para volver con vosotros, pues estamos separados por el fluir implacable del Tiempo y la obra de la Muerte.

¡Qué melancolía y tristeza siento hoy de mí y de vosotros, hallándome, como me hallo, inexorablemente aislado y solo, nunca creído, siempre mal enjuiciado, entre gentes sin lenguaje, definitivamente exilado de mi patria!

Por lo demás, me encuentro en esa edad en que comienza a valorarse la juventud, porque se la siente huir y despegarse, lo cual ocurre, en opinión de algunos, a los treinta y cuatro años, y, en opinión de otros, antes. Así como me veo, apartado de todas las cosas, aislado en este retiro, me entrego a recordar las sensaciones, emociones, deseos y pensamientos habidos durante la niñez, la adolescencia y la mocedad, según los he narrado, y me desespero, porque sé que no se repetirán. Nada queda, por inocente, bueno y bello que parezca; la existencia es una constante mudanza.

Hace siete años que vi mi patria en los ojos de Azenaia, como ya he contado; desde entonces, mi vida ha transcurrido absorta en ellos, olvidada de su condición de exilada. Pero acaecimientos irremediables han apartado esos ojos de mi contemplación, por lo cual he vuelto a la infinita soledad. Intuyo

sucesos muy dolorosos; presiento que jamás gozaré de la alegría; padezco una melancolía sin límite. Mientras la viveza de la carne y la gran juventud habitaron mi ser, el exilio me fue tolerable. Mas ahora, que siento desfallecer mi disposición, y me encuentro separado de aquellos ojos, esta época, tan extraña a un griego, me resulta insufrible, tanto en las multitudes como en los maestros de las multitudes y sus discípulos. Entre esas estructuras de lamas y novicios, no puedo, no quiero seguir viviendo. Pero tampoco quiero morir y ser nada; un griego no debe suicidarse sino en su patria, y mi patria está en el pasado.

Siendo hombre maduro, Anaxímenes, el filósofo, cayó a un hondo pozo; luego contó la terrible sensación que había experimentado al convencerse de que desde allí no podía comunicarse con los demás, aunque sabía que éstos hablaban de su persona. En el indecible olvido de estas horas vio Anaxímenes la estampa de la muerte. «De repente, todo cuanto constituía mi vida, el constante amor hacia determinados seres, mis obras inconclusas, mis pensamientos y esperanzas, mis alegrías y temores, yo mismo, quedaron como en un mundo de sueños. También me parecía haber soñado la voluntad y los sentimientos, las figuras, actitudes y voces de los hombres. Desde el mundo del no existir, el existir aparece suceso absolutamente inocente e ingenuo, cuyo recuerdo hace llorar a los muertos».

En los últimos meses he sentido intuición de la muerte, hecho sordo, material e insensible, que nos separa brutalmente de lo vivo, como el pozo de Anaxímenes. Entonces me he preguntado para qué me servirá todo cuanto he amado, reflexionado y deseado, las inclinaciones que he seguido y el afecto que he puesto en tantas cosas y seres. Veo el morir como un acto cruel y estúpido, carente de valor. A la manera del soldado romano que acabó con Arquímedes en Sicilia, la muerte rompe de un golpe la inocencia de nuestra vida. En la estampa de Arquímedes, la Hélade fue decapitada por la barbarie romana; en la estampa de nuestro morir, todo lo bello y bueno, el resultado de un largo esfuerzo, el acaecimiento, es también aplastado por la barbarie fisiológica.

Espacios y templos donde un día moró lo vivo y lo profundo, lo inteligente, son hoy ruinas habitadas por insectos. La Hélade y su jovialidad, la facultad de quimera, la capacidad de candor y la alegría sin origen terminarán conmigo. No voy a buscar la muerte, como he dicho antes; pero sí a dejar transcurrir los años que la Divinidad me conceda, sin pretender, querer ni hacer nada; sin protestar, sin incordiar y sin tentar; sin desear ni esperar.

Me someteré al Hado, y no haré de ello un acaecimiento; ni le resistiré ni le seguiré con entusiasmo; tampoco le maldeciré.

Esquilo, con ser tan terrible, se hubiera resistido a soñar un destino tal para el último de los griegos.

II

ASKLEPIOS EN DELFOS

*Éstas son las palabras
del hombre tranquilo,
que clarificó su mente
por iluminación del dios.*

*Egle^[1], la del Istmo,
apresó mi instinto,
hace quince años,
larga extensión
en la existencia terrena.
Quince veces vino junto a mí
en la profunda noche,
y cinco mil cuatrocientas
soñé, pensé y esperé
su tangible figura,
como la idea el hecho,
y lo increado el acto.*

*Mas Egle, la del Istmo,
siempre aplaza,
es responsable,
tiene obligaciones,
ama deberes,
posee dignidad,
vive compromisos
y está rodeada
por el cerco de este mundo.*

*Egle, la del Istmo,
ama la tragedia:
ser protagonista
del suceso contradictorio;
complácese en dolores
y goza de la renuncia.
Espectador de sí misma,
a sí misma absuelve
o condena, juez y reo
de su propia existencia.*

*Egle, la del Istmo,
es el Problema,
el No del Sí,
el Sí del No,
acopia dignidades,
cela responsabilidades
muestra deberes,
vive trascendencias,
piensa y piensa.*

*Egle, la del Istmo,
interpreta,
guarda imperativos,
cumple obligaciones,
razona y preceptos dicta.*

*Egle, la del Istmo,
siente terrores,
procuradores de la angustia
que la tragedia precisa,
porque el mundo no está en orden.*

* * *

*Mas a ti, dios, en Delfos,
digo que me despido de Egle
y libero mi instinto
de aquella complejidad.
¡Adiós!, Egle la del Istmo,
devuélveme mi deseo
y recibe mis palabras.
Pues los vocablos amas,
¡para ti los vocablos!*

*Venga la Luz;
sea imposible lo imposible;
su contrario se llama locura;
valga más lo real que lo ideal;
déjeme la demencia.*

*¡Adiós!, Egle la del istmo.
No me imputes deservicios.
Guardas imperativos,
aceptas sacrificios,
cumples obligaciones,
decretas y posees dignidad.
Por tanto, te bastas
narrando tu soledad
o tu dolor epopeyando.
¡Eres un talante!
¡Para ti los vocablos!*

*Ver el límite supone lucidez.
El deseo que me devuelves
no será traspasado a ser ni cosa,
¡porque es tarde sin remedio!*

*¡Adiós!, Egle la del Istmo.
Te saluda un hombre gris,
y te dona un Diccionario
de hermosos conceptos y reglas.
¡Adiós!, Egle la del Istmo.
¡Para ti las palabras!*

III

TRAS LA MUERTE DE SU MADRE

Cuando recuerdo los años de mi infancia, el olor de aquellas cosas, el frío en las rodillas, la despreocupación del origen, el dulce miedo y su amparo, la viveza de la carne, los tesoros escondidos, la novedad de la Naturaleza, el descubrimiento de las figuras y la extensión y misterio de aquel entorno, siento melancolía.

Cuando recuerdo los años de mi adolescencia, el vivir concentrado, el surgir de la interioridad, la desvelación y atracción del ser, la riqueza de los sentires, el amor deferido, la ternura por lo inocente, la avidez incausada y la universal disposición y voluntad del ánimo, experimento la misma melancolía.

Cuando recuerdo mi mocedad, la fruición de pensar, la necesidad de decir, la observación contemplativa, la inclinación por la forma, la emoción del desnudo, el descubrimiento de lo particular, el encuentro de la persona, y la ponderación, entusiasmo y buen consejo de aquel entonces, vivo idéntica melancolía.

Jamás el mundo tornará a ser extenso y misterioso, porque nada acaece de nuevo. Nunca más veré tesoros en mis manos ni sentiré la noche como profunda y larga. Nunca más comparecerá el dulce miedo y su refugio, ni la viveza del ente, porque no volveré a la niñez ni me darás la mano.

Jamás el mundo tornará a ser voluntad, ni surgirá aurora que descorra el velo de lo que llamamos interioridad, porque nada se repite, sino que fluye hacia el vacío. Nunca más comparecerá el amor universal ni lo difícil será preferido; nunca más se nombrará el ser ni nacerán sentires de todo suceso, porque no volveré a la adolescencia ni a contemplar tu figura.

Jamás el mundo tornará a ser ponderación, tranquilo entusiasmo y constancia de la reflexión, porque lo pasado no regresa, como no existe corazón para la antigua alegría ni ritmo para sus estrofas. Nunca acaecerá la fruición de pensar, la necesidad teórica, la libido de formas ni la observación que posee; nunca advendrá la indagación preestablecida ni la piedad hacia los dioses, porque no volveré a la mocedad ni a percibir tu voz.

Nunca más veré una patria ni oíré una risa. Nunca más la nube, la piedra, la planta, el animal ni la cosa mostrarán novedad. Nunca más elegiré la

palabra y su notación. Nunca más sentiré, ni por los ojos de alguien, la continuidad y representación de los tuyos en los míos. Nunca más habrá candor ni donaire, inclinación hacia la Verdad ni voluntad de reflexión. Porque nada regresa, sino que transcurre sin retorno hacia la nada. Contigo muere el niño, y el muchacho y el hombre.

Escrito en el año de 1972

APÉNDICE

**RIQUEZA DE LOS SENTIMIENTOS Y
MULTITUD DE LOS DESEOS**

Por amable concesión de su hijo y heredero, Juan Espinosa, se presenta en algunas ediciones el siguiente capítulo inédito, sobre la adolescencia, que fue suprimido por el autor en la versión definitiva, pero que se publicó en el n.º 59 de la revista *El Urogallo*, en abril de 1991.

Cuando Herakles visitó Toledo, en el siglo XVI, para cumplir su decimotercero e imposible trabajo, que consistía en entender lo que viera, hubo de oír las siguientes palabras del Inquisidor General:

«Me irrita de los griegos la conciencia de estrenar el mundo. Siempre estuvieron repletos de sentimientos y deseos; su voluntad de pensamiento e indagación sólo tuvo parangón con su voluntad de sentir. ¡Compáralos con nosotros!, únicamente interesados en quemar adversarios y ser consumidos por la llamita que alumbra nuestra interioridad: el alma. El más sabio de vosotros apenas hubiera acertado a pugnar en un sínodo rural, cuanto menos en un Concilio de obispos y patriarcas. Sin embargo, con vuestros textos hemos conspirado para lograr la posesión de la Tierra. ¿No ves claro?».

Pero Herakles no veía. Luego, continuó el Inquisidor como sigue:

«Ahora escucha la descripción del último y más moderno de nuestros tormentos: Se apresa al arriano, si lo hubiere, monofisita, judío, judaizante, ateo o hereje en general, se le atan las manos a la espalda, y se le mete desnudo en una especie de reloj de arena, del tamaño de un hombre, cuyas paredes interiores están sembradas de puntiagudos clavos...».

—¡Poco trabajo me costaría romper esa urna! —exclamó Herakles.

—¿Ves? —replicó el Inquisidor. Ya caíste en desmesuras, dejándote arrebatado por espontaneidades. ¿Qué sentido tiene liberar del sufrimiento a los hombres? Importa hacer lo que es conveniente y está de actualidad. Y hoy conviene salvar el alma. ¿Entiendes?

Pero Herakles no entendía al Inquisidor, ni éste a Herakles. El griego tenía el espíritu a punto; el ánimo, en plena disposición; y el demiurgo interior, nuevo. Por el contrario, en el español todo era vejez y cansancio, limitación y

soberbia, mucha soberbia. Los antiguos pudieron ser duros, crueles, caprichosos, teatrales, embusteros, supersticiosos y dados a prepararse la posteridad, pero nunca soberbios. La soberbia compareció en el mundo al tiempo que el cristianismo y la Iglesia, cuyos individuos, por tristes y necios que sean en estado natural, se inflan al sentir que encarnan la institución. Ser cardenal, arzobispo, obispo, o simplemente clérigo, es ser, de algún modo, demiurgo de la institución, que se entrega al hombre con toda su magia y su poder. De tal forma, la Iglesia resulta un suceso de intriga y continua conspiración contra propios y enemigos; un ente que siempre acecha y vigila. Ella misma podría decir que ninguno de sus santos ha subido al cielo sin sufrir persecución de otros santos.

¡Qué diferencia entre Herakles y el Inquisidor! ¡Qué diferencia entre yo mismo y mis contemporáneos españoles, eclesiásticos y no eclesiásticos! Los unos estábamos poseídos por sentimientos y deseos espontáneos; los otros, por premeditaciones y arrogancias.

Cuando el espíritu está a punto, y la psique en plena disposición, es grande la riqueza de los sentimientos y la multitud de los deseos, lo cual ocurre en la adolescencia. El demiurgo que piensa, y trae la reflexión; el demiurgo que se emociona, y trae el éxtasis; el demiurgo que hace, y trae la obra; el demiurgo que contempla, y trae el recogimiento; el demiurgo que protesta, y trae la queja. Todas estas comparencias parecen pugnar por habitar la estructura del adolescente, llevando al ánimo gran número de sentires e impulsos, porque la voluntad se pone en situación de colaborar y ser arrastrada por todo lo nuevo.

«Muchos hombres se creen inspirados por demiurgos o potencias que les ordenan pensar o hacer de alguna manera. Se trata de una conciencia que emerge con la adolescencia, y se mantiene y desarrolla, a veces hasta la locura, cuando el ser resulta capaz de conservarse adolescente y seguir estrenando el mundo» —decía Bión de Boristenes, discípulo del famoso Teofraсто de Ereso.

Melancolía deferida, alegría sin causa, ternura sin estímulo, incitante calma, fatal ensimismamiento, feliz entusiasmo, sensación de espera, tenue ensueño, visión de claros espacios, lenta recreación. He aquí algunos de los sentimientos gozados en la adolescencia, amén de otros más indefinidos, que apenas pueden ser investigados ni descritos.

Sentimientos producidos por la presencia de objetos inanimados, por el transparente aire, por el sol del otoño, por la humedad del campo, por el verde del bosque, por el brillo de la piedra. Sentimientos ante el ingenuo día, la

densa noche, la graciosa mañana, la pacífica tarde. Sentimientos nacidos de contemplar la estampa de la mujer, el movimiento de sus piernas, su diverso andar, su modo de hablar, su mirar y su mundo todo, tan particular frente al del muchacho. Sentimientos generados por el rostro humano, la figura animal, el sillar levantado y el arte de remotas culturas. Sentimientos aparecidos al comulgar con el tiempo, segundo a segundo, hasta hacer fundir el ánimo con los instantes, como madeja que se devana continua y sin parar, suave y silenciosa. Sentimientos germinados al escrutar el pasado, lo más irreversible de cuanto puede existir, lo lejanísimo, lo inaccesible, lo fugado para siempre. Sentimientos advertidos al pretender objetivizar y aprender el propio yo, que fluye como el humo, desvaneciéndose, o como las partículas del radio, de manera perenne y eterna, jamás detenida. Sentimientos revelados en el intento de descubrir, en introspección, la fuente interior de uno mismo, la idea que regula todas las ideas del yo, y la emoción que determina todas las emociones, matrices nunca halladas.

Sagrados sentimientos de indecible afecto hacia los padres y personas particularmente amadas, por compartir en el mismo rincón el suceso de la vida. Misteriosos sentimientos del ser en soledad; sentimientos que formulan preguntas, como si, en lo más profundo, la emoción fuera igual al intelecto, y, por tanto, capaz de representarse el mundo, enjuiciar y concluir. ¿No os ha ocurrido, en ocasiones, sentir llegar a la mente una cuestión, originada en un lugar más hondo, a la manera de un cuerpo que surgiera del fondo y flotara sobre la superficie de unas aguas?

A cada uno de aquellos sentimientos correspondía un deseo igualmente indefinido e indecible. Voluntad de existir lentamente, habitar el contento, poseer norma, tener criterio, saber el camino, desvelar lo vedado, escuchar y estar en paz. Voluntad de apurar la mañana, la tarde, el día y la noche. Voluntad dirigida hacia la presencia y formas de la mujer; deseo del calor que da el ser; deseo de palabras; deseo de mirar y quedar mirado por los ojos que revelan un ánimo dispuesto. Voluntad de apartamiento y voluntad de compañía; deseo de sucesos. ¡Multitud de inenarrables deseos!

«Atenea, la diosa, creó la lógica, en cuanto estructura formal de la razón, y esto fue en ella una arbitrariedad» —decía un enemigo de Aristóteles, llamado Cércidas, que habiendo vivido después de Sócrates, pretendía, ante todo, ser presocrático.

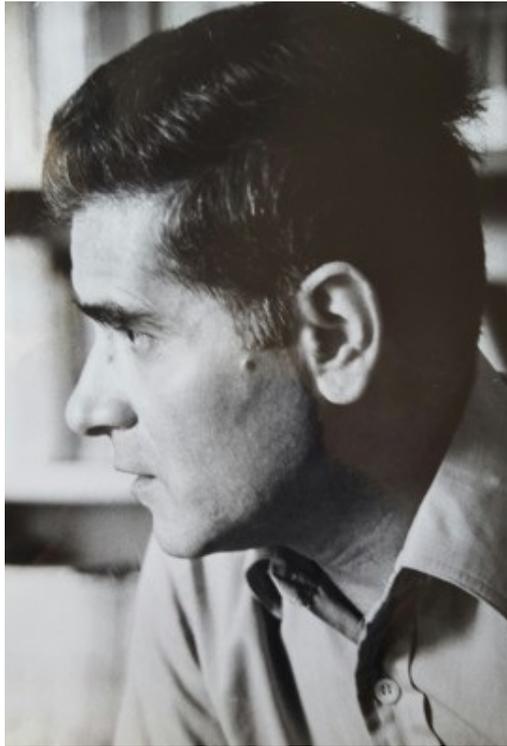
¡Luminosa sentencia! La razón y su guía, la lógica, fueron inventadas por los dioses al configurar el mundo, resultando, así, tan terrenas como la montaña y la hormiga. Por el contrario, los sentimientos parecen venir de un

origen más lejano e increado, por lo cual son también más imprecisos e inaprensibles que las ideas y juicios: no pueden ser expresados como los números de Pitágoras.

«Me aterra escribir, pues la mecánica del discurso quiebra la continuidad de la conciencia y parcela sus sentires. Cuando cojo el punzón, dejo mucho en el camino, y no porque me falten signos, sino porque no hay fórmulas para pensar lo que siento, y lo impensado niega el lenguaje» —exclamaba, en el siglo III, un tal Fenicio de Agrigento.

Y hablaba verdadero. Lo que se dice con significado, nace ya dicho, y, por ello, con estructura determinada. Existen muchas cosas esencialmente inefables, y en cuanto dichas, mistificadas por el vocablo y sus reglas de conexión. No cabe poesía precisa; la intimidad es inexpresable.

¡Sentimientos y deseos indecibles de mi adolescencia y de otras adolescencias!, venturosos acaecimientos, siempre inéditos, surgidos y quedados en la interioridad, yo os amo, porque simbolizáis el espíritu a punto y la fecunda lozanía.



MIGUEL ESPINOSA GIRONÉS (Caravaca de la Cruz, 4 de octubre de 1926 - Murcia, 1 de abril de 1982), estudió en Murcia la carrera de Derecho. Trabajó de agente comercial en varias compañías de exportación e importación, en negocios de comercio exterior y, en los últimos años como asesor jurídico de distintas empresas. Novelista y ensayista reconocido por la crítica y el mundo académico, es uno de esos autores heterodoxos aún con poca difusión entre el gran público, pero probablemente llamado a ser un clásico.

Su vida real tiene mucho de novelesco por el propio carácter del escritor, tan peculiar que le ocasionó no pocos problemas tanto económicos como familiares. La relación vida-obra se muestra en él clara y conscientemente, unas veces de forma más obvia que otras. Por generación pertenecía al llamado posmodernismo, movimiento difícil de definir por su ambigüedad y variedad. No obstante, aunque inmerso en las circunstancias histórico-sociales en las que le tocó vivir y que tan magistralmente reflejó en sus novelas, como su personaje Asklepios, el exiliado de su tiempo y de su cultura, Miguel Espinosa fue también un extrañado del mundo literario de su época que por voluntad propia no se adscribió a ninguna corriente.

Muchas de sus obras se publicaron años después de ser escritas, algunas incluso de forma póstuma. En 1957, consigue que José Ortega Espottorno publique en *Revista de Occidente* el ensayo *Reflexiones sobre Norteamérica*,

prologado por Enrique Tierno Galván, que se ofreció a hacerlo porque había tenido la oportunidad de leer el libro. *Escuela de mandarines*, después de un largo recorrido por varias editoriales que se lo rechazaron, se publicó en Los Libros de la Frontera, una pequeña editorial barcelonesa dirigida por José Batlló, a finales de 1974. Al año siguiente obtiene el premio de novela Ciudad de Barcelona, suponiendo, como con los intelectuales del exilio real que regresaban, la repentina incorporación de un escritor maduro al panorama literario español.

Libros publicados:

Reflexiones sobre Norteamérica (1957)

Escuela de Mandarines (1974)

La tríbada falsaria (1980)

La tríbada confusa (1984)

Tríbada. Theologiae Tractatus, edición conjunta de *La tríbada falsaria* y *La tríbada confusa* (1987)

Asklepios, el último griego (1985)

La fea burguesía (1990)

Canciones y decires (2004)

Historia del Eremita (2012)

Cartas a Mercedes (2017)

Notas

[1] Egle: otro nombre de Azenaia. <<